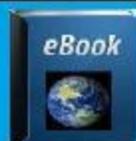


*Seré*  
*frágil*

BEATRIZ ESTEBAN

# *Seré frágil*



[ebookmundo.com](http://ebookmundo.com)

**Seré frágil**

# Beatriz Esteban Brau

Copyright © 2015 Beatriz Esteban

Brau

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico y tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

ISBN-13: 978-1514210055

ISBN-10: 1514210053

*A todos los guerreros que cada día*

*batallan sus propios demonios.*

*A la más valiente de todos, Laura*

*Sellés Guerrero.*

*Y a aquel que me dio una razón  
para seguir aquí, Antonio Sevillano*

*Díaz.*

## ***Índice***

Prólogo.

Capítulo uno.

Capítulo dos.

Capítulo tres.

Capítulo cuatro.

Capítulo cinco.

Capítulo seis.

Capítulo siete.

Capítulo ocho.

Capítulo nueve.

Capítulo diez.

Capítulo once.

Capítulo doce.

Capítulo trece.

Capítulo catorce.

Capítulo quince.

Capítulo dieciséis.

Capítulo diecisiete.

Capítulo dieciocho.

Capítulo diecinueve.

Capítulo veinte.

Epílogo.

Nota de la autora y agradecimientos.

***Prólogo.***

Caminaba hacia el hospital igual  
que un condenado camina en dirección a  
la horca.

Su mirada perdida en el suelo,  
sus puños cerrados a ambos costados  
del cuerpo, sus labios secos y los ojos  
cansados de tanto llorar. Cada paso le  
asustaba. Cada persona con la que se  
cruzaba le daba miedo. Le dolía la  
cabeza y sólo quería escapar, pero no  
podía.

Sus padres la acompañaban,

guiándola uno a cada lado de ella, igual que los guardias guían al condenado. En silencio, porque sabían que cualquier conversación en aquellos momentos podía resultar incómoda. Tampoco sabían qué decirle. Ellos también tenían miedo.

Ella había tenido unas semanas para mentalizarse, pero aún guardaba la esperanza de que jamás llegara aquel día, que nada hubiera pasado, que todo siguiera como antes, que dejaran que se desvaneciese en silencio. Que se destruyera, como Hanna quería. Ya no le importaba nada más. Una parte de ella se había rendido. La otra se odiaba a sí misma por pensar aquello.

Se sentía en otro mundo, como si aquello no le estuviera ocurriendo, como si ya no le importara. Como si ella

fuese el espectador que mira con total apatía lo que está sucediendo en el escenario.

El recuerdo de Hanna volvió a cruzar su mente. Apretó más las manos. Se cruzó de brazos, con furia. Notaba las costillas bajo su piel. Sentía que en cualquier momento podía romperse, pero a pesar de ello sabía que para su «amiga» ese hecho no era suficiente.

El ascensor los dejó en la séptima planta. Las puertas metálicas se abrieron ante ellos, mostrando un amplio pasillo de suelos pulcros y paredes de mármol blanco. Solamente había un banco para sentarse, una puerta cerrada y un cartel sobre ella, que decía:

«HOSPITAL DE DÍA. TRASTORNOS DE LA CONDUCTA ALIMENTARIA».

No le sirvió de nada ver por

escrito las palabras que sus padres habían estado evitando durante las semanas previas. Ella seguía sin creérselo y esperaba que todo hubiera sido un error.

Se sentó junto a sus padres, cruzándose de piernas. Bajó la mirada hacia sus muslos, cubiertos por unos pantalones oscuros, reprimiendo el impulso de rodearlos con la mano. Miró a ambos lados del pasillo con nerviosismo y empezó a acariciarse el cabello para distraerse. Un par de tirones bastaron para que se le cayeran unos mechones de pelo, débiles. Como ella se sentía.

En ese momento una enfermera salió tras la puerta, vestida de blanco de pies a cabeza. Llevaba unas gafas de montura rosa y el pelo corto, como ella,

pero de un color rubio apagado. Dirigió la mirada a las únicas personas que se encontraban en aquella planta.

—¿Grace

Montgomery?

—

preguntó, y la chica asintió—. Pasad. La doctora Varnham os espera en su consulta.

La joven se puso en pie, sin desviar su mirada del suelo. No quería tener que verse cara a cara con la realidad, aunque en el fondo sabía que ya no había nada que hacer.

Dejó

que

sus

padres

la

condujeran al pequeño y lúgubre

despacho de la psiquiatra. Tanto los muebles como las paredes eran de un color tan blanco que dañaba la vista. No había plantas, cuadros ni ningún tipo de decoración, solamente un corcho con papeles desordenados sujetos en él.

Sentada frente a la mesa, mirando la pantalla del ordenador, estaba una mujer menuda de apariencia seria, que tenía el pelo cobrizo y muy corto. Se quitó las gafas cuando la familia entró y forzó una ligera sonrisa.

—Señores Montgomery, Grace, sentaos, por favor. —Les señaló con una mano los tres asientos que tenía ante ella.

Grace se dirigió al del centro, sintiéndose una prisionera. Al sentarse se dio cuenta de que las piernas le temblaban, y que, debido a la fuerza con

la que había apretado los puños, ahora tenía la marca de sus uñas sobre la piel. Le recordó a lo que Hanna había escrito. En realidad, todo le recordaba a Hanna, desde el odio que sentía hasta el tamaño de su muñeca. Desde la cara de la doctora al frío mármol del hospital. Imaginó a Hanna mirándola desde las nubes de tormenta que se veían a través de la ventana, riéndose. Todo aquello era por su culpa.

—Soy

Marissa

Varnham,

encantada. —Les tendió la mano a los tres—. Empezaremos con un pequeño cuestionario a la paciente, ¿os parece?

—Se volvió hacia Grace, pero ella no la miraba. La doctora levantó una ceja y dirigió su atención a los papeles que

tenía sobre el escritorio—. ¿Fecha de nacimiento?

—16 de noviembre de 1996 —

respondió Grace, hablando por primera vez. Notó que su voz sonaba más ronca, vacía, distante.

—Entonces

tienes

diecisiete

años, ¿verdad? —Ella asintió—. De

acuerdo. ¿Tienes hermanos, Grace? —

Negó con la cabeza—. ¿Alguna alergia,

algo que deba saber? —Volvió a negar.

Luego le preguntó acerca de su

dirección, su colegio, la relación con

sus padres y algo más de información.

Grace se limitó a responder secamente,

notando cómo conforme pasaba el

tiempo, el nudo que sentía en la garganta

se agrandaba. Cuando Marissa terminó

el interrogatorio se recostó en su sillón de cuero, entrelazó ambas manos sobre su estómago y miró a la joven, ladeando una sonrisa.

—Bueno, Grace, cuéntame tu historia. —Sorprendida, la chica levantó la mirada para fijar sus oscuros ojos sobre los de la doctora. Sintió que el labio inferior empezaba a temblarle—.

¿Qué haces aquí?

Marissa había dicho en voz alta

lo

que

Grace

había

estado

preguntándose desde que había entrado en el hospital. ¿Cómo había empezado todo? ¿Cómo había terminado ahí? Creía conocer la respuesta, pero antes que sus

palabras llegaron sus lágrimas.

Grace pareció romperse en mil pedazos. Toda la tensión que había estado reteniendo desde que había llegado se desvaneció en un segundo; la chica se curvó hacia delante, el pelo le cayó sobre la cara, se tapó los ojos con las manos y soltó un lastimero gemido. Las manos le temblaban. Tenía frío, se sentía fría.

Sin cambiar su expresión, la doctora Varnham deslizó un paquete de pañuelos hacia la muchacha. Grace levantó la cabeza, con ojeras bajo los ojos, y abrió los labios para decir, con toda la rabia del mundo:

—Todo fue culpa de Hanna.

### ***Capítulo uno.***

Vivía encerrada en una constante y abrumadora rutina, sin ser consciente

de los giros que toma la vida, sin avisar.

La persona que puedes conocer,  
por casualidad, un miércoles cualquiera,  
puede ser aquella que te cambie la vida  
o que te condene. Una última discusión  
puede convertirse en la gota que colma  
el vaso. Una llamada inocente al móvil  
puede volverse un accidente de coche. A  
veces es mejor esconderse en la rutina,  
porque al menos sabes que con ella  
estás más segura.

Había dos personas que se  
habían convertido en algo rutinario para  
mí, por el hecho de verlas todos los  
días. Pero, a diferencia de lo demás, de  
ellos no me cansaba.

La primera era Audrey Evans,  
aquella persona que había conocido  
mientras nos llenábamos las manos de  
pintura en el parvulario. Por aquel

entonces éramos más parecidas, pero con el tiempo crecimos y la gente empezó a preguntarse cómo dos personas tan distintas podían llevarse tan bien. Y es que en el fondo, Audrey y yo no éramos tan diferentes. Sólo lo aparentábamos. A ella le gustaba maquillarse hasta para ir a clase, dejar su rubia cabellera suelta y llevar faldas y vestidos incluso en el día más frío del año. Yo, en cambio, era de esas que se ponían cada mañana lo primero que encontraban en el armario, que lo único que decoraba su cara eran sus ojeras, y que llevaba el pelo castaño suelto, no porque me gustase, sino porque al ser tan corto la coleta que quedaba al recogerlo era ridícula. Y, aunque Audrey y yo tuviésemos apariencias totalmente distintas, compartíamos los mismos

gustos desde hacía muchos años.

Casi todos los sábados hacíamos noche de película y pizza en mi casa, porque parecía que no pudiésemos pasar ni un solo fin de semana sin vernos.

Sin embargo, aquel sábado iba a ser distinto. Audrey cumplía diecisiete años y, por una vez, me había decidido a sustituir la película de la semana por una fiesta sorpresa. Pero la pizza que no faltase.

Obviamente, aquella idea no había sido cosa mía. Prefería pasar las noches de sábado sola en casa, leyendo hasta las tantas con una taza de leche al lado, antes que irme por ahí y tener que aguantar horas de baile con unos tacones altísimos. No, la idea había sido de Caleb Fragonard, el segundo pilar de mi vida.

El mismo que aquel miércoles,  
el previo a la fiesta de Audrey, se  
deslizó hacia nuestra mesa entre clase y  
clase, cortándonos la conversación.

—Buenos días —nos dijo,  
mostrando una sonrisa perfecta. Desde  
que le habían quitado los aparatos un  
año atrás, al chico le gustaba presumir  
de dientes. Su pelo, un rubio dorado  
tirando a castaño, estaba casi oculto  
bajo un sombrero para protegerse del  
frío. Parte del flequillo asomaba por la  
parte delantera—. ¿He interrumpido una  
charla de chicas?

—Has interrumpido un repaso de  
matemáticas —le contesté, con una  
media sonrisa, dejando el bolígrafo  
sobre la libreta. Audrey resopló y echó  
la espalda atrás, cruzándose de brazos  
—. ¿Quieres unirme?

—¿Hay examen?

—A última hora —respondió

Audrey. Al ver la expresión en el rostro del joven no pudo evitar soltar una carcajada—. No me digas que no lo sabías...

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza, ¿vale? —contestó él, sin dejar de sonreír. Caleb siempre había sido demasiado despreocupado en el asunto de los estudios—. Grace, ¿me darías una clase rápida ahora?

—Claro.

Volví a agarrar el bolígrafo y a pasar las páginas de la libreta, buscando una que estuviese en blanco, cuando el chico hizo que me parase.

—Espera. Audrey, casi se me olvida, Bree te estaba llamando antes.

—¿A mí?

—Sí, algo del trabajo ese de química... —Caleb le quitó importancia con un gesto de la mano—. No sé. Yo de ti la buscaría, parecía que era importante.

Audrey resopló con cansancio, se puso en pie y se despidió de nosotros, no sin antes decirme que le pasara las respuestas del ejercicio que estábamos haciendo cuando Caleb había entrado. Una vez la chica hubo salido de clase, miré a mi amigo, alzando una ceja.

—Lo de Bree es mentira, ¿verdad?

Él rió.

—Exacto. Tenemos tres minutos antes de que el timbre suene y empiece la clase.

—¿Tres minutos para organizar la fiesta?

—La fiesta ya está organizada,  
Grace —me contestó, sin perder la  
sonrisa—. Va a ser genial. He invitado a  
todos los amigos de Audrey, pero he  
pensado que a la gente de esta clase  
podrías elegirla tú, ¿te parece? Cuanta  
más personas vengan, mejor.

—¿Y a quién falta por invitar?

—Pues... —Caleb echó un  
vistazo al aula, donde los alumnos  
hablaban en corros o recogían sus libros  
antes de que el profesor llegara. Su  
mirada se paró en una chica que estaba  
leyendo unas filas más atrás, con el  
cabello rojizo y la tez pálida—. ¿Es  
nueva? —Yo asentí. Caleb iba a una  
clase distinta a la mía, así que no  
acostumbraba a enterarse de esas cosas  
—. Invítala a ella también. Y que se  
traiga a sus amigas.

—Creo que no tiene muchas...

—¿Qué? —soltó, levantando una ceja—. ¿Por qué?

Me dispuse a contestar en el momento en el que el timbre tocó de nuevo, silenciando lo que iba a decir. Vi a Audrey entrar por la puerta, y lo mismo hizo Caleb, que se levantó con prisas.

—Invítala de todas formas —susurró, antes de que la chica llegase.

Me dio un rápido beso en la mejilla y se marchó, dejándome en el pupitre con el rostro colorado y una sonrisa tonta.

Típico de él. Por cosas como

aquella,

Audrey

llevaba

emparejándonos

desde

que

lo

conocimos, dos años atrás. Eché un último vistazo a la silenciosa pelirroja que se sentaba en la última fila antes de que el profesor comenzara su clase.

Ojalá alguien me hubiera avisado de que conocerla sólo iba a traerme problemas.

Como había prometido a Caleb, aquella tarde, después de acabar el examen, me acerqué a la mesa de la chica pelirroja. Seguía leyendo, aunque al acercarme me di cuenta de que la mano le temblaba. Ocultaba su cara bajo una larga y fina cabellera, y llevaba puestos una bufanda y un suéter en clase, a pesar de que no hacía mucho frío.

—Hola —saludé, forzando una sonrisa—. Eres Hanna Miller, ¿verdad?

Ella levantó la mirada. Tenía los

ojos azules, fríos, vacíos de cualquier expresión. Mi primer impulso fue alejarme de ella, pero no lo hice. La joven era guapa, no me extrañaba que Caleb quisiera invitarla a la fiesta. Sin embargo, había algo en ella que no encajaba. Algo que parecía que no funcionaba bien. Quizás eran sus ojeras, el odio en su mirada o la extrema palidez de su cara. Tenía los labios cortados y parecía que estuviese cansada. Cansada de vivir.

—Sí —contestó, sin cambiar su gesto—. Y tú eres Grace Montgomery.

—Exacto —respondí, intentando no perder la sonrisa. Giré la silla que tenía enfrente Hanna para poder sentarme cara a ella—. Se te ve muy avispada para ser nueva, ¿eh? —Reí con suavidad, aunque ella no acompañó mi

risa, lo que hizo que enmudeciera súbitamente—. Bueno... ¿sabes quién es Audrey, no? —Ella asintió—. Vamos a celebrar su cumpleaños este sábado. Es una fiesta sorpresa. ¿Te gustaría venir?

Bajó la vista de nuevo a su libro.

—Pero si no conozco a nadie —

murmuró.

—Bueno,

¿y

qué

mejor

oportunidad que ésta para empezar a conocer gente? Vamos, vente. Irá toda la clase.

—Tampoco creo que nadie pueda llevarme.

—Excusas —le dije, quitándole importancia con un gesto de la mano—.

Estoy segura de que mi padre se ofrece a

llevarte y recogerte también. No serías la primera con quien lo hace. ¿Qué te parece?

Ella se encogió de hombros.

—¿Eso es un sí?

—Supongo —resopló.

—Perfecto

—contesté

con

entusiasmo. Cogí la libreta más cercana que encontré y arranqué una hoja, para después pasársela a la chica—. ¿Me apuntas tu dirección?

Hanna agarró un bolígrafo y lo hizo. Y como si se tratase de un contrato, aquella primera conversación fue el maldito desencadenante de todo lo que sucedió.

Llegó el sábado por la noche.

Ojalá no hubiese ido a esa fiesta.

Ojalá no hubiera hablado con Hanna.

Ojalá hubiese perdido su dirección y no la hubiera recogido.

Pero todo aquello pasó. El coche de mi padre se paró en casa de los Miller unos minutos antes de que la fiesta diera comienzo. Era un pequeño adosado con un gran jardín, nada que destacase.

Dos pitidos del claxon bastaron para que Hanna saliera de su casa. Al verla me dio un escalofrío; parecía todavía más delgada que la última vez que la había visto, pero quizás se debía al vestido negro que llevaba, que se le ajustaba a la cadera, marcando sus huesos. Sus piernas pálidas y finas contrastaban con la oscuridad de la noche,  
y

llevaba

el

cuello

al

descubierto, alto como un cisne. Nada más salir de casa se cubrió con un abrigo y entró en el coche forzando una sonrisa.

Apenas intercambiamos palabras durante el trayecto, a pesar de los intentos de mi padre por comenzar una conversación. Hanna movía la pierna, inquieta, y tenía todo el cuerpo en tensión.

—¿Estás

nerviosa?

—le

pregunté. Ella se giró hacia mí, abriendo mucho los ojos.

—No. Es una fiesta, ¿por qué

tendría que estarlo?

Yo me encogí de hombros.

—Quizás vas con la intención de impresionar a alguien. —Alcé las cejas, con una sonrisa.

—No, no tengo tiempo para esas tonterías —contestó, cortante. El tono de su voz acabó con mi risa, y me hundí más en mi asiento, cohibida.

No volvimos a hablar hasta que llegamos a la fiesta. Caleb había insistido en que yo llevara vestido, y fue tan pesado que acabé por acceder.

Además, aprovechando que no iría a muchas más fiestas como aquella, me había arreglado el pelo rizándomelo, y a ambos lados de mi cara colgaban tirabuzones castaños.

Iba

bastante

sencilla, con un vestido más de ir por la calle que de baile, de color azul. A conjunto con las decoraciones de la casa de Audrey, cuya entrada estaba a rebosar de globos de las tonalidades del mar, y un enorme cartel felicitándola colgaba del salón. Le habíamos dicho que aquel sábado la película tocaba en su casa, a pesar de que tuviera un torneo de tenis antes. Así que, si no era muy impuntual, estaría en la vivienda en menos de media hora.

Caleb me saludó con un beso en la mejilla nada más entrar, me agarró de la muñeca y me llevó hasta el salón.

—¿Qué te parece? —me dijo, extendiendo su brazo—. No hay mal ambiente, ¿no?

Yo me encogí de hombros, algo

incómoda. Sentía que había demasiada gente, sentía que ahí sobraba, que hablaban demasiado alto, reían por cosas que no entendía, gritaban sin razón o se descontrolaban con demasiada facilidad. Era por eso por lo que no iba a menudo a las fiestas: cada vez se parecían más a un zoológico.

—¿Y crees que esto le gustará a Audrey? —pregunté, dudosa.

—¡Claro! ¿A quién no? —Al ver que mi expresión no cambiaba, Caleb se puso enfrente mío, encontrando mis ojos con los suyos, y colocó ambas manos en mis hombros—.

Grace,

¿pasa

algo?

Yo

me

froté

el

brazo,

mordiéndome el labio inferior. Se

notaba la preocupación en la voz del

chico; una preocupación sincera, y eso

era algo que Caleb no dejaba entrever

muy a menudo. Pero conmigo era

distinto. Siempre parecía otra persona,

una más atenta y dulce, y muchas veces

él era el único capaz de alegrarme los

días.

Negué con la cabeza, intentando

forzar una sonrisa. Él acompañó la mía.

—Bueno, voy a ver cómo van las

pizzas, que no quiero que exploten la

cocina. Por cierto, ¿has traído a la

pelirroja?

—Sí, está... —Me giré hacia la

entrada para señalarla, pero no había nadie—. Estaba ahí.

Y algo me decía que no se había ido a bailar. No sé por qué me preocupé por ella, no sé por qué quise saber dónde estaba, no sé por qué no seguí a Caleb hacia la cocina y me alejé de todo el caos que iba a inundar mi vida. No sé por qué lo hice, pero me despedí del chico y le dije que iba a buscar a Hanna.

Lo creyese o no, llegaría un momento en el que aquella chica de mirada y tez fría acabaría estando conmigo todos los días. Todos los malditos días.

Fui hasta la parte trasera de la casa, cruzando el garaje. Una puerta pequeña llevaba a la calle, a un rincón oscuro donde las bolsas de basura salían de los contenedores, se oían los grillos

en la lejanía, y una única farola  
iluminaba todo el callejón. No había ni  
un alma. Sólo Hanna, de pie en medio  
del pavimento. Estaba de espaldas a mí,  
con el pelo azotándole la cara y los  
codos abrazados.

—Hanna —la llamé. La chica se  
dio la vuelta, clavando sus ojos en mí.  
Se le marcaban los huesos del rostro y  
el labio inferior le temblaba—. ¿Qué  
haces aquí, no tienes frío?

—Siempre tengo frío.  
Esperé a que dijese algo más,  
pero siguió en silencio.

—¿No vas a entrar?  
Negó con la cabeza. Di tres  
largas zancadas hasta llegar a su altura y  
me quedé mirándola de frente, pero ella  
rehuía mi mirada. Parecía que fuera a  
desplomarse en cuestión de segundos.

—¿Estás bien? —le pregunté.

De pronto me miró. Sentía que estaba punto de llorar, pero una pequeña sonrisa asomaba por su rostro. Aunque era falsa, estaba rota, y su mirada parecía estar pidiendo ayuda a gritos.

—Debería estarlo —contestó, conteniendo las lágrimas. Lo siguiente que dijo parecía propio de una persona que deliraba—. ¡Joder, debería estar bien! Lo he conseguido, Grace, lo he conseguido, ¡y no ha servido de nada! Todo está igual, necesito más, y no sé cuánto más podré aguantar. —Me cogió los brazos, clavándome las uñas en la piel—. No lo entiendes, nadie lo entiende. Y estoy harta. Vivo un infierno. Pero... Te lo juro, Grace Montgomery, la próxima vez que me veas pareceré hecha de cristal. Pálida, translúcida,

fría, rota. Puro hueso.

Su tristeza se había convertido en rabia. Yo no sabía qué contestarle. Me había quedado boquiabierta, sin poder reaccionar. Ella se alejó de mí varios pasos, temblando, y de pronto su grito desgarrador rompió el silencio. Vi cómo se doblaba por la mitad, agarrándose el estómago y cayendo de rodillas al suelo. El pelo cobrizo le tapaba la cara, que se había deformado en una mueca de dolor.

—¡Hanna!

Me senté junto a ella en el momento en el que se desplomó del todo, tumbándose en el suelo. Sus pálidas piernas y el color de su pelo contrastaban con el oscuro de la carretera. Se le marcaban las costillas.

—Hanna, Hanna, ¿qué te pasa?

¡Hanna!

De pronto dejó de temblar. Dejé  
de oírla jadear del dolor.

—¡Ayuda!

¡Por

favor,

que

alguien me ayude!

Pero en la calle no había nadie.

Me separé de ella para coger el móvil,  
con las manos temblorosas, y marcar el  
número de urgencias. Hanna y yo nos  
quedamos solas, ambas inmóviles, hasta  
que los médicos se la llevaron.

### ***Capítulo dos.***

Más

de

una

persona

me

reprocharía que cuento con demasiada frialdad y celeridad los acontecimientos que tuvieron lugar tras aquella fiesta. La realidad es que esa noche me impactó tanto que mi mente creó una especie de escudo alrededor de los sucesos, impidiéndome recordarlos con claridad.

Como

mucho,

recuerdo

quedarme sin voz gritando ayuda hasta que llegó la ambulancia, y la cara de horror de Audrey al llegar a su fiesta y encontrarse a todo el mundo en círculo alrededor de un cuerpo inerte que pocas personas reconocían. Recuerdo la última mirada que le lancé a Hanna, su cabellera roja contrastando con la blancura de la camilla que se la llevó, la desesperación en sus ojos segundos

antes de que sus párpados se cerraran.

Recuerdo escuchar el sonido de las

sirenas

atenuarse

conforme

la

ambulancia se alejaba y quedarme de

rodillas sobre el suelo, temblando, no sé

todavía si por el frío o por el miedo.

Me pasé el resto del fin de

semana encerrada en casa, ignorando las

llamadas de Caleb y Audrey. Nadie me

habló del estado de Hanna hasta el

lunes.

El silencio que inundó la clase

aquel día habló por sí solo. Varias

personas ahogaron una exclamación al

escuchar

la

noticia,

unos

pocos

murmuraron, pero ninguna lágrima cayó por ella.

Nuestro tutor anunció que Hanna Miller había fallecido el sábado poco antes de llegar al hospital, debido a una insuficiencia cardíaca. La misa por ella sería aquella tarde en la catedral de Casewood.

Todavía no sé qué fue lo que me empujó a rechazar los planes de Audrey y Caleb, para ir en su lugar a darle el último adiós a Hanna. Meses después desearía por encima de todo borrar aquella tarde de mi vida y, si podía ser, borrar todos los recuerdos que tenía de la chica pelirroja. Olvidarme de ella. Hacer como si jamás hubiese existido. Por extraño que pareciera, sentía

que le debía una despedida en  
condiciones a la joven. Después de  
todo, yo era la última persona a la que  
había mirado a los ojos, la última con la  
que  
había  
hablado,  
aunque  
la  
conversación  
hubiera  
sido  
tan  
incoherente  
y  
todavía  
me  
diera  
escalofríos.

Pasé una hora rebuscando en mi

armario hasta encontrar un vestido y unas medias oscuras. El vestido era de hacía años y tuve que aguantar la respiración para poder abrochármelo. Hacía tiempo que había decidido dejar de llevar vestidos por miedo a enseñar mis piernas, algo que siempre me había acomplejado. Tampoco llevaba prendas que se ajustasen demasiado a mi cuerpo. Me parecía muy incómodo tener que estar pendiente de que la falda no se levantara por una brisa de aire; por eso era partidaria de llevar pantalones cómodos y camisas de una talla más siempre que pudiera. Obviamente, en aquella ocasión eso hubiera sido maleducado.

Llegué a la catedral con el semblante tan serio como lo había tenido desde la muerte de la chica.

En realidad, aún me costaba  
creerlo.

Estaba muerta. Muerta.

No volvería a sentarse en su  
pupitre, no volvería a oírse su voz. Sus  
cabellos rojos como el fuego se  
apagarían bajo tierra, y nadie volvería a  
ver el color de sus ojos. Su última  
mirada había sido para mí, y había  
estado  
cargada  
de  
desesperación,  
súplica y temor.

Me sorprendió encontrar la  
catedral tan vacía. Solamente estaban  
ocupadas las primeras filas de bancos, y  
las personas parecían todavía más  
pequeñas bajo la enorme cúpula. Me  
quedé al final de la iglesia, lejos de la

gente,

cruzándome

de

brazos

y

esperando no encontrar a ningún

conocido.

Gracias a Dios aquella era sólo

una misa en su memoria, y no el funeral

en sí, porque no creo que hubiese

soportado ver el ataúd frente al altar.

Tenía la suerte de no haber vivido nunca

la muerte de un ser querido, y esos

temas eran algo que siempre había

tratado de evitar. Sabía que la muerte

era un elemento más de la vida, algo que

al fin y al cabo todos acabamos

experimentando, pero siempre había

guardado la esperanza de que se

mantendría lejos de mí. Quizás esa era

la razón por la que el fallecimiento de Hanna me había impactado tanto. Puede que por eso aquellos días me sintiera tan vacía, impactada. Había conocido a alguien a quien no volvería a ver. Había sido su última fiesta. Su última mirada. Sus últimas palabras.

Apenas atendí a la misa, aunque tampoco había mucho a lo que hacer caso. Ni se molestaron en dedicarle unas palabras. Como mucho, el sacerdote habló de la vida más allá de la muerte, de la esperanza de que algún día todos nos reuniríamos con ella. Se oían algunos sollozos, probablemente los de sus padres, aunque no alcanzaba a verlos desde atrás. Me sorprendió no encontrar a nadie de mi edad.

Cuando la ceremonia terminó hice una inclinación con la cabeza hacia

el altar, susurré un «Adiós, Hanna» y salí de la catedral. La luz del sol me impactó de frente y entrecerré los ojos, haciendo sombra con mi mano. Oí a los demás salir detrás de mí y, antes de que me marchara, alguien me dio unos golpecitos en la espalda.

Me

giré

a

tiempo

para

encontrarme con una mujer con la cara pálida y delgada, los pómulos marcados y grandes ojeras bajo los ojos. Tenía el cabello corto y fino, a la altura de los hombros, del mismo color que el de Hanna. No me costó ver que se trataba de su madre.

—Buenos

días

—me

dijo,

forzando una sonrisa. Tenía la voz ronca

y cansada de tanto llorar—. Muchas

gracias por venir. ¿Eras amiga de

Hanna?

Entreabrí los labios, dudando

qué contestar. No me consideraba su

amiga, pero tampoco podía decirle eso a

su madre. Perder una hija ya había sido

bastante para ella; lo único que le

faltaba era darse cuenta de que Hanna

estaba sola.

—Sí, de su nuevo colegio. Lo

siento mucho, señora Miller.

Ella intentó sonreír, pero las

lágrimas amenazaron con volver a

brotar.

—Más lo siento yo. —Se sorbió

la nariz y miró a otro lado, para después  
arquear una ceja—. No te llamarás

Grace, por casualidad, ¿no?

—Sí, ese es mi nombre —dije,

dudosa—. ¿Hanna le habló de mí?

La señora Miller abrió muchos

los ojos y ahogó una exclamación. Se

giró de golpe, dándome la espalda y

gritando el nombre de su marido:

—¡Peter, Peter, ven! ¡Es Grace!

A los pocos segundos, un hombre

moreno vestido de chaqueta apareció

entre

la

gente,

con

el

aliento

entrecortado. Miró con la misma

expresión de incredulidad a su mujer,

para después posar la mirada en mí. Yo  
no sabía qué decir, así que me quedé con  
las  
manos  
agarradas,  
observando  
alternativamente a los dos adultos.

—¿Grace  
Montgomery?

—

preguntó él, y yo asentí. Volví a mirar a  
su mujer, que ladeó la cabeza y empezó  
a rebuscar en su bolso, con las manos  
temblorosas.

—¿Ocurre algo...? —Empecé a  
preguntar, pero la señora Miller me  
cortó.

—Ayer entramos en el cuarto de  
Hanna para guardar las cosas y  
encontramos esto sobre el escritorio. No

sé cuándo quería dártelo, pero...

Me tendió un cuaderno, todavía  
temblando. Su portada era de piel,  
marrón,

algo

descuidada

y

con

descosidos en los bordes. De su interior  
sobresalían folios y papeles sueltos.

Sobre él había una nota de color  
amarillo en la que se leía «Grace  
Montgomery».

—Yo... —tartamudeé, sin saber  
bien qué decir—. No puedo aceptarlo,  
señora Miller.

—Por favor, Grace, es lo que  
Hanna hubiera querido. —Acercó más  
el cuaderno a mi pecho—. Está intacto,  
tal cual lo encontramos. No sé lo que es,

pero sé que ahora es tuyo. Por favor.

Miré los ojos de la mujer:

castaños, llorosos y tristes. Parecía que  
estuviera suplicándome que me lo  
quedara. Como si sintiera que, al menos  
así, conseguiría hacer feliz a su hija por  
última vez.

Suspiré y agarré la libreta.

—De

acuerdo

—dije,

sin

devolver la mirada a sus padres.

La próxima vez que los mirara  
no volvería a ser la misma Grace de  
entonces.

Lo primero que hice al llegar a  
casa fue abrir el cuaderno de Hanna.

Aparté las hojas que sobresalían,  
arrancadas, llenas de tachones, palabras

y gráficas que no quise mirar. Pasé el dedo por la portada, vacía, como yo, y deslicé la mano hasta la primera hoja.

Arriba, una fecha: 23 de octubre de 2011. Hacía poco más de un año.

Luego la letra de Hanna escrita en lápiz sobre el papel: «Odiado diario».

¿Era un diario? ¿Por qué Hanna querría que leyera su diario, de hacía tanto tiempo? ¿De qué me servía ahora leer su historia? Que no era sólo su historia, no, parecía algo más íntimo.

Algo dentro de mí me decía que en aquel cuaderno no iba a encontrar frases como «hoy el chico que me gusta me ha mirado en clase» o «he suspendido matemáticas otra vez». Y qué cierto era.

Comencé a leer, sintiendo que me perdía entre las letras. Lo que en ese momento no sabía es que esa frase era

completamente cierta: cada palabra que leía era un parte de mí que dejaba de pertenecerme. Cada página que pasara me iba a cambiar, y no supe darme cuenta de ello hasta que fue demasiado tarde.

*Odiado diario:*

*Sí, odiado, porque no tengo razones para quererte. Eres mi arma, mi esclavo, y parece que estés aquí sólo para recordarme lo que me ocurre. No voy a ser feliz escribiéndote. Tampoco voy a serlo sin escribirte, así que no pierdo nada. De algún modo, necesito que lo que vivo se quede grabado, y tú me servirás para eso. Pero no te esperes historias bonitas y momentos brillantes.*

*Por eso te odio. Porque no sirves de nada. Porque no vas a hacer*

*que me sienta mejor ni vas a cambiar  
lo que me ocurre. Pero ¿ves? Aun así  
sigo escribiéndote, como una niña  
pequeña, como si hubiera perdido mi  
cordura.*

*Quién sabe, quizás lo haya  
hecho.*

*¿O acaso no es de locos que ya  
no vea más que números?*

*Me despierto cuando toca el  
despertador (bueno, tras una noche de  
insomnio, doy gracias por haber  
dormido al menos tres horas. Tres  
horas y cuarenta y ocho minutos), a las  
siete y treinta y uno. Soy consciente de  
que mi madre se ha ido a trabajar hace  
dieciséis minutos. Bajo de la cama y el  
suelo está frío; yo también lo estoy  
aunque  
haya*

*dormido*

*con*

*dos*

*edredones. Mi temperatura debe de ser de unos 35°, pero me siento más fría.*

*Mi presión está baja, noventa y cincuenta. Me siento cansada pero no puedo hacer nada.*

*Voy a la cocina, cojo un tazón y le pongo un poco de leche, lo humedezco y esparzo migas de galleta alrededor del plato, para que cuando mis padres vuelvan crean que he desayunado. Me rugen las tripas, pero ya no me importa. Ya he ahorrado unas 274 calorías.*

*Luego vuelvo a subir; han pasado catorce minutos desde que me he levantado. Entro en el baño, me miro en el espejo y sigo viendo números: dos*

*granos en la frente, ocho heridas en los nudillos. Un suspiro más. Tengo ganas de golpear mi reflejo, de decirle cuánto lo odio, de no volverle a ver. Me quito el pijama sin apartar la mirada, no vaya a ser que pese 500 gramos más con él puesto. Me acerco a la báscula que hay junto al lavabo, la miro, esperando que hoy me de buenas noticias. Me subo a ella y es entonces cuando veo el peor número de todos: cuarenta y ocho con tres. Cuarenta y ocho putos kilos.*

*Doy asco, lo daba antes de pesarme y lo daré después. Doy tanto asco que ni siquiera adelgazar se me da bien. Las tripas me rugen de nuevo y eso me enfada más. ¿Para qué os quejáis si no servís de nada? Asquerosa barriga, llena de*

*grasa, ojalá no existieras.*

*Me*

*golpeo*

*el*

*estómago*

*cuarenta y ocho veces para castigarme.*

*Maldigo en cuatro idiomas y salgo del*

*baño como si no hubiera pasado nada.*

*Son las ocho y cinco de la mañana. Me*

*pongo el uniforme del colegio. La falda*

*es la talla doce y me viene grande, la*

*camisa igual. Pero no lo suficiente.*

*Cojo la mochila, que me pesa*

*más de lo normal, y salgo de casa. Voy*

*andando al colegio; tardo quince*

*minutos, pero quemo al menos 80*

*calorías. Sólo ochenta. Ochenta no son*

*nada, ochenta no me harán llegar a los*

*cuarenta y cinco.*

*Y sigo viendo números al llegar*

*al aula. El número de personas que me ignoran, el número de los minutos que quedan para acabar la clase, el número de horas que paso calculando cómo escaquearme de la próxima comida. El número de lecciones que no entiendo, que no escucho, los centímetros de mi muñeca. Las veces que agito el pie de puro nerviosismo. Las veces que me mareo y aun así no sirve de nada. Porque no sirve de nada, odiado diario, toda esta locura no me ayuda, me esclaviza. Todos son números, y no se van a ir.*

*¡Putos cuarenta y ocho!*

Terminé la lectura con un nudo en la garganta. Ahí acababa el 23 de octubre, pero por alguna extraña razón no me atrevía a seguir pasando las hojas. Sentía que había entrado en la

intimidad

de

Hanna,

que

había

descubierto un secreto que debería

haberse llevado a la tumba. Pero

entonces sus palabras resonaron en mi

cabeza: «Te lo juro, Grace Montgomery,

la próxima vez que me veas pareceré

hecha de cristal. Pálida, translúcida,

fría, rota. Puro hueso».

Puro

hueso.

Y

lo

había

conseguido. Después de tanto maldecir a

su odiado diario por no ayudarla, había

servido para algo. ¿O no era eso lo que

quería desde el principio? ¿Morir,  
volverse polvo y huesos? ¿De verdad  
eso era a lo que aspiraba?

Oí la voz de mi madre desde  
abajo llamándome a comer. Dejé un  
momento el cuaderno sobre la cama,  
cerrado, y me levanté, aunque algo me  
detuvo un segundo. Una voz, la de  
Hanna, diciendo: «No».

Pero no quería escucharla. En  
ese momento no quería saber nada de  
ella. No quería saber por qué pensaba  
así, por qué se empeñaba en ver  
números en vez de vida.

Bajé los quince escalones en  
menos de tres segundos, intentando  
alejar la mentalidad de Hanna de la mía.

### ***Capítulo tres.***

La voz de mi madre desde detrás  
de la puerta me despertó, como cada

mañana. Y como todos los días, yo me hundí todavía más en la almohada, con la esperanza de que el hecho de ignorar su llamada me librara de otro día de clases. Pero, obviamente, no fue así.

Me senté en la cama, con algunos mechones rebeldes cayendo sobre mi frente. Un bostezo se escapó de mis labios y me froté los ojos, mientras me destapaba con pesadez y ponía los pies descalzos sobre el suelo. La madera estaba fría.

Fría, como Hanna. Los recuerdos de lo que había leído la noche anterior en su diario, que ahora descansaba inocente sobre mi mesita de noche, volvieron a mi cabeza como si me golpearan. Cansancio, mentiras, odio, números.

Una parte de mí se alegraba de

que ella ya no tuviera que vivir ese  
infierno. Sacudí la cabeza y acabé de  
levantarme. Me recogí el pelo mientras  
bajaba los escalones trotando, camino a  
la cocina. Mi padre ya se había ido a  
trabajar

y

mi

madre

estaba

preparándome el desayuno.

—Buenos días, Grace. —Se

encontraba de espaldas a mí, pero aun

así me había escuchado llegar.

Sonreí y me acerqué a ella por

detrás, rodeándole la cintura y dándole

un beso en la mejilla.

—Buenos

días,

mamá.

—  
Coloqué mi cabeza sobre su hombro a  
tiempo de ver lo que estaba haciendo—.

Oh, ¿me has hecho tostadas?

Ella asintió, se dio la vuelta y se  
apartó de mí para dejarlas sobre la  
mesa, junto al vaso de leche.

—Llevan la mermelada de  
melocotón de la abuela, que me trajo  
ayer unos botes.

—¿Ayer vino la abuela y no me  
avisaste? —dije, fingiendo enfado,  
mientras pegaba un sorbo a la leche. El  
cacao en polvo me dejó un gracioso  
bigote con sabor a chocolate sobre el  
labio superior.

—Fue por la tarde, cielo,  
estabas en la catedral y...

—Ah —le corté, apretando con  
más fuerza el asa de la taza—. Ya

entiendo, no pasa nada.

Se hizo un silencio incómodo,  
solamente interrumpido por el sonido de  
la televisión que se había dejado  
encendida en el salón. Mi madre  
removió su café, deshaciendo la espuma,  
y alzó la mirada para acabar con aquel  
silencio. Tenía mis ojos. Bueno, en  
realidad, yo tenía los suyos.

—Ayer también llamó Caleb,  
cuando no estabas. Dijo que pasaría esta  
mañana a recogerte.

Estaba sorbiendo de la taza  
cuando escuché lo que dijo, y por poco  
no se me sale la leche por la nariz.

—¿Caleb? ¿Ahora?

Mi madre arqueó una ceja,  
poniendo una mueca entre confusa y  
divertida.

—Sí, ¿algún problema?

Noté cómo mis mejillas se  
encendían y pegué un nuevo mordisco a  
la tostada, con rabia.

—Podrías haber avisado antes,  
mamá, a este paso no me dará tiempo de  
arreglarme.

—¿Arreglarte?

—Soltó

una

carcajada—. ¿Desde cuándo te arreglas  
tú para ir a clase?

Me levanté de la mesa con  
estruendo, con media tostada en la boca  
y el pelo cayéndome sobre la cara. Al  
verme así mi madre pareció atar cabos y  
una sonrisa iluminó su cara

—Ah, ya veo... Caleb.

—¿Qué dices, mamá? —negué,  
sin poder evitar el rubor, quitándome el  
pan de la boca—. Esto no tiene nada que

ver con él, es sólo que no había visto la hora y... no puedo ir a clase con estas pintas.

—Sí, será eso... —Se echó

hacia atrás en su asiento y me miró con la ceja levantada.

Yo no pude evitar sonreír.

Sacudí la cabeza y me volví de nuevo a la habitación, acabándome la tostada por el camino.

Vale, quizás, sólo quizás, esto tenía algo que ver con Caleb. Con Caleb y esa sensación de «tiene que verme guapa» cada vez que le veía. Esa sensación de no poder fallarle. La verdad es que arreglarme por él era una tontería, teniendo en cuenta que me había visto totalmente desarreglada en miles de ocasiones y eso nunca había impedido que siguiera a mi lado. Me

había visto recién levantada, durmiendo  
con sueño, comiendo con hambre,  
riéndome tanto que me costaba respirar.

Me había visto llorar, llorar de verdad,  
algo que pocas personas podían decir.

Me había visto de mil maneras y, sin  
embargo, todavía tenía miedo de que  
aquella mañana no me viera decente.

Abrí el armario de par en par,  
soplé para apartarme el pelo de la cara  
y me quedé de brazos cruzados mirando  
la ropa. ¿Qué más daba lo que llevara?

En realidad, ¿qué más daba cómo viera?

No quería que me quisiera por mi físico.

No. Más valía enseñarle mi mejor  
sonrisa.

Así que cogí unos vaqueros y  
una camisa cualquiera, cerré el armario  
con la misma fiereza con la que lo había  
abierto y fui al baño para peinarme. Me

vestí, me lavé los dientes, sonreí y

llamaron al timbre.

Mi madre abrió la puerta

mientras yo bajaba por las escaleras, y

Caleb se quedó en el marco de la

entrada, saludándola. Ambos se giraron

para mirarme cuando llegué, con el

pulso acelerado, y me limité a sonreír

mientras agarraba mi mochila, tirada en

la vestíbulo. Le di un beso en la mejilla

a mi madre y me acerqué hasta el chico.

—Bueno, ¿nos vamos? —Crucé

los dedos tras la espalda esperando que

él no notara mi rubor, mis nervios, esa

sensación en el estómago que hacía

semanas que no desaparecía.

Lo había intentado negar durante

mucho tiempo, pero no podía seguir

engañándome a mí misma. Sabía que lo

que sentía por Caleb no era lo mismo

que tres meses atrás. Sabía que quizás eso sólo hacía que estropear las cosas pero, si algo era cierto, era que con él me olvidaba de todo. Incluso de Hanna.

Una vez fuera, otoño nos saludó con una fría ráfaga de aire que hizo que me abrazara los codos. Mientras caminábamos miraba las losas del suelo, intentando no embobarme mirándolo a él.

—Te noto callada, ¿estás bien?

—preguntó entonces.

Levanté la mirada y me encontré con sus ojos. Algo bueno de la situación era que conocía a Caleb desde hacía mucho, la confianza que teníamos era demasiada y no podía mentirle en nada. Aunque al menos creía estar ocultando bastante bien el hecho de que quizás me gustara. Sólo quizás.

—Algo así. —Me froté las  
manos—. Anoche estuve pensando  
mucho en... Ya sabes.

—Hanna —acabó él—. La  
verdad es que ha sido impactante. Siento  
mucho lo que viste, pero espero que no  
te sientas culpable por nada. Que  
estuvieras ahí no significa que pudieras  
evitarlo.

Y de nuevo, Caleb parecía  
haberse metido en mi cabeza. Le sonreí,  
realmente agradecida.

—Sí, ya lo sé. Pero a veces  
viene bien que alguien te lo recuerde.

Él me devolvió la sonrisa,  
aunque parecía distinto. Estaba más  
centrado, más maduro. Se notaba que se  
preocupaba por mí, que sabía que  
estábamos tratando un tema delicado.

Por un momento estuve tentada de

hablarle del diario, de contarle su secreto, pero antes de que pudiera decidirlo, él suspiró y me rodeó el hombro con un brazo, como tantas otras veces. Sólo entonces me sentí a salvo.

Tardamos veinte minutos en llegar al colegio. Me despedí de él en la puerta del aula, contando las horas que faltaban para volverle a ver en el descanso.

Mi sonrisa se apagó nada más entrar en clase. La incomodidad y el miedo parecían ceñirse sobre la sala;

todos

estaban

cabizbajos,

algunos

hablaban en susurros y unos pocos

valientes se atrevían a mirar al pupitre

vacío de la última fila.

Me

deslicé

entre

mis

compañeros hasta ocupar mi sitio.

Audrey ya estaba sentada a mi lado,

jugando con un lápiz entre los dedos y

con la mirada perdida. Tenía el pelo más

desarreglado de lo normal. Sus ojos se

veían cansados, sus labios agrietados,

sus brazos sin fuerza. Un día cualquiera,

Audrey hubiera venido a darme los

buenos días al verme entrar, me hubiese

dado un abrazo lleno de energía y se

habría quejado de que llevara el mismo

vaquero de ayer. Pero aquella mañana,

Audrey no parecía Audrey. Mi clase no

parecía mi clase. Y todo era por Hanna.

—Hola,

Audrey

—murmuré,

para hacerle notar que estaba ahí. Ella levantó un poco la cabeza, adormilada

—. ¿Has dormido hoy?

—La verdad es que no mucho.

—Tosió, y su voz sonó todavía más ronca y apagada—. He pasado toda la noche pensando... Pensando en ella.

Supe enseguida a quién se refería. Sólo había pasado un día desde que lo habían anunciado y la noticia seguía impactando a la gente.

—Grace, ni siquiera la conocía

—soltó, mirándome a los ojos, después de un corto silencio—. Pero era mi fiesta. Mi cumpleaños. Llegué con toda la ilusión del mundo, y cuando entré en la casa ya no había nadie. Todos rodeaban a una chica tendida en el suelo a la que me costó reconocer. Y esa chica

ya no está, ya no volverá a estar. ¿Te das cuenta de lo que es eso, Grace?

Me mordí el labio, incapaz de aguantarle la mirada. Como para no darme cuenta. Al menos ella no tenía el cargo de conciencia de haber escuchado sus últimas palabras. De haber recibido su diario, haber descubierto sus secretos. Todavía no sabía cómo era que yo no me había desmoronado igual que lo habían hecho el resto de mis compañeros. Supongo que muchos de ellos se acababan de dar cuenta de lo frágiles que somos, de lo rápido que puede terminar una vida.

—Podría

haber

pasado

en

cualquier otro sitio, Audrey —contesté,

al final—. Ha sido mala suerte. Pero ya  
no podemos hacer nada.

Ella pegó un bufido y se ocultó  
el rostro entre las manos.

—Mala suerte... —murmuró,  
aguantándose las lágrimas.

Le

rodeé

con

un

brazo,

intentando estar ahí para ella. Intentando  
hacerle ver que al menos no iba a tener  
la mala fortuna de perderme.

No todavía.

Caleb era el único que parecía  
haber sido capaz de evadirse y dejar de  
pensar en el tema. No estaba segura de  
que lo hubiera conseguido del todo.

Cuando alguien muere, todos se culpan.

Él por haberme dicho que la invitara, yo por haberla llevado, Audrey por haber celebrado su cumpleaños, los padres de Hanna por no haber estado ahí, el médico por no haber llegado antes. Sin embargo, ninguno era culpable. El corazón de Hanna había fallado, sin avisar, sin poder hacer nada nosotros. Aún me preguntaba por qué me había dejado su diario. Por qué a mí, si sólo me conocía de un par de días, si apenas habíamos hablado.

Estuve tentada de empezar a leer las últimas páginas para comprobar si hablaba de mí, pero me detuve a medio camino, mientras pasaba las hojas. Un folio resbaló y cayó al suelo tan ligero como

una pluma.

*Manzana 75*

*½ Macarrones ¿324?*

*Yogur 105*

*Sopa 96 120*

Miré su caligrafía temblorosa,  
los tachones y los números. ¿Era eso lo  
que había comido en un día? Y, ¿por qué  
había cosas tachadas? No entendía nada.

Solamente sabía que si fuera yo quien  
hiciera aquello ni siquiera sería capaz  
de recordar qué había almorzado hoy.

En el momento en el que lo metí de  
nuevo entre las hojas descubrí un  
número, en la esquina, que antes había  
pasado desapercibido: 48,1.

Me parecía notar la rabia de  
Hanna al escribirlo.

No sé qué fue lo que me empujó  
a dejar el diario de nuevo en la mesita,

descalzarme y encaminarme al baño de mis padres. Supongo que la curiosidad.

Una

curiosidad

que

acabaría

destruyéndome, igual que la destruyó a ella.

Ni siquiera me miré al espejo al

entrar, no era algo a lo que estuviera

acostumbrada. Busqué con la mirada la

báscula que mi madre tenía guardada

bajo el armario del baño. La saqué y la

puse delante de mí, sin ser demasiado

consciente de mis actos. Me quedé

mirándola unos segundos, con el labio

mordido, como si esperara que me

dijera algo.

Me puse sobre ella. Aquello fue

como firmar un trato con el demonio: a

partir de aquel día, seríamos la báscula y yo. Yo prometía estar pendiente de ella todos los días, ella prometía que el número bajaría.

El mismo número que en aquel momento me hizo un nudo en la garganta.

No me lo esperaba, simplemente, porque no me pesaba desde hacía muchísimo tiempo. No sabía qué cifra debía aparecer, pero intuía que para Hanna hubiera sido demasiado.

Me pareció oír su voz otra vez:

«Cincuenta y tres malditos kilos».

### ***Capítulo cuatro.***

La clase al día siguiente tampoco fue muy rutinaria. Al parecer, los padres de Hanna habían dado permiso al colegio para que se hablase de la enfermedad y se concienciara a los alumnos, así que a primera hora vino

nuestro tutor a prevenirnos, como si  
supiera que precisamente la noche  
anterior me había pesado.

El profesor parecía nervioso; le  
sudaban las manos. Tuvo que carraspear  
un par de veces hasta que el ajetreo  
disminuyó y su voz fue capaz de oírse.

—Queridos alumnos, como ya se  
os informó, vuestra compañera Hanna  
Miller falleció el pasado sábado, a raíz  
de una insuficiencia cardiaca. Sin  
embargo, aquello que acabó por matarla  
sólo  
fue  
una  
de  
las  
muchas  
consecuencias que tenía la enfermedad  
que Hanna padecía: anorexia nerviosa.

Como predecía, en el aula se levantó un enorme murmullo. La gente empezó a susurrarse cosas, se oyó alguna exclamación contenida y unas cuantas personas pusieron los ojos en blanco. Yo me encogí un poco más en la silla, viendo de reajo cómo Audrey se llevaba las manos a la boca. El profesor siseó en un intento de acallar a los jóvenes, que sólo dio resultado pasada la expectación inicial.

—Como sabéis y habéis podido comprobar, los trastornos de la conducta alimentaria tienen un alto riesgo de muerte —dijo, con toda la frialdad del mundo.

Pero, a pesar de lo que decía, nunca habían dado una charla como aquella en

clase.

Nunca

habían

considerado los trastornos importantes

hasta que vieron el tremendo efecto que

tienen. Y a pesar de eso, seguramente en

un mes todo el asunto de la muerte de

Hanna estaría olvidado. En ese momento

el profesor se disfrazaba de adulto

preocupado,

pero

luego

seguiría

fingiendo no oír a las chicas vomitar en

el baño después del descanso, o

ignoraría a ese alumno cuyas notas

habían bajado a raíz de una depresión.

Porque claro, para él, son sólo cosas de

la edad. Hasta que tienen un final

trágico; entonces sí que merece la pena

advertir sobre ellas. Cuánta hipocresía.

—Esas enfermedades no son ningún juego, son muy graves, así que chicas, —Primer error: creer que sólo las chicas pueden tener un trastorno de la conducta alimentaria—, no hagáis tonterías y comed. —Segundo error: pensar que es sólo cuestión de comer o no comer—. Espero que todas os hayáis traído almuerzo y os cuidéis. Sé que la sociedad os exige mucho, pero no tenéis que poner en peligro vuestra salud sólo por gustar a un chico o pareceros a las modelos. —Tercer error: sostener que todo ese sufrimiento es sólo por el deseo de que los demás te aprecien.

Gracias a Dios, la gente volvió a revolverse y murmurar, y al final, el profesor bajó los brazos con un suspiro y abrió el libro de matemáticas, dando

por

finalizada

su

«charla

para

concienciar». Menos mal que Hanna ya no la podía escuchar, porque sin duda saltaría de la última fila para decirle las cosas claras a su tutor.

—Qué fuerte, tía... —murmuró

Audrey a mi lado, todavía incapaz de atender a los números que adornaban la pizarra—. Aunque debería de habérmelo imaginado, ¿no? La verdad es que estaba súper delgada...

—No tendrías que haberlo

sabido por lo delgada que estuviera, sino por lo demacrada que se la veía — le contesté, cortante. Ni siquiera pensé las palabras antes de decirlas; parecía

que Hanna hubiera hablado por mí.

Sólo después me di cuenta de

que la chica no murió de camino al

hospital, sino mucho antes. Una parte de

ella ya debía estar muerta cuando dejó

su vida grabada el 23 de octubre, como

si supiera que también la iba a perder.

Aquella noche, tumbada en la

cama, sentí la tentación de volver a

coger el diario. De todas formas, si

Hanna quería dármelo era precisamente

para que lo leyera. Era sólo papel, no

podía hacerme nada.

Acaricié la solapa de la libreta y

deslicé con cuidado mis dedos hasta la

tercera página, dónde empezaba el

segundo día. Dos días después, 25 de

octubre.

Empezar a leer me provocó un

nudo en la garganta.

*Odiado diario:*

*Vengo con más quejas y ganas*

*de abandonar este mundo. Esta vez no  
es sólo la báscula, que sigue con sus  
malditos cuarenta y ocho. En dos días  
apenas he perdido trescientos gramos.*

*¿Dónde queda todo mi esfuerzo?*

*Sin embargo, eso no es lo que*

*hoy me tiene enfadada. Caroline ha  
expuesto hoy en clase, hablaba sobre  
las enfermedades mentales, y cómo no,  
trataba de refilón a mi amiga  
(«amiga») la anorexia.*

*Y así es como la gente de mi  
clase aprende acerca de chicas como  
yo.*

*Aunque supongo que eso es lo  
gracioso, porque yo misma aprendí  
acerca de chicas como yo años atrás,  
pensando que nunca sería una de ellas.*

*Lo que no aprendes en clase es  
el dolor mental. Quiero decir, claro, te  
cuentan  
cómo  
consiguen  
estar  
delgadas. Los huesos débiles. El  
lanugo.  
Montones  
de  
moratones.  
Pérdida de cabello. Bla bla blá.  
Pero no aprendes que pierdes  
todas tus amistades. No te cuentan que  
acabas con toda la autoestima que  
podía quedarte. No te cuentan que te  
conviertes en la persona más mentirosa  
de este mundo. No te hablan de los  
dolores de cabeza. No te cuentan lo  
duro que es recuperarse y lo imposible*

*que parece. No te hablan de la ansiedad, las pastillas. No te hablan de los temblores, ni de esos flashbacks que llegan sin avisar y te paralizan. No te cuentan que tendrás una batalla en tu mente las 24 horas del día. No dicen nada de la adicción que le coges a los huesos. Tampoco de las obsesiones. Ni del miedo. No te hablan de las mentiras a tus padres, ni te dicen que llorarás y esconderás el pan en los bolsillos de tus pantalones, tirándolo luego al váter para que todo el mundo piense que estás mejor.*

*Realmente no te cuentan nada.*

Ni siquiera me extrañó que el tema de clase fuera el mismo que el del diario. Quería creerme que todo era pura coincidencia; después de todo, Hanna ya se había ido.

Las cosas empezaron a cambiar  
aquella  
semana,  
en  
una  
comida  
cualquiera, pocos días después de haber  
leído las palabras de la joven. Ni  
siquiera recuerdo qué comí, porque no  
me importaba lo más mínimo. Sólo sé  
que, al acabar, me levanté como de  
costumbre a por el postre y me quedé  
parada nada más abrir la nevera. De eso  
sí que me acuerdo. Sólo quedaban  
yogures y un bol con frutas; un plátano,  
dos  
peras  
y  
una  
manzana.

Instintivamente, levanté la mano y cogí el yogur, cuando algo me detuvo. El recuerdo del lápiz de Hanna me vino a la mente y entonces ya no vi una manzana, vi un 75. Vi un 105 entre mis manos.

No sé qué fue lo que me llevó a pensar que no me hacía falta ni una cosa ni la otra, que ya era suficiente.

Y eso no fue más que el comienzo.

Al día siguiente se me olvidó el almuerzo en casa y no me importó. Otra mañana me levanté tarde y sólo desayuné un vaso de leche. Pero, para compensar, merendé un gofre de chocolate pensando que eso

lo

arreglaría todo. Una noche no cené,  
porque tenía examen al día siguiente y  
quería estudiar más. O quizás quería  
comer menos.

Pero una mañana me desperté  
con la mente más clara, me di cuenta de  
lo que había hecho y me obligué a mí  
misma a parar. Pero, ¿qué estaba  
haciendo? Tonterías, eso eran. No cenar  
no me servía de nada, no me iba a  
ayudar.

A pesar de todo eso, cometí un  
error más: volver al baño de mis padres  
y subirme a la báscula por segunda vez.  
Y otro más cuando sonreí al ver el  
número. No entendía cómo, pero había  
bajado. Sólo quinientos gramos, pero ya  
me  
parecían

bastantes.

Había

adelgazado sin ni siquiera darme cuenta,

sin

esfuerzo,

sin

proponérmelo.

Tampoco me veía como alguien que

necesitara bajar de peso, pero ya que lo

había hecho, ¿qué más daba?

Me detuve un momento a

mirarme en el espejo. Nunca había

estado a gusto conmigo misma. No sólo

por mi cuerpo, sino por mi forma de ser:

mi timidez, mi pasividad, mi soledad.

No era una de esas chicas que

destacaban allá adónde fueran, y sabía

que tampoco lo iba a ser, porque había

cosas que no era capaz de cambiar. Pero

acababa de descubrir que mi cuerpo no

era una de ellas. Podría dejar que me  
creciera un poco más el pelo, que dejara  
de parecer una niña. Podría empezar a  
cuidarme  
más.

Podría...

Podría  
quitarme algunos kilos. Quizás así mi  
tripa se vería más bonita.

No iba a pasarme, estaba segura;  
no quería hacer tonterías. Sólo gustarme  
un poco más.

Sólo eso.

El sábado me levanté con ganas  
de no hacer nada, absolutamente nada.  
Me desperté con sueño y pocas fuerzas  
para enfrentarme al mundo. Lo único que  
consiguió sacarme una sonrisa fue el  
mensaje de «buenos días, pequeña» que  
me había dejado Caleb en el móvil.

La noche anterior el insomnio  
había podido conmigo y había acabado  
durmiéndome pasadas las cuatro de la  
madrugada. Mi cabeza no se había  
callado hasta entonces, hablando de  
millones de temas: Caleb, el trabajo de  
lengua de la semana que viene, quedar  
con Audrey otra vez, Caleb, retomar las  
noches de peli y pizza, bueno, quizás  
pizza no, los planes que tenía para  
Navidad, el regalo que le iba a hacer a  
mamá, Caleb otra vez, la bufanda que  
me acababa de comprar, la sonrisa de  
Caleb, el diario de Hanna, no pensar  
tanto en ella, pensar menos en Caleb, no  
poder hacerlo.

Por ello no era de extrañar que  
acabara despertándome casi a la una del  
medio día. Me desperecé con un  
bostezo, parándome a mirar durante unos

segundos la luz que se colaba a través  
de las cortinas. Me encantaban las  
mañanas en mi casa; las habitaciones  
enteras se iluminaban, el sol entraba a  
bocanadas por las ventanas y el  
ambiente  
se  
volvía  
todavía  
más  
acogedor. Daban ganas de no despegarse  
de la cama, pero el deber, concretamente  
los ejercicios de química que tenía que  
entregar el lunes, me lo impedía.  
En apenas una hora mi madre  
estaría llamándome para comer, así que  
ni siquiera me molesté en desayunar  
algo; no tenía hambre. Me lavé la cara y  
me senté en el escritorio, frente a los  
apuntes de química, con ganas de caer

dormida sobre ellos. Acababa de coger el bolígrafo cuando el teléfono empezó a sonar.

Lo cogí con un resoplido.

—¿Diga?

—¿Grace? —Reconocí la voz de

Audrey al otro lado. Por suerte sonaba más animada que la semana pasada—.

Soy Audrey. Te he estado llamando toda la mañana y parecía que no había nadie en casa.

—Lo siento, estaba durmiendo...

—¿Tan tarde?

—¿De verdad te sorprende?

Escuché la risa de la chica al otro lado del teléfono, seguida de un suspiro.

—Bueno... Quería preguntarte si vas a hacer algo esta tarde. Me apetece ir de compras.

Esta vez fui yo la que resoplé.

Sinceramente, ir de compras era algo que odiaba. No me gustaba pasar horas de tienda en tienda, probándome cosas que sólo conseguirían acomplejarme más y comprando justo aquello que se quedaría abandonado en el armario durante meses. Además, aquel día ya me había despertado desganada, y lo último que me apetecía era salir a dar una vuelta. Me levanté de la silla, teléfono en mano, y empecé a moverme en círculos por la habitación.

—¿Tiene que ser hoy? Ya sabes que eso de comprar no es algo que me apasione... —contesté. Ella se quedó pensando unos segundos.

—¿Y si vamos al cine? ¿Eso te apetece?

—No hacen ninguna película

buena ahora.

—¿Vas a poner excusas a todo lo que proponga? —preguntó Audrey. Casi podía verla fulminándome con la mirada desde su casa.

—Es que hoy sólo tengo ganas de dormir, de verdad...

Bajé los hombros y me paré a mirar el paisaje a través de mi ventana.

Sólo se veía la carretera, con árboles decorando las aceras a ambos lados y filas de casas muy parecidas a la mía.

En general, mi barrio era un lugar tranquilo.

—Vale, vale, pero reserva algún día para mí si no es mucha molestia.

Parecía un poco disgustada, pero no podía mentirle. Habría sido peor si hubiera accedido y la pobre hubiera tenido que cargar conmigo toda la tarde.

En ese momento vi a una pareja  
corriendo a lo largo de la calle, con los  
auriculares puestos y mallas de deporte.

Levanté una ceja.

—¿Qué te parece si vamos  
mañana a correr?

—¿A correr? ¿Estás loca?

—Va, Audrey, siempre te estás  
quejando de no tener tiempo para ir al  
gimnasio, y no creo que nos haga ningún  
mal...

Ella suspiró.

—De verdad que no te entiendo.

Dices que estás cansada y al minuto  
quieres irte a correr.

—Hoy descansaré para mañana  
ir con fuerzas, no tiene tanto misterio —  
contesté,  
intentando  
esconder

una

sonrisa.

—Vale, si tanta ilusión te hace...

¿En mi casa a las seis?

—Perfecto.

—Bueno, pues nada. Hasta

mañana, Grace.

—Hasta

mañana,

Audrey,

gracias. —Y sin dejar de sonreír,

colgué.

Aquella decisión fue uno de esos

pequeños

errores

que

acabarían

conmigo.

**Capítulo**

## **cinco.**

Desde que era pequeña, mi pasatiempo favorito siempre había sido leer. Devorar todos los libros que me encontrara por casa, meterme en sus mundos con la esperanza de abandonar la realidad y poder convertirme en alguien mejor. Alguien valiente, fuerte; una heroína.

Pero desde que el curso había comenzado, los estudios apenas me habían dejado tiempo para respirar y no había encontrado todavía un libro por el que mereciera la pena quedarse noches enteras en vela.

Aunque tenía el diario de Hanna, que en aquellos momentos hacía una función parecida. Sólo que no me convertía en ninguna heroína, sino en

una espectadora más.

La tercera entrada del diario era

ya noviembre.

*Odiado diario:*

*Estoy harta, hartísima, de que*

*pasen los días y nada mejore. «Después*

*de la tormenta siempre sale el sol»*

*dicen, pero para mí está diluviando y el*

*sol*

*también*

*tiene*

*miedo.*

*Estoy*

*cansada. Mentalmente cansada, y ese*

*es el mayor cansancio de todos.*

*Mis esfuerzos cada vez dan*

*peores resultados. Nunca es suficiente.*

*Ahora*

*son*

*cuarenta*

y

seis,

y

*ochocientos gramos. ¿Para cuándo cuarenta y cinco? ¿Cuarenta? ¿Treinta y cinco? ¿Ahí seré feliz de una maldita vez?*

*Para colmo, eso no es lo único que me va mal.*

*He vuelto a discutir con Faith.*

*Tenemos un carácter que no nos hace bien a ninguna de las dos. Ella es demasiado orgullosa, tiene mucho genio, igual que yo. Se pone de los nervios por todo y en esos momentos mi ansiedad no ayuda. Ya fue bastante con lo de Lilly. Eso no hizo más que separarnos, como si no hubiéramos pasado suficiente infierno ya...*

*Bueno, todo ha empezado por la*

*tarde, al salir de clase. Ya había tenido un mal día por culpa de un bonito suspenso en literatura. ¡Un cuatro en literatura! Nunca en mi vida había suspendido y nunca había pensado que lo haría precisamente en esa asignatura. Pero es que en el momento del examen me quedé en blanco, así, sin más. No tengo excusa. Por eso ni siquiera me he molestado en llorar, sé de sobra que soy un fracaso. En todo. Pero, obviamente, Faith no esperaba que no estuviera de humor para irnos «a merendar», lo que propuso. A merendar... Lo primero que hice fue negarme, claro, y decirle que yo no*

*merendaba. Ella insistió en que al menos me tomara un zumo, que me veía muy paliducha. Como si un zumo fuera a devolverme el color. Obviamente, me negué.*

*«¡Hanna,*

*deja*

*de*

*hacer*

*tonterías! ¿A qué crees que juegas? ¡Es sólo un zumo! ¿Quieres acabar como Lilly? BLA BLA BLÁ».*

*Me sé de memoria sus charlas;*

*se cree que van a impactarme, que van a hacerme cambiar de opinión, como si pudiera hacerlo. Pero no se da cuenta de que yo controlo (¿o me controlan a mí?).*

*Entonces*

*estallé,*

*solté*

*un*

*«¡Faith, déjame en paz de una puta vez!» para no seguir oyendo sus pobres argumentos, y me di media vuelta. He fingido que nada me dolía hasta que he oído su voz a mis espaldas.*

*«Vas a acabar sola y podrida,  
Hanna Miller. ¡Sola!»*

*Y a ti no te puedo engañar,  
maldito diario, esas palabras me han  
hundido.*

*No es para tanto, en realidad.*

*Yo misma me he dicho cosas peores.*

*Pero Faith es una de las pocas  
personas que no he perdido aún y que  
me lo diga ella es distinto. Saca todos  
mis miedos. Además, esa es la gota que  
ha colmado el vaso.*

*Porque, ¿qué va bien en tu vida,*

*Hanna Miller?*

*Nada, absolutamente nada. Sigo gorda. Doy asco. Mi madre sigue mirándome mal cuando le digo que no tengo hambre, a veces me sigue obligando a comer. Aún tengo que esconderme para hacer ejercicio, levantarme a las seis de la mañana si hace falta. Y ni siquiera me gusta. Me cansa, lo odio. Pero lo necesito, igual que necesito que el número baje de una puñetera vez. Pero no lo hace, porque no sirvo, porque sigo siendo una bola de grasa, sólo que ahora, además, una bola pálida de grasa a la que se le cae el pelo.*

*La gente no se acerca a mí desde lo de Lilly. Y las pocas personas que me quedaban se van yendo, entre ellas, Faith.*

*¿Amigos? ¿Qué es eso? Aún*

*recuerdo cuando era pequeña y me*

*pasaba todas las tardes en casa de*

*Faith,*

*de*

*Gabrielle,*

*Catherine...*

*Decíamos que seríamos amigas para*

*siempre, y míranos ahora.*

*Mis*

*padres*

*tampoco*

*me*

*entienden. En nada. Sólo quieren que*

*coma. Así, sin más, porque sí, y ni*

*siquiera se están dando cuenta de lo*

*que estoy pasando. En realidad apenas*

*les importo. Papá sólo me saluda*

*cuando vuelve del trabajo algunas*

*tardes y luego se vuelve a encerrar en*

su despacho. Y mamá, como le diga lo que pienso de verdad, se pone a llorar. Es demasiado débil y manejable, siempre hace caso a lo que mi padre dice y tampoco está casi en casa; creo que es porque no lo soporta. Yo tampoco lo haría. Normal que se pase la mayoría del tiempo fuera, en tiendas o con sus amigas, aunque luego papá no hace más que gritarle porque, sin quererlo, se ha gastado más de la cuenta yendo de compras. Y así cada semana. Creo que tiene un problema. Pero de todas formas, no es la única; todo el mundo tiene un problema, lo que ocurre es que yo tengo mil más. Por si el ambiente familiar no fuera bastante, las notas tampoco me van bien. Este año he bajado mucho. He pasado de ser una chica de dieces a

*ser una de seises, incluso suspensos.*

*Me esfuerzo, estudio para no pensar  
(para no comer), pero no sirve de nada,  
porque al llegar al examen se me ha  
borrado todo. Y me enfado, y no lo  
soporto, y no sirvo para nada.*

*¿Algo más? Ni siquiera quiero  
hablar de chicos. Esos ni se me  
acercan, pero mejor para ellos.*

*Luego estoy yo, que no tengo  
nada bueno. Absolutamente nada. Soy  
la ruina de mis padres, el desespero de  
mis profesores, la carga de mis amigas.*

*Faith tiene razón, voy a  
quedarme sola, pero quizás sea lo  
mejor. Nadie tiene por qué soportar  
conocerme. No lo merecen.*

*Ni siquiera yo me soporto. No  
debería estar aquí, no sirvo para nada,  
¡soy un puto fracaso!*

*Intentaba distraerme para no volver a la caja. Pero no tengo más remedio. Ahora mismo lo necesito. Sólo tengo que abrir el armario, tercer cajón, escondida entre bufandas. Mi madre nunca entra en mi habitación, nunca la encontrará y, si lo hiciera, no sería capaz de hacer nada. Abriré la caja y se pasarán mis males. O se multiplicarán. No lo sé, sólo sé que me lo merezco, que debo hacerme daño, que estoy cansada de todo esto y que no sirvo para nada.*

*Ojalá llorar adelgazara. Ojalá sangrar adelgazara. Ojalá ésta sea la última vez. Ojalá desapareciera.*

*Ojalá.*

Llegué a casa de Audrey después de una corta caminata, vestida ya con el chándal y con el pelo recogido en una

coleta. Durante el trayecto me había estado planteando si debía compartir el diario de Hanna con alguien más, pero deseché la idea enseguida. Ella no me lo había dado para que lo difundiera.

En cierto modo, cuando lo leía me sentía una intrusa. Era como meterse en la cabeza de la chica, en su más profunda intimidad, saber todo aquello que no sería capaz de contarle a nadie.

Sin embargo, había escrito «Grace Montgomery» sobre la cubierta. Simple y claro. Aunque todavía desconocía sus razones.

Quizás era un aviso. Quizás ella notaba que yo necesitaba adelgazar, pero para evitar que acabara como ella me dio sus memorias. Tiene sentido, ¿no? Y lo estaba haciendo bien. Hoy había desayunado poco, había comido poco y

ahora iba a ir a correr. Pero no había  
dejado de comer ni nada. Y me sentía  
bien, sentía que me iría viendo mejor  
con el tiempo. Sin duda, eso no se  
parecía nada a la versión de cómo  
Hanna se veía y se sentía.

Llamé a Audrey desde la puerta  
de su jardín, y la chica no tardó en  
asomarse por la ventana. Al verme me  
gritó que ya bajaba, y a los pocos  
segundos salió de su casa con las manos  
en la cabeza, haciéndose un moño.

—No sé cómo has conseguido  
convencerme —dijo cuando empezamos  
a caminar—. ¿Con diez minutos te  
sirve?

—Diez minutos, descanso, y  
luego otros veinte. Va, Audrey, no seas  
vaga. —Le di un suave codazo y empecé  
a trotar. Ella no tuvo más remedio que

seguirme, ya cansada.

El barrio en el que vivíamos era un lugar muy tranquilo para pasear. El sol empezaba a ponerse y el cielo se había tornado de color anaranjado; sólo se oía el murmullo de la brisa y el pío de los pájaros. La carretera estaba desierta, y en la acera, junto a nosotras, una fila de árboles nos hacía sombra.

Con los auriculares puestos apenas era consciente del paso del tiempo. Al poco rato empecé a sentirme cansada, pero algo dentro de mí me impedía parar. Lo mismo que me decía que aunque doliera merecía la pena, que siguiera

así,

que

al

final

me

acostumbraría al dolor. Que los números bajarían.

No sentía las piernas. Notaba cómo el corazón me latía tan fuerte que parecía que fuera a atravesar mi pecho. Tenía la respiración entrecortada, pero aun así me obligaba a seguir. Era como si yo no controlara mis piernas; ellas iban solas.

A los pocos minutos me di cuenta de que Audrey ya no estaba a mi lado. Me detuve, por fin, con la sensación

de

tener

los

pies

adormecidos.

Ella estaba unos metros más

atrás, encorvada, con las manos  
apoyadas en las rodillas y la respiración  
acelerada. Se separó el pelo de la  
frente, jadeando a causa del esfuerzo.

—Oye,

Grace,

creo

que

llevamos más de diez minutos ya... —

dijo, con un resoplido—. ¿No podemos  
parar?

—¿Ya te has cansado? —Ella

asintió y yo puse los ojos en blanco—.

Puedes volverte a casa si es lo que  
quieres, pero yo voy a seguir.

—Está bien. —Suspiró y se puso  
erguida—. Yo me voy a por un helado,

que me lo merezco. Hasta mañana,

Grace. —Hizo un amago de sonrisa y se  
dio media vuelta, andando camino a su

casa.

Pero yo no era tan débil como ella. Después de todo lo que había conseguido, no lo iba a malgastar tomándome un maldito helado. Además, apenas había corrido, y los dos minutos que me había parado a hablar con Audrey sólo habían servido para detenerme un rato y hacer que tuviera más ganas de continuar. Aún me dolían los pies, pero al final me acostumbraría a la molestia. Me puse los auriculares y seguí corriendo, dejando cada vez más lejos mi casa, intentando ignorar el dolor de músculos, el cansancio, las ganas de abandonar. No podía.

Hanna había dicho que andando quince minutos sólo había quemado ochenta calorías. Según ella era poco. Quince minutos corriendo, ¿qué serían?

¿Ciento sesenta? Seguro que era poco también. Tenía que correr más, cansarme más, adelgazar más.

Además, iba por el buen camino.

Todo el mundo recomendaba hacer ejercicio, decían maravillas sobre los beneficios de salir a correr, así que no había nada malo en lo que hacía.

Y seguiría pensando aquello aunque sudara sangre.

Sin embargo, a los pocos minutos hubo algo que hizo que aminorara la marcha. Reconocí una casa entre las demás. A simple vista no había nada diferente; estaba adosada a ambos lados, era idéntica a sus vecinas y tenía un gran jardín en la entrada. Pero aquella tenía un abeto plantado y las cortinas cerradas, como si estuvieran de luto.

Porque lo estaban.

Era la casa de Hanna, la misma hasta la que mi padre había conducido la noche de su muerte. Me acerqué a la verja para asegurarme de que no me equivocaba. Aún me costaba respirar y me dolían los gemelos, pero lo último que quería en aquel momento era descansar. Sobre el buzón, algo torcido, aparecía el nombre de los padres de la niña: «Peter y Julianne Miller».

—¿Grace? —escuché mientras lo leía.

Levanté la cabeza a tiempo de ver como la madre de Hanna salía de la casa cargando con una caja de cartón. Cerró la puerta con un movimiento de cadera y se acercó a la entrada, intentando sonreír.

—Buenas tardes, señora Miller.

¿Necesita ayuda?

—Oh, ¿lo dices por esto? —

dijo, señalando la caja con un movimiento de cabeza—. No hace falta, apenas pesa.

Una vez delante de mí, dejó el objeto en el suelo con un suspiro y se apartó los cabellos de la cara. Al mirarme noté las ojeras bajo sus ojos, el cansancio en sus pupilas y la mirada de alguien que se ha pasado noches enteras llorándole a la almohada.

—Estamos haciendo limpieza en casa, pero aún no hemos empezado con la habitación de Hanna... —murmuró entonces, con una indiferencia en la voz que me sorprendió—. Había pensado que, ya que estás aquí, podrías echarme una mano. Sólo si quieres, claro.

Entiendo que sea duro para ti o quizás

estabas haciendo algo ahora y...

—No, no, para nada —la

interrumpí—. Sólo había salido a correr un rato, pero ya me he cansado. No se preocupe, señora Miller, estoy segura de que para ustedes es más duro que para mí. Después de todo, era su hija. —

Julianne tragó saliva, pero mantuvo la sonrisa—. Puedo ayudarles, no tengo nada mejor que hacer.

—Eres muy amable, Grace.

Alargó los brazos para abrir la valla que separaba el jardín de la acera y me invitó a entrar. Cuando le pregunté qué haría con la caja de cartón hizo un gesto de indiferencia, comentando que sólo eran trastos que ya tiraría en otro momento. Al parecer ni siquiera le importaba que lo robaran ya.

Una parte de mí pensaba que en

realidad la familia Miller estaba  
haciendo limpieza de recuerdos.  
Seguí a Julianne a través del  
jardín y entré en la casa de Hanna.  
Escuchar la puerta cerrarse a mis  
espaldas me provocó un escalofrío. Me  
sentía una intrusa, una mentirosa.  
Después de todo, la razón por la que  
había aceptado ayudarlos no era puro  
altruismo. Quería ver lo que Hanna veía  
cada mañana al despertarse. Entender  
por qué quiso darme su diario.  
Encontrar alguna pista, alguna nota,  
cualquier cosa.  
La puerta del final del pasillo  
era la de Hanna. Frente a ella  
descansaban un par de cajas de cartón  
como la que la señora Miller había  
dejado abandonada junto a la valla.  
—Por ahora lo único que me

interesa es empezar a guardar toda la ropa que tiene en su armario —comentó Julianne, con la mirada clavada en el suelo—. No es mucha, la verdad. Hanna nunca fue una chica muy coqueta. Pero todavía no me veo capaz de volver a entrar...

Me quedé en silencio, sin saber muy bien qué decirle. Un «lo siento» más no iba a servir de nada. Seguro que estaba cansada de que la gente se compadeciera por algo que no podía arreglarse.

—Entonces, ¿le guardo todo en las cajas?

—Me harías un gran favor. —Se agachó un segundo para agarrar el cartón y pasármelo a mí—. Y Grace, si ves cualquier cosa ahí que quieras quedarte como recuerdo... Eres totalmente libre

de llevártelo.

Asentí con la cabeza, intentando animar a la mujer con la mirada. Pero algo me decía que el enorme vacío que sentías al perder a un hijo no podía llenarse por muchos ánimos que te dieran. Era una cicatriz que se quedaría marcada para siempre, y en ese momento, bastaba con mirar a Julianne a los ojos para poder verla.

***Capítulo***

## **seis.**

La habitación de Hanna no era nada del otro mundo.

Me recordó a ella, porque era sencilla y parecía guardar muchos secretos. Normalmente las personas suelen reflejar cómo son en sus cuartos y decorarlos con aquello que les gusta, pero sus paredes estaban vacías. No había cuadros, ninguna decoración sobre la mesita de noche, y en el escritorio sólo había dos botes con rotuladores y una montaña de apuntes ordenados que ya no le servirían a nadie. Aquella mesa era lo único que los padres de la niña se habían atrevido a ordenar, y ahí es donde habían encontrado el diario. Rebusqué entre los papeles con la esperanza de encontrar alguna carta,

algún mensaje, algo que me indicara qué camino seguir.

Pero no había nada.

Con un suspiro, me di la vuelta para ver la otra parte de la habitación.

El escritorio estaba nada más entrar, a la izquierda, y enfrente de la puerta había una pequeña ventana con las cortinas corridas. Las abrí para que el sol, o lo que quedaba de él, iluminara un poco más la estancia. Junto a la ventana estaba la cama, de colchas azules, con cojines y peluches esparcidos encima de ella. Estaba perfectamente hecha. Me pregunté cómo sería hacer una cama sabiendo que no la volverían a usar.

Cómo sería pasar la última noche viva.

Sobre la mesita de noche había una única foto enmarcada. Me agaché para verla. Eran cinco chicas, sentadas

todas en un sofá, sonriendo a la cámara.

La única a la que reconocí fue a Hanna, aunque me costó. Tenía el pelo brillante y con más volumen, las mejillas sonrojadas y una sonrisa sincera. No se parecía en nada a la chica que yo conocí. Estaba cogiendo de la mano a la joven que tenía al lado. ¿Eran esas las amigas de las que había hablado? ¿Lilly, Faith, quizás Catherine...?

Con la esperanza de encontrar más información, comencé a abrir los cajones de la mesa. En el primero y el segundo sólo encontré ropa interior y calcetines. Pero el último cajón ya era más interesante; en él Hanna guardaba algunos bolígrafos sueltos, pulseras y una pequeña agenda telefónica. Ver los primeros nombres me bastó para quedármela. Faith Crowe, Gabrielle

Harley,

Lilly

Stewart,

Catherine

Prescott.

«Eres

totalmente

libre

de

llevártelo» había dicho la señora Miller,

refiriéndose a todo aquello que me

recordara a Hanna. O, en su defecto,

todo aquello que me ayudara a

conocerla más. No sé exactamente qué

debió de contarle Hanna a sus padres

para que éstos creyeran que yo era tan

amiga suya y confiaran tanto en mí. No

sé qué vio ella en mí para darme su

diario, ni qué pretendía, cuando en

realidad sólo habíamos hablado un par

de veces. Y la mitad de esas veces deseaba que jamás hubiesen ocurrido. Pero ya que me había dado la oportunidad, quería conocerla. Conocer a alguien que no podía conocerme a mí, porque de todas formas, ya no estaba ahí.

Hablar con la gente con la que ella había pasado su vida quizás me ayudara. Guardé la agenda en el bolsillo de mi pantalón y saqué la fotografía del marco para quedármela también. Luego me crucé de brazos, pasando la mirada de nuevo por la habitación. Supuse que ahora lo adecuado sería ayudar a Julianne, como me había pedido, así que abrí el armario y empecé a descolgar los pantalones, faldas y vestidos. No me paré a mirar la talla porque sabía que me compararía y eso solamente me haría

más daño. De todas formas, por el tamaño de la ropa intuí que no debía superar la de una niña de doce años. Guardé todo con cuidado en las cajas, bien doblado, como mi madre me enseñaba. Tampoco sabía qué iba a hacer la familia con la ropa, pero dudaba que la fueran a tirar. Empecé a vaciar los cajones, aunque no había mucho por hacer: como ya me habían dicho, Hanna no tenía mucha ropa. Toda era como ella, sencilla. De colores oscuros la mayoría, y solamente tenía un par de pantalones cortos y camisetas. Me detuve al acabar de vaciar el tercer cajón. Al fondo, antes oculta por unas cuantas bufandas, había una pequeña caja de madera del tamaño de la palma de mi mano. La cogí con cuidado y la saqué para verla a la luz.

Era ligera, pequeña, con algunas líneas trazadas con témperas por los laterales, como si alguien la hubiera pintado para distraerse. Recordé la caja de la que había hablado Hanna en su diario, aquella escondida en el cajón a la que acudía cada vez que se sentía perdida.

Pero, ¿por qué?

Oí la puerta abrirse justo en el momento en el que pretendía mirar su interior. Me giré de golpe, escondiendo torpemente la caja en otro de mis bolsillos.

La señora Miller no se atrevió a entrar, sólo dejó la puerta entreabierta y se asomó un poco, lo justo para que se le viera mitad cara y el cabello lacio cayéndole.

—¿Grace? —preguntó. Parecía que le dolía tanto recordar a su hija que

ni se atrevía a pisar su cuarto—. ¿Te queda mucho?

—No, sólo un cajón más —  
contesté mientras lo abría.

—De acuerdo. Era por si querías comer algo.

Ni de broma.

—No

se

preocupe,

señora

Miller, estoy bien —dije en su lugar.

—Me alegro. —Su voz sonaba cansada—. Gracias por todo, Grace.

—No hay de qué.

Y era cierto, no había nada que agradecer. Yo conocía más a su hija, ella huía del dolor. De algún modo, nos estábamos ayudando las dos.

O eso era lo que yo creía.

No recordé que me había  
llevado la caja hasta el lunes por la  
tarde. La misma tarde en la que Caleb  
me  
pidió  
que  
le  
ayudara  
con  
matemáticas, aprovechando que él,  
como Audrey, vivía a sólo un autobús de  
distancia desde mi casa.

Le invité a entrar en mi  
habitación después de haber pasado por  
la cocina. Caleb decía que las clases y  
el estudio le dejaban hambriento, pero  
que las galletas caseras de mi madre  
eran el remedio perfecto. Aquella fue la  
primera tarde que me negué a probarlas.

Por suerte, ese hecho no llamó la

atención del chico. Lo que sí lo hizo fue la agenda —al menos no la caja— que había dejado tirada sobre el escritorio.

—Vaya, esto es nuevo, ¿no, Grace?

Lo cogió y empezó a ojearlo con toda la libertad del mundo. En otra situación no le hubiera dicho nada, pues después de tanto tiempo, todo lo que era mío era suyo también. Habíamos pasado muchas cosas juntos. Como para enfadarme por cogerme una simple libreta.

Lo único es que no era una libreta cualquiera.

—¿Quién es Faith Cro...? —

empezó, pero yo le quité la agenda de las manos. Gracias a Dios no había encontrado el diario.

—Una amiga que no veo desde

que era pequeña. Mi madre me dio su número hace poco. —Era la primera vez que recordaba mentirle. Él lo sabía todo de mí, yo lo sabía todo de él. Pero ya no.

Me di la vuelta y guardé la libreta en el primer cajón que encontré, para evitar que él viera la mentira en mis ojos.

—¿Y si la llamamos ahora?

—¿Estás loco?

—Puedo fingir ser tu amante o algo así —bromeó, pasándose la mano por el pelo. Parecía que lo tenía más rubio que de costumbre. Los ojos, de color ámbar, me miraban brillantes, como si me tentaran.

Siempre había adorado los ojos de Caleb. Sí, suena típico: te preguntan qué es lo que más te gusta de él y la

respuesta siempre es «sus ojos». Pero yo no lo decía por decir. No era sólo el color, que cambiaba dependiendo de la luz, y a veces me recordaba a la tonalidad del cielo durante el amanecer y otras al zumo de naranja. Era la forma en la que él parecía hablar a través de ellos. La frase «los ojos son el espejo del alma» tenía sentido cuando le veías a él.

Me preguntaba qué verían los demás en mis ojos. No eran como los suyos, para nada, eran mucho más oscuros. No brillaban. A veces, mi pupila y mi iris no se distinguían. No eran nada del otro mundo, igual que yo.

¿Y Caleb pensaba que alguien se creería que él era mi «amante»?

—Nadie se tragaría eso —le contesté al final, con más tristeza de la

que pretendía.

—Pues tu novio.

—Tampoco.

—¿Y esa falta de amor propio,

Grace? —preguntó él, arqueando una  
ceja. Parecía que supiera todo lo que me  
pasara por la cabeza. O casi todo.

Me giré para mirarle a los ojos.

—¿Alguna vez he tenido yo de  
eso?

Él suspiró, se acomodó sobre la  
silla y echó el cuerpo hacia delante,  
apoyando los codos en sus rodillas.

—De verdad que no te entiendo.

Te conozco desde que éramos críos,  
pero hay una parte de ti que no me entra  
en la cabeza. —Hablabá con un tono de  
voz cansado, algo afligido.

Me

encogí

de  
hombros,  
sentándome en el borde de la cama. Para  
ser sincera, conocerme era un asunto  
complicado,  
porque  
me  
daba  
la  
sensación de que ni siquiera yo misma  
sabía cómo era. Pero sabía cuáles eran  
mis defectos, cuántas veces había  
fallado, todo lo que no me gustaba de  
mí. Eso sí que lo tenía clarísimo.  
Caleb se levantó de la silla para  
sentarse a mi lado y me cogió de las  
manos.

—¿Por qué no te quieres, Grace?

¿Por qué te quieres tan poco queriéndote  
yo tanto?

Sabía

que

su

manera

de

quererme no era el modo en el que yo lo

hacía, y por eso sus palabras me

provocaron una punzada en el corazón.

Tampoco ayudó el hecho de saber que

seguramente mis mejillas se habían

sonrojado.

—No lo sé, supongo que nunca

me enseñaron a hacerlo. —Bajé la

mirada, pero él me cogió de la barbilla

para que la volviera a alzar.

—No te tienen que enseñar. Es

algo que debes trabajar tú.

—¿Y por dónde empiezo? —

contesté, cada vez más desaminada. No

soportaba mirarle a los ojos, sentía que

le decepcionaba—. No sé lo que es quererse, Caleb. No me veo nada bueno. Sabes que no quiero darte pena, pero llevo mucho tiempo odiando lo que veo en el espejo. Odiando todo lo que sale de mi boca. Todo lo que hago, todo lo que soy. —Hice una pequeña pausa—. Creo que en mi vida lo único bueno que he conseguido es tenerte.

Él apretó con más fuerza mi mano; bajó la mirada, mordiéndose el labio. Noté cómo una lágrima resbalaba por mi mejilla. «No, Grace, no, lo último que tienes que hacer ahora es llorar», pensé.

Caleb bufó.

—Primero de todo, no puedo creer que te veas fea. No te lo permito, no tienes derecho. —Estaba serio, pero en sus ojos vi cariño—. No puedes

llamarte fea si realmente no te ves. Te  
verás en el espejo o lo que tú digas,  
pero...  
No  
te  
viste  
en  
aquel  
campamento, hace un verano, cuando te  
quedaste dormida sobre la hierba.  
Recuerdo que parecías estar en paz,  
como una niña pequeña, con el pecho  
subiendo y bajando mientras respirabas.  
Eso es ser preciosa. —Tragué saliva—.  
Tampoco te ves cuando te veo leer un  
libro. Tus ojos se mueven rápidos y a  
veces se te escapa una pequeña sonrisa,  
sin que te des cuenta. Eso es ser  
preciosa. No te ves cuando no llegas a  
la estantería más alta y empiezas a

ponerte de puntillas, o cuando algo te molesta y arrugas la nariz. No hay forma de que te veas cuando estás riendo de verdad, cuando disfrutas y haces el tonto, cuando me ves después de mucho tiempo. Eso, para mí, es ser preciosa.

Me quedé en silencio, sin saber qué decir. Me temblaba el labio y sentía que, si no fuera porque lo tenía a veinte centímetros de mi cara, estaría llorando.

Le aguanté la mirada; el corazón me latía tan rápido que creía que él también podía escucharlo. ¿Qué se suponía que iba a hacer ahora? No podía darle las gracias, así, sin más. Después de todo lo que había hecho por mí, un gracias se quedaba demasiado corto.

Y él estaba demasiado cerca.

Mirándome. Con una mano en mi hombro y la otra sobre las mías. Por un

momento todo problema que pudiera tener me pareció insignificante. A su lado me sentía segura.

Pero era hora de volver al mundo real.

—Yo... —titubeé—. Como no empecemos con las matemáticas ya se nos va a venir el tiempo encima.

Otra de las muchas razones por las que me odiaba: sabía cómo terminar con los momentos bonitos de la manera más estúpida posible.

Caleb soltó una leve carcajada, echándose para atrás y apartándose un poco de mí. La tensión se rompió en un segundo. Sacudió la cabeza, riendo.

—Tienes razón. ¿Cómo me has dejado ponerme tan cursi, Grace? —preguntó, con una sonrisa ladeada. El pelo le caía por la frente, los ojos le

volvían a brillar.

Me

encogí

de

hombros,

uniéndome a su risa, a pesar de tener

todavía una lágrima seca en la mejilla.

Con

pereza,

los

dos

nos

levantamos de la cama para volvernos a

sentar junto al escritorio. Abrimos el

libro de matemáticas y, como si no

hubiera

pasado

nada,

empecé

a

explicarle

el

último

tema.

Me

sorprendió mi capacidad para pensar en tres cosas a la vez: las funciones derivadas, la caja de Hanna, los ojos de Caleb.

Mandé al chico que hiciera unos ejercicios y, mientras tanto, alargué la mano para agarrar la caja de madera.

Era pequeña, ligera, y al agitarla sonaba algo en su interior. Despreocupada, abrí la caja frente a Caleb, sin esperarme su contenido.

Al verlo no pude evitar ahogar un grito.

Caleb levantó la cabeza al mismo tiempo que yo cerraba la tapa

para que él no pudiera ver el interior.

—¿Grace? ¿Pasa algo?

—No, nada. Me he mordido la  
lengua —mentí.

En cuanto él se centró de nuevo  
en las actividades me permití volver a  
respirar, con el corazón todavía  
latiéndome con celeridad.

El daño que se hacía Hanna no  
era solamente mental.

Guardaba cuchillas. Afiladas, de  
todo tipo y tamaño. Unas relucientes,  
otras pocas con sangre seca todavía.

También había un par de agujas.

Pequeñas armas destinadas a  
atenuar el dolor que sentía, que no  
hacían más que aumentarlo.

### ***Capítulo siete.***

No volví a tocar la caja desde  
aquel momento. La escondí en mi

armario también, en el tercer cajón, al fondo, con la esperanza de que a mi madre no le diera por curiosear. Por suerte,

Caleb

había

estado

tan

concentrado estudiando matemáticas que

ni siquiera había preguntado qué era

aquella

caja.

Mejor,

menos

explicaciones.

La conversación que había

tenido con él antes de empezar a

estudiar me había dejado huella, pero no

en el sentido que él hubiera querido.

Recordaba más mi metedura de pata

para cambiar de tema que su «eso es ser preciosa». Pero si algo me había quedado claro, es que quería quererme. Y, como ahora no lo hacía, quizás con un par de kilos menos sí. No iba a obsesionarme como Hanna, no iba a hacer nada malo. Sólo hasta los cincuenta kilos o por ahí. Estaría bien, me sentiría mejor y con suerte me querría un poco más.

Así que, para ver cómo iba en mi camino, decidí volver a la báscula. A la mañana siguiente, obviamente, sin haber desayunado y quitándome el pijama. No quería ningún susto.

Pasé de mirarme en el espejo.

Fui directamente junto a la báscula, cerré los ojos, puse los pies descalzos sobre ella y apreté mucho los puños.

Cuando miré abajo no me podía creer lo

que veía.

Cincuenta y uno. Cincuenta y un

kilos y unos cuantos gramos.

Había perdido dos kilos ya, ¿de

verdad eso era posible?

Sólo saliendo a correr, cortando

un poco lo que comía. Todo parecía más

fácil de lo que creía en un principio y no

pude evitar que una sonrisa asomara por

mis comisuras.

—¡Grace, vas a llegar tarde! —

escuché decir a mi madre desde el piso

de abajo.

Asomé la cabeza por la puerta

para que pudiera oírme:

—¡Mamá, me ducho y bajo!

Así me podría bañar con

tranquilidad, haría tiempo para que mi

madre se fuera a trabajar —mi padre lo

había hecho hace ya una hora— y nadie

me miraría raro por desayunar sólo un vaso de leche.

Hanna estaría orgullosa de mí, ¿no?

Por la tarde, al volver de clase, recordé que todavía tenía una tarea pendiente. Me despedí de Caleb y Audrey en la parada del autobús. La chica no había hecho ningún comentario acerca de la salida del domingo y sobre lo que hice después, cosa que agradecí. Eso sí, cuando sugerí volver a salir a correr el domingo siguiente, ella se negó en rotundo. «Como si yo lo necesitara» había dicho, con una sonrisa. Pero ahí estaba la diferencia: que quizás a ella no le hacía falta, pero a mí sí.

Llegué a casa, saludé a mi madre y me subí directamente a la habitación. Abrí el cajón que había en mi escritorio,

donde había dejado la agenda telefónica  
el día anterior. Primera página, primera  
línea, primer nombre: Faith Crowe.

Sujeté la agenda con una mano y  
el móvil con la otra, y me detuve antes  
de empezar a teclear el número.

Realmente, no sabía qué era lo que  
pretendía conseguir llamándola. ¿Saber  
por qué se fue del colegio, por qué  
Hanna cambió tanto? Era un modo de  
atar cabos, de descubrir quién era Hanna  
realmente, y algo me decía que ella  
quería que lo hiciera. Sino no me  
hubiera dejado su diario.

Casewood era un pueblo grande,  
pero no entendía por qué tuvo que irse  
de su antiguo instituto si estaba más  
cerca de su casa, si ahí parecía tener  
gente que la quería, una vida, buenas  
notas, si era feliz. Al menos hasta que

empezó a enfermar. ¿Y qué pasó con sus amigas? ¿Por qué no fueron al funeral ni a la misa en su memoria?

Tenía la esperanza de que Faith pudiera responderme, así que llamé a su móvil antes de que me arrepintiera.

El pitido que se oía al otro lado del teléfono parecía ir al compás de mis latidos.

Al final, descolgó.

—¿Sí?

Por un momento sentí que me quedaba en blanco.

—Perdón, ¿eres Faith Crowe?

—Hubo un silencio incómodo que duró un par de segundos.

—Sí —dijo finalmente—. ¿Y tú eres...?

—Grace Montgomery. Yo... Iba a clase con Hanna Miller, me parece que

sabes de quién hablo. —No contestó—.

Necesito preguntarte algo sobre ella.

Faith rió.

—¿A mí? Como si ahora la  
conociera...

—Sólo quiero saber qué pasó  
hace ya más de un año, por qué vino a  
mi colegio, por qué ella... —Tragué  
saliva.

Había

hablado

demasiado

deprisa, temiendo que me colgara. Aun  
así, Faith esperó a que acabara, sin  
decir nada.

—¿Y por qué no se lo preguntas  
a ella?

Suspiré. Al parecer aquí estaba

la razón por la que no habían ido a

despedirse de Hanna. Tenía los labios

secos y noté una rápida punzada en el corazón. No podía decirle, así sin más, que aquella que había sido su amiga durante tanto tiempo estaba muerta...

Pero era mejor que lo supiera ahora.

Cuanto antes comenzara el dolor, antes pasaría.

—Porque hace más de un mes que murió.

Me pregunté qué cara debía de estar poniendo Faith en ese momento.

Sólo oí cómo se le cortaba la respiración, y luego silencio. Ni un llanto, ni un sollozo, ni la voz rota, nada.

—Me gustaría aclarar algunas cosas, Faith —le dije, viendo que ella parecía no querer contestar—. Creo que ella quería que lo supiera.

Tardó en responder.

—Te espero el jueves a las seis

de la tarde, entonces. En la librería

Southers,

está

justo

enfrente

del

ayuntamiento de Casewood.

—¿Cómo sabré quién eres tú? —

pregunté, aún un poco sorprendida por

la reacción que había tenido. Ella rió.

—En esa librería nunca hay

nadie, y menos un jueves. La gente

prefiere ir a otro tipo de tiendas, ya

sabes.

Me sorprendió que hablara con

tanta tranquilidad después de haberle

contado la noticia, pero no comenté

nada.

—De acuerdo. —Estaba a punto

de despedirme cuando dije—: Oye,

Faith... Siento lo de Hanna.

—Yo no —contestó ella.

Y colgó.

Conforme el jueves se acercaba yo me iba poniendo cada vez más nerviosa. Por un lado tenía ganas de saber qué pasó, por otro, Faith no me inspiraba mucha confianza. No derramar ni una lágrima por la muerte de una amiga no me parecía normal.

A esos nervios se les juntó un enorme dolor de cabeza que me impedía poder concentrarme en clase, aunque en ese momento no lo relacioné con el hecho de que había dejado de desayunar.

Caleb pareció darse cuenta de todo aquello. Por eso me pilló desprevenida cuando andaba por los pasillos, dándome un abrazo por la espalda.

—¡Caleb! —Pegué un salto cuando me agarró y giré la cabeza para mirarle—. Qué susto me has dado.

Audrey, que seguía caminando a mi lado, intentó disimular una sonrisa y empezó a andar más deprisa para dejarnos a solas.

—¿Cómo estás, Grace? —dijo, deshaciendo el abrazo y poniéndose a mí lado—. Hace días que te noto rara.

—Estoy rara.

—¿Por qué? —Nunca le había mentido, y tener que hacerlo ahora no se me daba nada bien. Me encogí de hombros, intentando no mirarle a los ojos.

—No lo sé, serán las hormonas.

—Él rió y me pasó un brazo por el hombro.

—La verdad, no sé si creerte.

Pero, ¿sabes? Tengo un remedio para  
acabar con la semana rara que llevas.

—Sorpréndeme

—dije,

arqueando una ceja.

Como no fuera la historia de

Hanna o unas pastillas mágicas para

hacerme feliz lo veía un poco difícil.

—Vente esta tarde a mi casa.

Hacemos el tonto, vemos una peli, lo

que sea. Y así vuelves a ser tú.

En sus ojos veía súplica; tenía

las cejas alzadas y por su culpa una

sonrisa empezaba a asomarse por mis

labios.

—¿Entre semana? No sé si es

buena idea —contesté. En realidad me

moría de ganas de estar con Caleb, pero

temía que acabara pagando el cansancio

y el nerviosismo de estos días con él.

—Vamos, Grace. Sólo es una tarde, mañana no tienes ningún examen y antes de las nueve ya estarás en casa otra vez.

Suspiré.

—Vale... Pero ve pensando una buena película.

Su sonrisa se ensanchó. Se paró de golpe y me abrazó, obligándome a apoyar la cabeza sobre su pecho. Me dio un beso en la frente y no pude evitar levantar las comisuras.

—A sus órdenes —dijo.

Al salir de clase mandé un mensaje a mi madre diciéndole que iba a pasar la tarde en casa de Caleb, que no me hiciera la cena porque volvería tarde. Tampoco había mentido nunca a mis padres, ya que jamás había sentido la necesidad de hacerlo hasta ahora. No

quería cenar, no iba a hacerlo. Todavía no sabía si el plan de aquella tarde lo había aceptado por distraerme, por Caleb, o por librarme de la cena.

Y no lo supe ni siquiera cuando llegué a su casa. Su madre me saludó, tan amable como siempre, y nos dejó el salón sólo para nosotros. El chico me enseñó la película que había elegido: un drama sobre la Segunda Guerra Mundial que, asombrosamente, yo todavía no había visto. Se sentó en el sofá y me hizo señas para que me pusiera a su lado, pero por un momento me detuve.

No quería. No quería estar dos horas quieta, sin moverme, sin hacer nada, cuando podría haberme ido a correr o cualquier otra cosa. No quería sentarme a su lado y que él tuviera que ver cómo mis muslos se ensanchaban.

Pero las películas se veían sentada, y tampoco quería que él dijera nada. Ya me estaba costando mucho ocultarle todo lo de Hanna, como para tener que hablarle de mis planes y que él empezara con la charla de «no necesitas adelgazar, estás perfecta». Que le dijera eso al espejo.

Así que me senté a su lado con un resoplido, cruzándome de piernas. Apenas lograba concentrarme en lo que estaba viendo. Movía el pie con nerviosismo; no podía estarme quieta. Cruzaba los dedos para que Caleb no oyera cómo mi barriga rugía. Había preparado un bol de palomitas y me las había ofrecido un par de veces, pero yo me había negado, a pesar de tener hambre, así que ahora él estaba disfrutándolas por su cuenta. Me fijé en

que no paraba de mirarme de reojo, con cara de preocupación.

Llevaríamos por lo menos media hora de película cuando Caleb la paró y se giró para mirarme.

—Grace,

¿estás

bien?

Se

suponía que hacía esto para que estuvieras más tranquila.

Odiaba no saber qué decirle.

Odiaba no poder decirle nada, no tener excusas, no saber cómo actuar.

—Estoy bien, es sólo que estos temas me ponen nerviosa —contesté,

refiriéndome

a

la

película.

Sinceramente, apenas me había enterado de la trama, pero Caleb pareció creerme.

—¿Quieres que la cambiemos?

—No, no te preocupes. Estoy bien —repetí.

Ojalá no tuviera que mentirle.

Ojalá pudiera explotar y contárselo todo, pero sentía que había algo que me lo impedía.

Él suspiró, alargó el brazo para volver a coger el mando y apagó la televisión.

—¿Qué haces?

—pregunté, poniéndome recta.

—No voy a ponerla hasta que no dejes de fingir estar bien y empieces a estarlo.

Clavó sus ojos en los míos y me  
costó aguantarle la mirada. Sólo  
oyéndole, sólo viendo cómo me miraba,  
hacía que me sintiera mejor. Pero no era  
suficiente.

—Y si no ha funcionado ver una  
película, ¿qué ideas tienes ahora?

—Tratarte como una reina, para  
empezar. —Enseñó una sonrisa burlona  
y después se acomodó en el sofá,  
alejándose de mí y dando palmadas en  
sus muslos—. Túmbate, te noto tensa.

Apóyate en mí.

Puse los ojos en blanco para  
luego recostarme, con la cabeza sobre  
sus piernas. Le miré desde abajo y él me  
apartó el pelo de la cara, con cariño.

—Ahora cierra los ojos.

Le hice caso. Me contuve para  
no empezar a moverme, pues no podía

estar tanto tiempo quieta, sin hacer nada,  
tumbada. Seguro que eso no haría más  
que aumentar la grasa que tenía.

«No pienses en eso ahora,  
Grace».

Empezó a sonar música. Una  
canción lenta, el solo de un piano, que  
hacía que me entraran ganas de  
dormirme ahí mismo. A su lado.

—¿Qué  
es...?

—murmuré,  
abriendo un ojo, pero Caleb me mandó  
callar con un siseo y me acarició la  
cara, pidiéndome que volviera a  
cerrarlos.

—Escúchala

y

no

pienses.

Duérmete si quieres.

Yo sacudí la cabeza, pero acabé obedeciéndole. Me centré en la música y dejé que él me acariciara el pelo, con la intención de que me relajara. Respiraba tranquila. Notaba mi pecho alzándose y bajando cada vez que expulsaba el aire, pero seguía teniendo esa voz en la cabeza que me decía que dejara de hacer tonterías, que para dormir tenía toda la noche.

Me puse erguida de pronto, apoyando las manos por detrás de mi espalda. Caleb paró la música y me miró, extrañado.

—¿Qué te pasa?

—Lo siento, es que hoy no puedo estarme quieta, de verdad. Estoy nerviosa.

—¿Por? —Por Faith, por Hanna,

por el miedo, por si me obliga a cenar,  
por si engordo, por no ser una vaga, por  
cosas que no tenían sentido. Por todo.

—El examen del viernes —mentí

—. Es difícil y no paro de pensar en lo  
mismo.

Él se paró a mirarme unos  
segundos, y luego empezó a acercarse a  
mí con una sonrisa.

—Si es eso, quizás tengamos que  
cambiar de terapia.

—¿A qué te refie...? —empecé,  
pero entonces estallé en una carcajada.

Empezó a hacerme cosquillas en las  
costillas, por detrás. Me doblé por la  
mitad sin parar de reír.

Caleb conocía mis debilidades.

Me giré, poniéndome cara a él e  
intentando dejar de reír. Le atacé de la  
misma manera y, aunque me costó más

arrancarle una carcajada, al final  
encontré su punto débil en el cuello. Se  
retorció, estalló a risas y alargó las  
manos para ir a por mí. Acabamos uno  
casi encima del otro. Así empezó una  
guerra de cosquillas en el sofá, jugando  
como si fuéramos dos niños pequeños.

Al

final

nos

detuvimos,

respirando con dificultad y con una  
sonrisa permanente en el rostro. Yo  
estaba tumbada en el sofá, con todo el  
pelo sobre la almohada, y él estaba a mi  
lado, de lado, apoyándose en un brazo y  
con el otro en mi costado. Ahora era él  
quien respiraba profundamente; el  
cabello dorado le caía por la frente y me  
estaba mirando. Esta vez no supe qué

decían sus ojos. Estaban alegres,

brillantes, del color del sol.

Y todavía no entiendo cómo

pasó. Cómo Caleb pudo hacerlo,

después de verme riendo como una

desquiciada, con el pelo alborotado y

una sudadera cualquiera. Cómo entre

risa y risa, él se inclinó sobre mí. Y en

el tiempo que dura un pestañeo, sus

labios se unieron a los míos.

Me quedé quieta sin ser muy

consciente de lo que acababa de

suceder, con él todavía mirándome.

—¿Caleb? —pregunté, con las

mejillas rojas. Me hizo gracia ver que él

también estaba ruborizado, aunque

quizás se debía a las risas de antes—.

¿Qué has hecho?

Sonrió y se incorporó en el sofá,

dejándome espacio para que yo también

me sentara.

—Robarte un beso.

Parecíamos un par de tontos,  
mirándonos de esa manera sin ser  
capaces de relajar la sonrisa. Todavía  
con una sensación rara en el estómago,  
me moví hasta sentarme a su lado y cogí  
el mando de la televisión.

—No ha sido una mala «terapia»

—contesté—. Creo que ahora ya  
estamos en condiciones de ver la  
película.

Le miré de reojo; él tenía la boca  
entreabierta en una sonrisa. Sacudió la  
cabeza y se acomodó en el asiento.

—Eres increíble —murmuró, y  
yo reí.

### ***Capítulo ocho.***

Tras aquel beso todo siguió  
como debía; acabamos de ver la

película, nos despedimos como siempre,

sonreímos

como

siempre.

Aunque

aquella noche apenas pude dormir, ya no

tanto por el hecho de que iba a ver a

Faith, sino porque Caleb me había

besado.

Él, por voluntad propia. Porque,

quizás, después de todo, sí sentía por mí

lo que yo por él.

Pero si eso era cierto, ninguno

de los dos dejamos que se notara.

Continuamos siendo los mismos, con

nuestras tonterías, nuestras miradas y

nuestros juegos de palabras. Como si

aquel beso hubiera sido un pequeño

secreto

que

sólo

nosotros

dos

compartíamos.

Aunque he de admitir que las

veces

que

nuestras

miradas

se

encontraban se habían multiplicado.

Llegó la tarde del jueves. A las

seis menos diez ya había llegado al

ayuntamiento, con las manos escondidas

en los bolsillos de una sudadera gris que

me venía algo grande. No recordaba que

antes también lo hiciera.

Encontrar la librería no era una

tarea difícil: estaba en la planta baja del

único

edificio

ubicado

frente

al

ayuntamiento. Había un gran letrero sobre su puerta, de color gris, en el que se leía: «LIBRERÍA SOUTHERS». Las luces en el interior estaban tan tenues que parecía que la tienda estuviese cerrada.

Abrí la puerta y el tintineo de una campanilla me dio la bienvenida. La recepción estaba vacía y a mi alrededor no había más que estantes repletos de libros. Saqué del bolsillo de mis vaqueros la foto que había cogido en casa de Hanna y la desdoblé, pasando el dedo por los rostros de las chicas. Una de esas cuatro debía de estar en aquella librería.

Alcé la cabeza cuando vi una luz  
más potente al final de la tienda. Había  
una mesa rectangular, muy ancha, tres  
paredes  
rodeándola  
llenas  
de  
estanterías,  
una  
única  
lámpara  
iluminando la superficie de madera y  
una chica sentada de cara a la puerta.  
Tenía la vista clavada en un libro y su  
pelo, negro como la noche, le caía a  
ambos lados de la cara. Una punzada en  
el corazón me hizo pensar que se trataba  
de Faith.  
A medio camino entre la puerta y  
la chica, ésta levantó la cabeza.

Seguramente ya me había escuchado al  
entrar,  
pero  
no  
parecía  
haberse  
molestado  
en  
moverse.

Podría  
levantarse, al menos, o decirme algo.

Me miró con una sonrisa  
burlona. Tenía los labios finos y la piel  
pálida, pero no de un blanco enfermizo,  
como había estado la de Hanna. Lo que  
más destacaba en su cara eran sus ojos,  
grandes y azules, que hacían que me  
recordase a un pequeño búho. Sin duda,  
aquella era la chica que aparecía  
sentada en la foto junto a Hanna,

cogiéndole de la mano.

—Hola —saludé, mientras me acercaba a la mesa—. ¿Eres Faith, verdad? Soy Grace.

Faith apartó la mirada, cerró el libro que leía y el sonido resonó por toda la habitación.

—Qué puntual —comentó—.

Siento que esté todo tan oscuro, mi tío me ha dejado al cuidado de la librería y se ha largado a tomarse unas cervezas con sus amigos. —Soltó un suspiro y luego señaló algo detrás de mí—. ¿Te importaría encender la luz? Tienes el interruptor justo detrás, al lado de ese estante.

Levanté una ceja, pero acabé por girarme

y

buscar

el  
interruptor,  
tanteando la pared con las manos. Oí un  
sonido raro mientras lo hacía, pero no  
comprobé lo que era hasta que me volví  
a mirar a Faith.

La chica se había acercado a mí  
y tenía que alzar la cabeza para  
mirarme. Estaba sentada en una silla de  
ruedas.

No recordaba que en la foto la  
joven fuera discapacitada, así que la  
volví a mirar para comprobarlo, pero  
esta vez ella se dio cuenta.

—¿Qué es eso? —preguntó,  
alargando sus manos hacia la fotografía.  
Llevaba unos guantes largos que dejaban  
al descubierto sus dedos, seguramente  
para no hacerse daño al mover las  
ruedas. Le enseñé la imagen y no tardó

en agarrarla—. Vaya. ¿De dónde la has sacado?

Su voz sonaba distinta, como si se le hubiera secado de golpe. Por muy dura que pareciera por teléfono, la muerte de su amiga debía de haberle afectado.

—Estaba en casa de Hanna. Eres ésta, ¿verdad? —dije, señalando a la chica de pelo oscuro que había a su derecha—. Aunque ahí no... No...

—¿No estaba en silla de ruedas, quieres decir? —Soltó una pequeña carcajada, devolviéndome la fotografía—. Qué observadora. No nací con ella pegada al culo, para tu información.

Me sorprendió la franqueza con la que hablaba. No pude evitar sonrojarme, no estaba acostumbrada a ese tipo de trato.

—Vamos, siéntate —me animó,  
señalando una silla cercana a ella—.

Quiero tenerte a mi altura.

Le hice caso y me quedé mirando  
al suelo, sin saber muy bien qué hacer.

Pero no hizo falta que dijera nada  
porque Faith tomó la palabra al instante,  
mientras jugueteaba con un mechón de  
pelo.

—¿Sabes? No me extraña que  
Hanna esté muerta. Después de todo lo  
que nos hizo, ya iba siendo hora. —

Tragué saliva—. ¿Cómo fue? ¿Un  
accidente? Hubiera sido gracioso.

Me froté las manos contra los  
vaqueros, nerviosa. ¿Estaba fingiendo, o  
de verdad era tan cruel?

—Lo siento, Faith, pero no te  
entiendo. ¿«Ya iba siendo hora»? ¿Por  
qué...? —No sabía qué preguntarle, su

comportamiento me parecía fuera de lugar—. ¿Hanna no era tu amiga?

—Oh, sí, lo era. Por eso te preguntaba cómo murió. —Ensanchó su sonrisa, estirando el cuello y poniéndose erguida. Sentía que se estaba burlando de mí, que había algo que me estaba ocultando.

—Una insuficiencia cardiaca a raíz de la desnutrición.

Ella asintió y bajó la mirada. Por un momento pensé que no iba a decir nada.

—Es irónico, ¿no? Al final fue ella su propia asesina. —Esta vez su voz parecía más apagada—. Supongo que «tu amiga» Hanna no te contó esto, ¿verdad?

Señaló su silla, con rabia, y luego le pegó un fuerte golpe con el

puño cerrado a una de las ruedas. Negué con la cabeza, con temor a seguir escuchándola. Parecía que el odio la controlaba, y todavía no entendía por qué.

—No...

—Me pediste explicaciones, Grace, y voy a dártelas. Tengo que contarlo de una vez porque... Porque ya no queda nadie.

Bajó

la

mirada

hacia

la

fotografía, que yo todavía guardaba en mis manos.

—¿Hanna? —Rió entre dientes, con la mirada perdida—. Hanna era una asesina.

Se hizo el silencio en la librería,  
sólo interrumpido por el tic-tac de un  
lejano reloj. Tragué saliva, un poco  
incómoda. Faith parecía sincera. Parecía  
tener  
miedo,  
miedo  
de  
verdad.

Cualquiera que la oyera la llevaría a un  
psiquiatra por decir cosas así de su  
difunta amiga, sin embargo, algo me  
decía que de verdad lo pensaba. Que la  
temía, y aún no sabía la razón.

Se aclaró la garganta y empezó a  
hablar, contando todo lo que yo  
necesitaba saber.

—Hanna, Lilly, Cath, Gabrielle y  
yo nos conocimos todas en el colegio,  
cuando

éramos

sólo

unas

crías.

Enseguida

nos

hicimos

amigas.

Recuerdo que éramos inseparables,  
íbamos las cinco de la mano a todos  
lados y no necesitábamos a nadie más. Y  
así fuimos creciendo, juntas. Sólo tienes  
que ver la foto esa que has encontrado.  
Nos la hicimos justo antes de que todo  
empeorara. Un mes después el padre de  
Lilly murió, tras haber luchado contra el  
cáncer desde que ella tenía diez años.  
Lilly es ésta. —Señaló a la chica que  
estaba al otro lado de Hanna; una rubia  
con cara de niña pequeña y pecas sobre

la nariz—. Lo peor de todo fue que, después de cinco años, su padre había empezado a mejorar, iba todo bien y de pronto... Se marchó. Eso fue el primer golpe duro. Desde ese momento Lilly se ensombreció. No paraba de llorar, no quería salir, no quería hacer nada, aunque pensábamos que era lo normal. Hasta que su pobre madre nos dijo que le habían diagnosticado una depresión severa.

Faith suspiró; noté que en el fondo le costaba hablarme de ella.

—A la vez, Hanna empezó a comportarse raro —continuó—. No sé todavía qué fue lo que se lo provocó, pero enfermó también. Yo en su momento no lo vi, creía que eran tonterías tuyas,

que  
como  
todas  
estábamos pendientes de Lilly, ella  
también quería que le hiciéramos caso.  
Lilly siempre había estado muy unida a  
Gabrielle, pero desde que su padre  
falleció empezó a verse más con Hanna.  
Aunque no quedaban precisamente para  
divertirse y olvidarse de sus problemas.  
Normalmente intentaban apoyarse, de  
algún modo, pero ambas estaban  
hundidas y juntas lo único que hacían  
era ahogarse entre ellas... Hanna nunca  
me quiso contar de qué hablaban, aunque  
sólo hacía falta ver lo que ocultaban las  
dos debajo de sus pulseras para  
averiguarlo. —Hizo una pausa para  
frotarse las manos en el pantalón, y se  
apartó el pelo de la cara con un gesto—.

Lo

recuerdo

perfectamente

—dijo

entonces. Tenía la mirada perdida,  
vacía; los ojos llorosos—. Era 11 de  
abril, las dos y media de la madrugada,  
y ninguna llamada a esa hora significa  
nada bueno. Cogí el móvil y escuché a  
Gabrielle llorar al otro lado del  
teléfono. Me dijo que habían ingresado a  
Lilly en el hospital, después de haberse  
tragado cincuenta y ocho pastillas. Fui  
corriendo al Hospital Clínico, pero...

—El labio inferior le temblaba—. Era  
muy tarde. Murió a las tres y veintiséis  
de la madrugada.

Se frotó un ojo con la mano,  
apartándose una lágrima. Habían pasado  
años y el recuerdo de Lilly todavía le

dolía, sin embargo, por Hanna no había  
derramado ni una sola gota.

—No entendíamos qué podía  
haber pasado, nunca creímos que ella  
pudiera llegar tan lejos. Era muy buena  
niña, tan dulce, tan inocente, tan...  
frágil. Gabrielle lo pasó fatal, porque  
siempre había sido su mejor amiga.  
Catherine y yo también. Y si Hanna  
estaba mal, no lo demostró. No la vi  
llorar ni una sola vez, no decía nada, era  
como si ya se lo esperara.

»Desde ese momento, la tensión  
creció entre las cuatro. Sobre todo  
alrededor de Hanna. Cath, Gabrielle y  
yo sospechábamos que ella había tenido  
algo que ver. Más cuando descubrieron  
las pastillas que Lilly había tomado, y su  
madre, desolada, decía que nunca las  
había visto antes. No eran parte de la

medicación de Lilly. Debió de haberlas conseguido por otra vía, y la única persona con la que hablaba era Hanna. Gabrielle era la única que no quería hablar del tema, no quería culpar a nadie, estaba demasiado rota. Ella había sido su mejor amiga y le había visto morir sin poder hacer nada para evitarlo.

»El tiempo pasó, y poco a poco intentamos volver a la normalidad. Pero aún desconfiábamos de Hanna.

Mientras, ella empeoraba; veía cómo se iba oscureciendo más su mirada, pero su piel palidecía. Era como verla morir poco a poco y... En ese momento me preocupé. Pero las cosas volvieron a

nublarse. Ni siquiera ha pasado un año... —Respiró profundamente y cerró los ojos un momento, como si se esforzara por recordar—. Una tarde de febrero, estábamos Cath y yo en su coche, de vuelta a casa después de un día en la ciudad. Catherine era la mayor, la que sale en la esquina de la foto, con el pelo corto y oscuro. Se había sacado el carné de conducir hacía poco.

Estábamos

hablando

de

Lilly,

aprovechando que Gabrielle no estaba y no se pondría a llorar al recordarla.

Decidimos que teníamos que hablar con Hanna, porque sospechábamos que las pastillas se las había dado ella. Así que la llamamos desde el coche, con el

manos libres activado.

Faith

alargó

la

mano,

pidiéndome la fotografía, y yo se la di.

Continuó hablando mientras acariciaba el rostro de Catherine.

—Empezamos a discutir, mucho.

Le dijimos que sabíamos que las pastillas eran suyas y ella se quedó callada. Cath apenas habló, pero yo exploté y empecé a decirle de todo. Sin pensar. «¡Joder, Hanna, es todo por tu culpa! Lilly tenía que vivir, podía salir de ésta, y ya no está, ¡maldita sea!». Y ella seguía insistiendo en que un suicidio no tenía culpable. Y seguimos discutiendo, cada vez más; yo le decía que ojalá nunca hubiera hablado con

Lilly, ella gritaba que tenía bastante con tener que seguir viva como para que ahora le hablara así. Que le daba igual todo.

»Cath se estaba poniendo cada vez más nerviosa al escucharnos, le temblaban las manos y le costaba agarrar el volante. Además, estábamos pasando por una carretera estrecha, y nevaba. Entonces Hanna dijo algo que se me quedará grabado para siempre:

«¡Idos

al

infierno!

Vosotras

dos

deberíais marcharos con Lilly, así me

dejaríais en paz de una puta vez y

volveríais a verla, que en verdad es lo

único que queréis. Ya no os quiero

aquí». Fui a contestarle, llena de rabia,  
pero colgó.

Faith volvió a coger aire.

—Estaba nevando, cada vez más  
fuerte. Catherine había empezado a  
llorar; sólo oía sus sollozos. Empezó a  
sonar una canción por la radio, pero yo  
seguí gritando, como si Hanna todavía  
me escuchara. Y entonces...

Tragó saliva y vi cómo sus ojos  
se humedecían. Ahí estaba Faith, la  
chica que parecía estar hecha de piedra,  
sufriendo por culpa de un recuerdo.

—No recuerdo mucho más. El  
llanto de Cath, el sonido de las ruedas  
sobre el asfalto, un grito, la nieve... —  
Fijó la mirada en el suelo, mordiéndose  
el labio—. Desperté en el hospital. Al  
segundo día me dieron dos malas  
noticias: no iba a poder volver a

caminar y Catherine había muerto en el accidente.

Sentí cómo se me hacía un nudo en la garganta. Primero Lilly, luego Catherine, y Faith había estado tan cerca...

—Quizás sólo fue coincidencia  
—siguió ella, con la voz rota—, pero Hanna quiso que nos muriéramos y consiguió que Cath lo hiciera. Nos quería matar a todas, Grace, estoy segura. No sé qué le pasó, no sé por qué dejó de ser la Hanna que conocíamos y se llenó de tanto odio. Pero aquello ya fue demasiado. Gabrielle lo pasó todavía peor, tenía miedo, y se marchó de Casewood a algún pueblo de por aquí. No quiso decirme a cuál, temía que Hanna también lo descubriera. —Miré la fotografía y supuse que Gabrielle era

la única chica que quedaba, una de pelo rubio y rizado, que le llegaba hasta la cintura—. Yo no me volví a acercar a ella. La odiaba. La sigo odiando. No me daba pena, ella era la que se hacía daño, la que quería vernos muertas, y ni siquiera se arrepentía. En ningún momento vino a preguntarme qué me había pasado, tampoco cuando vio la silla de ruedas. Luego llegó el verano, las notas no le fueron bien y se marchó del colegio. Para entonces ella ya estaba sola. Y yo ya estaba rota.

Suspiró de nuevo. Sólo entonces me di cuenta de lo mucho que había estado aguantando la respiración. Faith echó atrás su silla y se desplazó hasta apagar la lámpara que había sobre la mesa.

—Y eso es todo lo que puedo

contarte. Querías saber por qué Hanna era como era, y aunque yo todavía no lo sé, quizás todo esto pueda ayudarte. — Volvió a resoplar, con pesadez—. No me duele la muerte de Hanna, la verdad, porque yo ya la perdí hace mucho tiempo.

Vi de reojo una lágrima surcando su mejilla, pero ella la apartó en cuanto se dio cuenta. Abrí la boca para hablar, notando la garganta seca.

—Siento mucho lo que has vivido, Faith, debió ser muy duro. — Ella asintió—. Gracias por contármelo.

—No,

gracias

a

ti

por

escucharme. Nunca había hablado de

esto, ¿sabes? Ni a mis padres. No me creerían. Pensarían que son cosas de adolescentes o yo qué sé. Nunca me han hecho caso, ni siquiera después del accidente.

—No creo que algo que incluya dos muertes sea cosa de adolescentes.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno. Al menos ahora ya ha terminado todo. Hanna no puede hacernos ni hacerse más daño.

Puso las manos en las ruedas y se acercó a mí, para después tenderme una mano con una sonrisa. Por su cara aún se veía el camino que había recorrido una lágrima.

### ***Capítulo nueve.***

La historia que Faith me contó no me dejó indiferente. Me costó creer que una persona, que en principio parecía

tan normal, pudiera ser una «asesina», como ella pensaba. Lo de Lilly quizás tenía algo que ver, pero el accidente de coche no había sido su culpa. Aunque, si Cath no hubiese llorado, si no se hubiese puesto nerviosa, si hubiera estado atenta a la carretera en vez de a las palabras de Hanna...

Intenté convencerme de que sólo había sido mala suerte. Que Faith había visto cosas muy duras y eso le había trastornado. Hanna no era capaz de matar a nadie. ¿O sí?

Una parte de mí temía abrir su diario, temía que la chica encontrara una forma de matarme también a mí. Pero otra parte necesitaba seguir leyendo, conocerla más, entenderla,

comprenderla. Y no sabía por qué.  
Había pasado una semana desde  
que había quedado con Faith en la  
librería y pensé que mi cabeza ya había  
tenido bastante tiempo para reposar y  
aclarar ideas. Aunque, sinceramente,  
tener a Caleb revoloteando por ahí me  
lo hacía un poco más difícil.

Era una tarde cualquiera. Cogí el  
diario y lo abrí por la siguiente página.  
Había un salto enorme de varios meses.  
En la cabecera aparecía escrito «enero»,  
un mes antes de la muerte de Cath.

*Odiado diario:*

*Tengo muchísimo frío. Pero en  
el fondo es normal, ¿no? Empieza a  
nevar ya. La gente se abriga, yo  
también lo hago, pero no me sirve de  
nada. Bueno, sí. Agradezco tener  
bolsillos donde poder esconder la*

comida, creo que es lo único útil que tienen los abrigos. Para comer, ayer, en el comedor de colegio, daban a elegir entre 560 y 495. ¿Y qué comí? Cero. Y una manzana de postre, porque sino el estómago seguiría rugiéndome y la gente empezaría a sospechar.

Pero lo peor no fue entonces, fue por la tarde. Mi madre me obligó a ir al cine con ella, como si fuéramos amigas de toda la vida. Creo que se ha dado cuenta de que Faith, Gabrielle y Catherine están más distantes conmigo. Al menos parece que han dejado apartado el tema de Lilly. Ella también era mi amiga, ¿se creen que no me dolió su muerte? Pero, a diferencia de mí, ella ya está bien. Ya es feliz. Yo no. Bueno, odio ir al cine. Ni siquiera estuve pendiente de la

*película, sólo intentaba mover las  
piernas todo lo rápido que pudiera sin  
que mi madre lo notase, porque no  
soportaba estar sentada sin hacer nada  
durante dos horas. Para colmo, mi  
madre  
compró  
palomitas  
dulces.*

*Siempre fueron mis preferidas. Antes,  
cuando íbamos toda la familia al cine,  
me pedía unas palomitas pequeñas  
todas para mí. Creo que era lo que más  
me gustaba de salir con ellos. Luego  
nos íbamos a cenar a mi restaurante  
favorito. No lo piso desde hace años, y  
todavía no entiendo cómo era capaz de  
comer tanto.*

*Mi madre me ofreció las  
palomitas una, dos, tres, cinco veces. Y*

*yo me negué. Pero en todo el día sólo había*

*tomado*

*esa*

*manzana*

*y,*

*obviamente, tenía hambre. Me gustaba*

*tenerla, porque sentía que al menos*

*estaba haciendo algo bien. Sufría pero*

*a la vez era agradable. Es difícil de*

*explicar.*

*Pero el cuerpo me pudo al final.*

*Pensé en tomarme sólo una, para*

*apaciguar mi mente y hacerle creer a*

*mi cerebro que ya había comido*

*suficiente. Sólo una, para que mi madre*

*estuviera contenta. Una.*

*Pero esa una fueron un puñado.*

*Y ese puñado, otro. Y al final, junto a*

*mi madre, nos acabamos todas las*

*palomitas. No sé ni cómo pasó; sólo sé*

*que una vez hube empezado me costó  
parar. Mi cuerpo me pedía comida, yo  
no quería dársela, pero él parecía  
actuar por sí solo. Ya no me controlaba.*

*La culpabilidad fue demasiado  
grande. Bastó ver el bote de palomitas  
vacío para empezar a sentirme mal.*

*Joder, soy una maldita gorda. Una  
cerda que no sabe controlarse. Había  
conseguido no comer nada más que una  
manzana en todo el día y luego lo  
había echado a perder por culpa de  
unas jodidas palomitas dulces.*

*Mi madre llegó a casa y se  
encerró a planchar. Mi padre no  
estaba. Yo fui corriendo al piso de  
arriba, al baño de mi cuarto. Miré el  
reloj; habían pasado cuarenta y cinco  
minutos. Suficiente.*

*No suelo hacer eso. No me*

*gusta. Me parece sucio, pero a veces es necesario. Es duro, pero lo era más tener que acostarme sabiendo que al día siguiente esas palomitas se convertirían en medio kilo más.*

*Abrí el grifo para que nadie oyera nada, aunque no creo que mi madre estuviera pendiente de mí. Me agaché frente al váter, noté que empezaba a llorar, tenía la barriga hinchada de todo lo que había comido.*

*Gorda. Gorda. GORDA.*

*Me costaba mucho sacarlo.*

*Sólo lo había conseguido dos veces, y había pasado unas treinta noches llorando frente al retrete por no lograrlo. Me hacía marcas en los nudillos, me mordía, me daban arcadas.*

*Notaba la acidez en la garganta. Fue muy desagradable, pero al final salió.*

*Sabor a olvido.*

*Sabor a pureza, a fragilidad.*

*Pero no había sido suficiente, lo  
sabía. Mis lágrimas también caían.*

*Estaba segura de que todas esas  
palomitas no habían desaparecido del  
todo y eso no podía soportarlo. Empecé  
a patear, a gritar. A pegarme golpes  
en el estómago, con la esperanza de  
que eso lograra adelgazarlo. Pero la  
grasa seguía ahí.*

*Me arañé; todavía lo tengo  
rojo. Aunque con eso no bastaba.*

*Seguía sintiéndome culpable, por más  
que me hiciera daño, por más que me  
pasara*

*toda*

*la*

*noche*

*haciendo*

*ejercicio, esas malditas palomitas  
seguirían ahí.*

*Así que... Volví a la caja.*

*Cuando acabé me miré al  
espejo. Vi mi cuerpo destrozado. Casi  
se veían más los cortes y las cicatrices  
que la grasa. En mis muslo había  
escrito con sangre lo más reciente:  
«Gorda».*

*Como si necesitara que me lo  
recordaran.*

*Hoy todavía tengo la herida.*

*Creo que se me ha infectado, pero no  
me importa. Me gusta que duela. Es  
como para recordarme qué narices  
hago aquí si debería estar muerta. Si  
esta vida es un infierno y no merezco  
nada más. Si Lilly consiguió irse y yo  
no.*

*Luego leo todo lo que escribo y*

*me dan escalofríos. Recuerdo a la  
Hanna de hace unos años, la que se  
hinchaba a palomitas sin importarle  
nada y era feliz. ¿Dónde se ha ido?  
¿Qué ha pasado con ella? ¿Por qué  
ahora sólo soy una sombra de lo que  
era?*

*Por qué tanto odio. Por qué  
tanta desgracia. Por qué a mí.  
Sólo sé lamentarme, pero me da  
la sensación de que no puedo hacer  
otra cosa. Ya no me queda nada, nadie,  
sólo ser delgada. Y ni siquiera entiendo  
para qué, pero sé que es lo que  
necesito. Es lo único que me hace feliz.*

*No. Feliz no es la palabra.*

*Nadie es feliz.*

*Eso no existe.*

*Cerré el cuaderno con un  
suspiro. Tenía razones para pensar que*

Hanna se equivocaba. Besar a Caleb me  
había hecho feliz. Reír con Audrey  
también, la compañía de mis padres,  
esos gramos menos que marcaba la  
báscula. Yo sí que podía ser feliz, sólo  
debía quererme un poquito más.

Hasta los cincuenta kilos, por  
ejemplo.

Fui a mirarme al espejo, algo  
que había tratado de evitar durante  
mucho tiempo. Me quité la camisa y los  
pantalones que llevaba, los calcetines y  
las zapatillas. Cerré los ojos y me costó  
no poner una mueca de disgusto al  
abrirlos de nuevo.

Ahí estaba mi cuerpo. Pálido  
desde siempre, desproporcionado a mi  
parecer. Con caderas, algo de tripa,  
muslos juntos que temblaban al andar,  
estrías y pecas. Sano.

No lo parecía. No era bonito, no para mí.

Pero prometí que aquello iba a cambiar. Que con un kilo menos, uno o quizás dos, esa tripa se volvería plana, esas piernas serían delgadas y firmes, ese cuerpo sería perfecto.

Nadie me avisó de que la perfección es algo que no se puede conseguir, y que buscarla sólo lleva a destruirse.

Fui a pesarme. No recordaba bien cuánto hacía desde la última vez, ni tampoco del número exacto. Cincuenta y uno con algo. Insuficiente. Debía apuntármelo para mantener un control, para saber si lo que hacía funcionaba.

Por ahora, lo único que había hecho era reducir el desayuno y la merienda, a veces incluso saltármelos, y salir a

correr los domingos. Ya ni siquiera se lo proponía a Audrey porque sabía que no iba a querer acompañarme.

Me sorprendió demasiado ver un cincuenta en la báscula. Cincuenta kilos exactos y doscientos gramos. Había estado ya más de un mes buscando llegar a esa cifra, y ahora que lo había conseguido, veía que no había servido de nada. La misma tripa, los mismos muslos, el mismo cuerpo.

Quizás tenía que arriesgar más, hasta cuarenta y ocho.

Quizás tenía que esforzarme más, comer más sano, hacer más ejercicio.

Cien abdominales diarios. Ensalada en lugar de pasta.

Números en vez de vida.

Se acercaba la Navidad. Era una época que siempre me había gustado.

Quizás era por la nieve que bañaba las  
calles, por las luces que adornaban los  
árboles, por las sonrisas que regalaba la  
gente, por el olor a galletas de canela y

a

mazapán,

por

las

chimeneas

encendidas y el calor del hogar.

En el colegio, la gente estaba

impaciente por la llegada de las

vacaciones de Navidad. Yo, en cambio,

tenía miedo. Un miedo que no había

tenido nunca antes. Era la época de los

dulces, el chocolate, el caramelo y las

comidas familiares. Placeres que yo no

podía permitirme ya, ahora que veía que

debía —y necesitaba— adelgazar.

Audrey estaba sentada a mi lado,

como siempre, ajustándose el gorro para calentarse las orejas. En invierno siempre se le ponían rojas. Me dedicó una sonrisa en el momento en el que nuestro profesor entró.

—Silencio, por favor —pidió, intentó acallar el murmullo de los alumnos. Se colocó en medio de la tarima, con las manos entrelazadas—.

Tengo una noticia que daros. —La clase se silenció al momento, a excepción de un par de chicos que susurraban en la última fila—. Como sabéis, todos los años este curso organiza un viaje al norte después de las vacaciones de Navidad, concretamente a la estación de esquí de Breckenridge, en el condado de Summit.

Audrey bufó.

—Fijo que ya he estado en esa.

Me da la sensación de que he esquiado por todo Colorado con mi padre — susurró la chica, mientras el profesor seguía hablando.

—¿Eso significa que no irás?

—Sólo si tú no vas.

Fruncí los labios, parándome a escuchar a nuestro tutor. La verdad es que no había esquiado nunca, pero era una oportunidad que no se iba a repetir.

—Serán cinco días, seguramente

la

última

semana

de

enero.

Reservaremos habitaciones en un hotel cerca de la estación de esquí, además, a muy buen precio. Os animo a que os apuntéis, chicos, no en todos los cursos

se organizan cosas así.

—Al menos esta vez nos sacan del condado —comenté, recordando que la última excursión que habíamos hecho había sido al zoológico de Casewood.

Ella se encogió de hombros, con una sonrisa.

El profesor comenzó a repartir folios con la información sobre el viaje, horarios y precios. Abajo habían dejado un hueco para apuntarnos y dejar la firma de nuestros padres.

—Va, Grace, yo te enseñaré a esquiar si hace falta —insistió Audrey.

Puse los ojos en blanco.

—Vale... —contesté, alargando el sonido de la «a»—. Cinco días para desconectar nunca vienen mal.

Busqué a Caleb a la salida del colegio, nada más acabar las clases.

Cómo no, él fue el último en salir,  
acompañado de un par de amigos. Los  
dejó a todos en la puerta nada más  
verme, se despidió con la mano y se  
acercó a mí, saludándome con un beso  
en la frente. Tenía las mejillas y la nariz  
sonrojadas a causa del frío, y los labios  
cortados.

—Eh, Grace, ¿qué tal el día? —

me preguntó, pasándome un brazo por  
encima

del

hombro

mientras

caminábamos hacia la parada de

autobús, como de costumbre.

—Bien. En clase han repartido

la autorización para el viaje del curso en

enero, ¿irás?

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —Sonrió. Se quedó mirándome a los ojos, y no pude evitar apartar la mirada para esconder el rubor—. ¿Haces algo esta tarde, Grace?

—No, ¿por?

—Me gustaría enseñarte algo.

¿Vienes a mi casa?

Una merienda menos. Con suerte, una cena menos.

—Claro —contesté.

Llegamos a su casa media hora más tarde. Caleb, a diferencia de Audrey y yo, vivía en un apartamento, en uno de los pocos edificios residenciales del pueblo. Su casa estaba en el segundo piso, pero aquella vez subimos hasta el séptimo. No me quiso decir nada hasta que llegamos. Me mandó estar en silencio y me hizo subir las escaleras que llevaban a su terrado.

Una vez salimos afuera, una  
brisa fresca de aire me saludó. Desde  
ahí se veían todas las casas de  
Casewood, diminutas y con los tejados y  
los jardines cubiertos de nieve. El cielo  
estaba de color anaranjado; se veía  
cómo el sol iba escondiéndose tras las  
montañas. Los últimos pájaros volaban  
en busca de un nuevo hogar. Todo  
parecía estar en paz en aquel rincón,  
alejados del mundo.

—Siempre vengo aquí cuando  
necesito estar solo —dijo Caleb—.

Desde que era niño. Nunca había subido  
a nadie conmigo.

Me giré hacia él.

—¿Y por qué a mí sí?

—Porque eres Grace. —Dio dos  
pasos para acercarse un poco más a mí

—. No creo que se necesiten más

razones.

Me pasé un mechón de pelo por  
detrás de la oreja, con esa sonrisa de  
tonta que tanto odiaba.

—Es precioso —susurré.

Caleb descolgó la mochila que  
llevaba al hombro y la abrió. Tenía dos  
toallas dentro que sacó y extendió sobre  
el suelo, como si aquel terrado fuera una  
playa y estuviésemos en pleno verano.

Reí.

—Veo que lo tenías todo  
planeado, ¿eh? —dije. Él se sentó sobre  
una de las toallas y me hizo señas para  
que me tumbara a su lado.

—Ven, tumbate. —Le hice caso  
y él hizo lo mismo.

A pesar del frío, del miedo y de  
mis problemas, en aquel terrado parecía  
que todo se volviera insignificante. En

ese momento sólo estábamos él y yo.

Sólo importábamos él y yo.

Caleb puso música. Otra balada tranquila, con el sonido del piano y la voz dulce de la cantante. Cerré los ojos y me dejé llevar por la canción. El chico alargó su brazo y me rozó la punta de los dedos con los suyos, y no dudé en cogerle de la mano. Aún me sorprende que lo hiciera, pero no tenía nada que perder.

Noté un toque frío en la punta de mi nariz y estornudé. Abrí los ojos a tiempo de ver cómo empezaban a caer copos de nieve desde el cielo.

—Caleb, está empezando a nevar —le dije, con una sonrisa, poniéndome erguida. Él también se sentó, soltando mi mano, y no pudo evitar reírse.

Bajó la mirada, se frotó las  
manos y llegué a atisbar un ligero rubor  
en sus mejillas. Quise pensar que era el  
frío otra vez, que él no se sonrojaba.

Pero estaba equivocada.

—Grace... —empezó—. Te he  
traído aquí porque me gustaría decirte  
algo.

Le miré a los ojos y él continuó  
hablando:

—Creo que ya lo sabes pero...

Te quiero, Grace Montgomery. Te quiero  
muchísimo.

—Se

me

cortó

la

respiración—. Te quiero desde el  
primer día que te vi, te quiero más de lo  
que crees.

## ***Capítulo diez.***

No supe qué decirle. ¿Lo pensaba de verdad? ¿Se refería a esa forma de querer? ¿Por qué ahora? Mejor dicho, ¿por qué yo?

No tenía nada que pudiera gustarle, nada. Debía de haberse confundido. Estaba gorda, descuidada, no era nada delicada, nada bonita.

Pálida, pelo castaño, lacio, corto, ojos oscuros.

Mirada cansada.

Pecas, espinillas. Una personalidad de pena,

demasiado

pesimista,

demasiado

estúpida.

Grace.

—Y

yo

a

ti

—respondí

finalmente. Porque, a pesar de dudar de sus palabras, mis sentimientos sí que los tenía claros—. Aunque me cuesta creerte.

Aparté la mirada.

Caleb suspiró y se puso en pie, tendiéndome una mano para que lo imitara. Yo se la cogí y me levanté, con una ceja arqueada.

—Deja que te lo demuestre —

dijo.

Me guió hasta el borde del terrado, donde éste acababa y parecía que empezara el paisaje. Un vistazo abajo bastaba para darse cuenta de la

fragilidad del ser humano. Un paso más,  
un muro menos, un segundo más, una  
persona menos.

Pero Caleb me hacía mirar más  
alto. En todos los sentidos. Hacia las  
montañas, hacia las casas diseminadas  
que parecían parte de un cuadro, hacia  
los niños que corrían por la calle y el  
hombre que levantaba la vista del  
periódico para observarlos.

—Cierra los ojos. —Le miré,  
confundida—. Va, Grace, no me pongas  
esa cara. Tienes toda la vida para mirar  
Casewood.

—Y toda la noche para cerrar  
los ojos —contesté, sonriendo. Él subió  
la mirada al cielo.

—Por favor.

Suspiré y le obedecí. Casi pude  
ver su sonrisa de satisfacción a través

de los párpados. La nieve caía y los copos se quedaban enredados en mi cabello.

Oí la voz de Caleb junto a mi oído:

—Cuenta hasta tres.

—¿En voz alta?

—Como quieras.

No entendía qué pretendía, pero me dejé llevar. Confiaba en él. Suspiré, relajé los hombros, dejé que la brisa me acariciara el rostro y empecé a contar.

—Uno... —Oía el latido de mi corazón, demasiado alto—, dos... —Las campanas de la iglesia comenzaron a sonar a lo lejos. Caleb se acercó—, tres.

No me dio tiempo ni de alargar la «s». Los labios de Caleb se posaron sobre los míos, callándome. Una parte de mí no se sorprendía.

Y el resto fue tan tierno que hasta me cuesta explicarlo. Sonreí en medio del beso, él lo notó, me volvió a besar, le rodeé el cuello con los brazos. Me cogió de la cintura, me obligó a ponerme otra vez de puntillas. Me trataba con cariño, con cuidado, como si temiera estar fallándome. Yo también tenía miedo. Era mi mejor amigo. Pero los mejores amigos no se besan. ¿Qué éramos entonces?

En ese momento no me importó.

Menos cuando se separó un poco de mí y se mordió el labio, intentando ocultar su sonrisa. Yo, sin desenredar los brazos, reí. Feliz. Feliz como no lo había sido en mucho tiempo.

Ya no tenía dudas: éramos Caleb y Grace. Fuesen lo que fuesen Caleb y Grace, seguiríamos siendo nosotros. Y

eso era lo único que me importaba.

La noticia de que Caleb y yo

estábamos

juntos

se

extendió

rápidamente por el colegio, aunque a  
nadie pareció impresionarle. Excepto a  
mí.

Sólo había que verle a él: alto,

rubio,

guapo,

simpático.

Robaba

suspiros a todas las estudiantes más  
jóvenes. Y sin embargo, aun pudiendo  
estar rodeado de la gente más guapa,  
más rica o más popular, había estado  
siempre con Audrey y conmigo, ahora  
más que nunca. Eso era lo que me

extrañaba.

¿Cómo

era

posible

quererme? Yo era la persona más torpe  
que conocía. Siempre hacía daño a los  
demás, incluso a mí misma.

Si yo no me gustaba, poco iba a  
hacerlo él.

Por eso quería seguir luchando  
por quererme. Por esos cuarenta y ocho.  
Por esa sonrisa en el reflejo que todavía  
no había visto.

Pero pasaron las semanas y,  
aunque con Caleb me evadía de todo, no  
se me olvidaba que la báscula todavía  
marcaba  
cuarenta  
y  
nueve

con

novecientos

gramos.

Rozando

los

cincuenta, pero al menos ya había

bajado. Me sentía bien. Sólo por estar

en los «cuarenta y» lo veía todo distinto,

me animaba más. Quería más.

Audrey no se daba cuenta de que

ya no le pedía los sábados de pizza y

que evitaba salir a merendar o cenar con

ellos. Pasaba por alto que ya no llevaba

almuerzo al colegio, aunque al principio

sí que me miraba, extrañada. A todo se

acostumbraban. Además, el asunto de

Caleb hacía que se fijara en otras cosas.

Le encantaba hacernos fotos cuando no

mirábamos, recordarnos lo adorables

que le parecíamos y todas esas cosas

suyas. Felicitándonos cuando hicimos cinco días, una semana, dos.

Junto a Caleb todo se hacía más fácil. Podía pasar horas sentadas si hacía falta. Podía olvidarme de mis complejos. Pero luego volvía a casa, volvía a estar sola, a encerrarme en mi cuarto, a pesarme —cada día, ahora que tenía una libreta donde apuntarlo—, a llorar esperando que eso me quitara gramos de encima.

Empezaron las vacaciones de Navidad. Caleb y yo prometimos vernos todos los días que pudiéramos. Pero, a pesar de eso, le pedí que no viniera ni por las mañanas ni los domingos. A él le dije que tenía que cuidar de mi prima pequeña, pero la verdad es que las mañanas las reservaba para hacer abdominales en mi habitación y unos

cuantos ejercicios más, esperando ver mi tripa mejorar. Los domingos salía a correr. Lo odiaba, pero lo necesitaba. Hacía que me doliera todo el cuerpo, que se me entumecieran las piernas, que me marease, pero tenía que hacerlo. Dejé de merendar. Ignoraba el hambre por la tarde, me distraía pensando en otras cosas. Obviamente, mi madre no sospechaba nada. Ella jamás hubiera pensado aquello de mí. Por eso no debió extrañarme que preparara sus tradicionales magdalenas de canela y plátano, una receta que trabajaba desde que yo era pequeña y que siempre hacía en Navidad. A mí me encantaban, no había un año que no las probara.

Excepto aquél.

Era un sábado cualquiera por la

tarde y la nieve caía fuera. Había  
quedado con Caleb en cinco minutos en  
la puerta de mi casa. Mi madre me  
preguntó  
si  
quería  
llevarme  
una  
magdalena para merendar, y yo ya sabía  
que no podía negarme. Demasiado  
sospechoso. Así que la acepté, la guardé  
y salí de casa, con la tentación en el  
bolsillo.

No podía comérmela. Por mucho  
que quisiera, era una magdalena y eso no  
me haría ningún bien.

O eso pensaba.

Caleb llegó, me saludó con un  
beso y empezamos a pasear.

A medio camino me saqué la

magdalena del bolsillo y se la ofrecí.

—¿Te apetece, Caleb? Es de plátano y canela, recién sacada del horno. —Como supuse, el chico no tardó en cogerla.

—¿Tú no quieres? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—He merendado en casa.

Mentir se me hacía ya tan habitual como decir la verdad.

Él se encogió de hombros. Se comió

la

magdalena

con

total

tranquilidad, sin pensárselo dos veces, disfrutando. Como cualquier persona normal que pudiera permitírselo.

No era mi caso.

—Grace... —me dijo al pegar el último mordisco, obligándome a alzar la mirada del suelo—. Llevas muchos días teniendo mala cara. ¿Estás bien?

Yo

intenté

sonreír,

aunque

todavía no sé si me creyó.

—Claro. No te preocupes, hoy no he dormido mucho. —Ni hoy, ni ayer, ni antes de ayer—. Pero estoy bien.

Saqué el móvil para ver la hora que era, mientras Caleb, conformándose con mi respuesta, miraba a otro lado. Mi sonrisa se apagó cuando vi el fondo de pantalla del teléfono, cambiado horas antes a modo de recordatorio.

Una pantalla en negro, letras en blanco: «NO COMAS».

No estaba bien.

En ocasiones a Hanna no le apetecía escribir, o quizás es que no le apetecía pensar. Quería alejarse de todo, incluso de sus propios demonios, pero le costaba demasiado.

Por las noches, a veces, leía entradas suyas, sueltas. Ni miraba la fecha. Algunas eran muy cortas, sólo un par de líneas. El diario también tenía páginas arrancadas, rayadas con furia, hojas enteras con la palabra «gorda» grabada en ellas. Había momentos en los que pensaba que entendía a Hanna. Y eso era lo que más me asustaba.

Pero no podía ser. Ella y yo  
éramos muy distintas.

*Odiado diario:*

*No sabes lo que agradezco que  
en este colegio no haya ni un solo  
hombre. Sólo serían una distracción  
más. Además, estoy segura de que todos  
dirían que doy asco. La mitad por estar  
muy gorda, la otra mitad por estar muy  
delgada. Pero no necesito que nadie me  
lo recuerde, ya vivo conmigo las  
veinticuatro horas del día.*

*Es curioso que todo empezara  
porque quise verme más guapa. Luego  
quise quererme más. Luego sólo supe  
odiarme. Odiarme como nunca lo había  
hecho, odiarme por existir. Odiarme  
hasta el punto de robarle cien  
somníferos a mi madre. De pensar en  
acabar con mi vida.*

*Pero yo no fui capaz. Lilly sí. Y  
aquello me bastó para darme cuenta de  
que morir no servía de nada. Me duele  
que ella tuviera que irse para que yo  
aprendiera.*

*Lilly, ¿me leerás ahora? ¿Me  
verás? Sé que teníamos que irnos las  
dos. Sé que te dije que aquella noche  
nos veríamos en el Cielo. Pero no fui  
capaz. Lo siento, Lilly, no fui valiente.  
Lloré mientras tú morías sin saber que  
lo hacías. Pero ahora lo estoy pagando.  
Sé que poco a poco me estoy matando,  
pero me dejo morir. Es más duro, sufro  
más. Pero lo merezco. Es como un  
suicidio a largo plazo. Y algún día nos  
encontraremos.*

*Te lo prometo.*

*Quizás, para entonces ya estaré  
delgada.*

*Seré*

*frágil.*

*Delicada.*

*Preciosa. Me verás. Creo que serás la  
única que llegarás a verme.*

*Te echo de menos, Lilly.*

*Siento haberte dejado sola a las  
puertas de la muerte. Lo siento de  
verdad.*

Llegó el día que tanto temía y  
que  
tiempo  
atrás  
había  
ansiado.

Nochebuena, 24 de diciembre. Día de  
regalos, familia, sonrisas... comida.

Como todos los años, tocaba ir a  
cenar a casa de mis abuelos, en la  
ciudad. Iban a estar mis tíos, mis primos

pequeños y el resto de la familia. Hasta el perro del tío Anthony.

Mi madre me había obligado a ponerme un vestido de colores oscuros, a arreglarme el pelo y maquillarme, como si se tratara de una boda. Aunque odiaba tener que llevar falda, vestido o cualquier prenda que dejara relucir mis piernas, no me quejé al ver que, al menos, el color de la ropa me hacía parecer más delgada. Parecer, pero sin serlo. Por ahora.

Había estado todo el día temiendo que la noche llegara, temiendo descontrolarme en la cena. Sólo había comido un plato de macarrones a la hora de comer, y me había pasado la mañana buscando ejercicios que hacer en internet, encerrada en mi cuarto. Pero seguía teniendo miedo. No quería que el

hambre me venciera, quería ser yo más fuerte.

No lo fui.

Llegamos a casa de mis abuelos a las ocho y media de la noche. La velada empezó bien, con un «¡Grace, cuánto tiempo! Te veo más delgada. ¿Has crecido?» por parte de mi tía, que me sacó una sonrisa mientras yo lo negaba. El árbol de Navidad estaba colocado en medio del salón, con la reluciente estrella en su punta. Marie y Paul, mis primos pequeños, estiraban las manos para colocar los últimos adornos. Sin embargo, mi mirada estaba fija en la mesa, ya preparada, con bandejas llenas de bombones y tentaciones. Intenté distraerme, jugando con mis primos. Pero el mismo pensamiento se repetía en mi cabeza: «Contrólate, gorda, no comas

de más, contrólate».

Llegó la hora de la cena. Como era costumbre, mi sitio estaba en la esquina, junto con mis primos. En otros tiempos hubiera tenido la compañía de mi primo mayor, pero ahora que había empezado la universidad apenas tenía tiempo de nada, menos para una cena. Deseé poder ser él. Poner cualquier excusa y no venir.

El primer plato fue sopa.

Recordé la caligrafía de Hanna: 120.

Estuve dándole vueltas a los fideos con la cuchara, dudando, hasta que las tripas me rugieron y acabé tomándomela. No pasaba nada. Sólo ciento veinte. Sólo, ya está, ya había cenado.

Sirvieron el segundo plato; unas croquetas que mi abuela hacía cada Navidad. Me encantaban, pero no podía.

Colocaron una bandeja en medio de la mesa, y mis primos fueron los primeros en servirse unas cuantas croquetas en el plato. Yo cogí el móvil, en un intento de distraerme.

—Grace —oí que me llamaban.

Era Marie. Estaba sentada a mi lado, mirándome preocupada.

Todo

lo

preocupada que una niña de siete años puede estar—. ¿Quieres croquetas?

—No, gracias, no tengo hambre.

—Me creyó.

Y así, quince minutos después, acabó la cena.

Misión cumplida.

O eso pensaba.

Me escabullí de la mesa antes de

que alguien hiciera algún comentario.

Aunque, en realidad, todos habían

estado

muy

metidos

en

sus

conversaciones como para fijarse en mí.

Tenían que ponerse al día, y yo me

hubiera unido a ellos si no fuera porque

sentía que mi cabeza era un caos.

Todo

empeoró

cuando

se

acercaban las doce de la noche. Toda la

familia estaba en el salón, así que decidí

irme a otro lado. Y, muy a mi pesar,

acabé en la cocina, porque seguía

teniendo hambre. Por mucho que

intentara engañar mi cabeza, a mi cuerpo  
no le podía mentir.

Había una bandeja llena de  
galletas hechas por mi abuela. Con  
pepitas de chocolate, recién sacadas del  
horno. Me relamí los labios, recordando  
la suave textura de la masa, el sabor del  
chocolate aún caliente.

Pensé que me merecía al menos  
una. Sólo una.

La devoré en apenas unos  
minutos,  
hambrienta.

E  
inconscientemente, alargué la mano para  
coger otra. Sin pensar. No era dueña de  
mi cuerpo ni de mi hambre, y poco a  
poco, vi cómo todas las galletas iban  
desapareciendo. No podía parar. Ya ni  
sentía apetito, sólo rabia, pero no sabía

cuándo iba a poder volver a comer algo así. De todas formas, si había comido ya diez, ¿qué más daba una más? Ya estaba gorda, ya era una foca, ya no podía hacer nada para remediarlo.

Media hora más tarde, Marie me encontró llorando sobre la repisa de la cocina, con una bandeja vacía al lado y migas esparcidas alrededor de la mesa.

Eché a correr sin decir nada.

Supongo que la sonrisa que forcé después sirvió para que ella mantuviera la boca cerrada delante de los adultos.

Llena de impotencia, me froté los ojos con un brazo y salí de la cocina con los puños cerrados. Me sentía pesada, gorda, asquerosa.

Aprovechando

que  
todos  
estaban  
ocupados, fui hacia el baño.  
Abrí el grifo y dejé que el agua  
corriera e hiciera ruido. Permití que las  
lágrimas salieran. Me agaché frente al  
retrete,  
odiándome,  
queriendo  
castigarme. Metí los dedos en mi  
garganta, esperando que fuera tan fácil  
como parecía. Pero no lo era. Ni una  
arcada. Mucha angustia, mucho odio,  
pero nada más.  
Volví a romperme. Me apoyé  
sobre mi brazo para seguir llorando,  
intentando que el agua enmudeciera mis  
llantos.  
Un año antes jamás hubiera

pensado que mi Nochebuena acabaría así.

### ***Capítulo once.***

A la mañana siguiente hice lo último que debería haber hecho: pesarme. Cogí mi pequeña libreta, donde apuntaba cada día mi peso. Me quité el pijama, me descalcé, subí a la báscula, y por poco no me rompí los nudillos del golpe que pegué a la pared. Cincuenta kilos y quinientos gramos. Otra vez. Todo el esfuerzo para nada, por culpa de una noche de descontrol.

Me vestí con ropa de deporte, sin mirar al espejo, y salí de casa. Empecé a correr, decidida a no parar hasta que mis piernas no pudieran resistir más. Lo que hacía no era suficiente, no servía de nada.

Tenía que hacer más. Ir más rápido. Hacer más ejercicio, comer un poco menos. Esos cuarenta y ocho tenían que ser míos.

A partir de aquel momento, no hubo un día en el que no bajara a comer con la chaqueta puesta. Me colocaba un papel sobre los muslos, fingía comer y dejaba la comida caer mientras mis padres hablaban. Luego pasaba a los bolsillos, y de ahí, a la basura.

Mejor ahí que en mi cuerpo.

Era necesario. Apenas podía soportar mirarme al espejo. Las tardes de ejercicio no servían de nada. Daba igual que acabara sudando, porque si luego me tentaba a comer una sola galleta, todo el esfuerzo se esfumaba.

Tenía que hacer más, más, cada vez más.

Desgraciadamente, descubrí qué

eran las calorías. Decidí limitarme las que ingería al día, empecé a mirar los envases de todo, a aprendérmelo de memoria sin ni siquiera proponérmelo. Pasé de año viendo números en vez de comida.

Y leyendo a Hanna, porque ella siempre estaba ahí.

*Odiado diario:*

*Un día más. Me he levantado y pesaba 45'800kg. Ya. He llegado a 45. Eso era lo que quería, ¿verdad? Pero me siento decepcionada, porque no es suficiente. Sigo estando gorda. Me da igual lo que diga mi madre, lo que digan los demás, ellos no me ven, ellos no ven toda esa maldita grasa. ¡Se suponía que con 45 kilos ya no existiría! ¿No estoy en un peso bajo? ¿Por qué entonces estoy tan sumamente*

*gorda?*

*Ah, espera. Es la voz de la*

*enfermedad,*

*¿verdad?*

*Otra*

*vez*

*haciéndome ver y creer cosas que no  
son. La misma voz que me dice que he  
comido demasiado. Que nadie me  
quiere. Que no valgo nada. Que ni me  
esfuerce*

*en*

*recuperarme,*

*porque*

*merezco estar muerta.*

*Esa voz que no me atrevo a*

*nombrar. Hasta me cuesta escribirlo.*

*Anorexia.*

*Maldito el día en que llegaste,*

*maldito el día en que te me llevaste.*

*Ahora ya no soy Hanna, ya no sé quién soy, no me reconozco. Mintiendo, escondiendo, pensando siempre en lo mismo.*

*Me has vuelto una enferma.*

La noche que leí aquella entrada del diario no pude evitar romper a llorar. Me di cuenta de que, al fin y al cabo, Hanna no era la única enferma. Ella lo decía: mentía, escondía, pensaba siempre en comida. Y yo estaba haciendo lo mismo.

Me  
estaba  
volviendo  
un  
monstruo, estaba dejando de ser Grace.  
Todo por su culpa, por culpa de  
ese maldito diario.  
Intenté apartar esas ideas de mi

cabeza. No, yo no necesitaba la ayuda de nadie. No estaba enferma: no vomitaba, no estaba delgada, no había pasado ni un solo día sin comer. Nadie me creería.

Ni siquiera yo me creía.

La vuelta de vacaciones siempre era extraña. La gente se alegraba de volver a ver a sus compañeros, pero se quejaban sólo de pensar en lo mucho que tenían todavía por delante. Estudios, exámenes, clases que se hacían eternas, notas y deberes.

Audrey me abrazó al verme, consiguiendo sacarme una sonrisa.

Juntas fuimos hasta clase, de nuevo, como si no hubiera pasado el tiempo.

Por el pasillo encontré a Caleb. Había quedado con él muchas veces aquellas vacaciones, así que no le había dado

tiempo a echarme de menos. Pero  
agradecía poder verle todos los días a  
partir de entonces. Le necesitaba, igual  
que a Audrey. Si no fuera por ellos  
sentiría que ya no me quedaba nada.

Me rodeó con los brazos, me dio  
un beso en la frente, yo le sonreí y se lo  
di en los labios. Nos pusimos los tres al  
día antes de que el timbre sonora y  
tuviésemos que separarnos; él a su clase  
y Audrey y yo a la nuestra.

Nos pusimos en la penúltima  
fila, en la esquina izquierda, como  
siempre. Audrey me contaba sus  
vacaciones, cómo se había ido otra vez  
con su padre a esquiar y lo agotada que  
estaba. Yo preferí no contarle las mías.

El profesor, con la misma cara  
de cansancio que un mes antes, entró en  
el aula acompañado de una chica a la

que guió hasta la tarima. Tenía los hombros anchos, las piernas firmes y las manos grandes. El pelo, castaño claro, le llegaba hasta los hombros, aunque lo llevaba recogido en una coleta. Parecía estar de mal humor, como si tuviera ganas de matar a alguien. Causaba impresión, incluso el profesor parecía temerla.

—Qué pintas de bruta tiene, ¿no?

—susurró Audrey, antes de que nuestro tutor empezara a hablar.

—Chicos, os presento a Debra

Connor. —La joven dio un paso hacia delante—. Acaba de llegar a Casewood y espero que todos os portéis bien con ella. Qué suerte has tenido, Debra —añadió, mirándola—, ¡llegas justo a tiempo para el viaje a Breckenridge!

Todo el entusiasmo del profesor

conseguía compensar la falta de ganas de los estudiantes. Al ver que Debra no contestaba, le sugirió que buscara un sitio libre al final de la clase y empezó a ordenar sus apuntes para empezar con la lección.

Debra acabó sentada detrás de nosotras. Audrey, sin poder saciar su curiosidad, se giró para conocerla.

—¡Hola! —dijo, intentando que el profesor no la oyera—. Encantada de conocerte, yo me llamo Audrey. —

Debra gruñó—. ¿De dónde eres?

Me giré a tiempo de ver cómo la chica fulminaba con la mirada a mi amiga.

—No te importa.

—Vale, perdona —se disculpó

—. Sólo quería ser amable.

—No necesito que nadie sea

amable conmigo —dijo Debra. Su voz estaba tintada de odio. Me fijé en las ojeras bajo sus ojos. Al parecer ella tampoco lograba dormir bien—. No quería acabar en este colegio de mierda, así que no me extrañaría que dentro de una semana este asiento se quedara vacío.

—Pero quédate al menos hasta el viaje —sugerí yo. Debra pasó la mirada de Audrey a mí.

—¿Acaso hablaba contigo?

—No, pero...

—Pues no te metas donde no te llaman. Huesuda —soltó con desprecio.

Reacia a contestar y empezar una discusión, me giré de nuevo hacia la pizarra, poniendo los ojos en blanco.

Decir que Debra estaba de mal humor era quedarse corta.

Lo que sí me impactó fue que me llamara «huesuda». Y además, como un insulto. ¿Dónde me veía ella los huesos?

Yo sólo veía grasa y una chica demasiado gorda. No como ella que, en cambio, era fibrosa. Era muy alta y muy grande, pero no gorda. No como yo.

El lunes siguiente aparecimos todos puntuales, algunos con los nervios a flor de piel por el viaje, otros con más sueño que entusiasmo. Como Audrey. Si se venía era para hacerme compañía, porque, como ya había dicho, se había recorrido todo Colorado esquiando y Breckenridge lo tenía más que visto.

Caleb iba para mejorar su snowboard, ya que hacía tiempo que no lo practicaba y temía haberlo olvidado. Y yo, para ser sincera, iba más por la oportunidad de hacer ejercicio y saltarme comidas que

por otra cosa.

Pero eso no debía saberlo nadie.

Hasta que llegásemos al hotel nos quedaban por lo menos dos horas en autobús, así que aproveché que Audrey estaba distraída escuchando música para sacar el diario de Hanna de la mochila.

No había podido evitar llevármelo, porque, de algún modo, sentía que sólo ella me entendía. Y ni siquiera estaba ahí para escucharme.

Pasé la última página que había leído para descubrir que había una gran cantidad de hojas arrancadas. Luego, lo siguiente que Hanna había escrito, era una gráfica llena de picos, que iba desde noviembre hasta junio. En el último mes marcaba un peso que me heló la sangre: 39 kilos.

Lo peor de todo es que,

seguramente, cuando murió pesaba  
mucho menos.

Hanna bajaba medio kilo por  
semana. A veces un kilo entero, y yo  
estaba aquí, pasando hambre por sólo  
unos gramos. ¿Qué hacía ella que no  
hiciera yo? Las anotaciones que escribía

bajo

la

gráfica

bastaron

para

contestarme. Doce de abril: leche

desnatada, 70; arroz, 323; tortilla

francesa, 120. Veinte de mayo: manzana,

52; lechuga, 10; yogur, 105; pollo, 116.

Dos de junio: ciruela, 35; manzana, 52.

Media hora de aerobio.

Números, números, números.

Pero cada vez menos.

Pasé la página. Hanna volvía a escribir, aunque ya habían pasado varios meses desde la última vez.

*Odiado diario:*

*Te odio, te odio, te odio. Bueno, en realidad: me odio, me odio, me odio.*

*¿Por qué no desaparezco de una puñetera vez? ¿Por qué, por qué?*

*Me siento culpable. Ya no es sólo por ese mordisco de carne que mi madre me ha hecho tragar en la comida, a pesar de haber conseguido esconder el resto. No es sólo porque hoy todavía no he hecho ejercicio. No es sólo porque he subido 200 gramos y ni siquiera sé cómo.*

*Es por Cath.*

*Catherine, yo te quería, de verdad. Y ya no estás.*

*Lo último que te dije fue que te*

*fueras, que desaparecieras. Lo que en realidad quería hacer yo. No quería que murieras, de verdad que no. Esa persona no es Hanna. Ya no sé quién es Hanna, no sé quién soy, no sé quién es la que habla ni quién es la que escribe esto ahora. ¿La verdadera Hanna, la Hanna enferma, la Hanna llena de odio? Pero, ¿queda algo de la verdadera Hanna o se marchó con ese último kilo?*

*Faith no me habla. Gabrielle tampoco, sólo la veo llorar. Además, creo que se va a mudar. No lo sé, ya no sé nada.*

*¿Me tiene miedo?*

*Es normal. Hasta yo me asusto de mí misma. Cualquiera día enseñé mis muñecas y todo el mundo huye de mí. Cualquiera día el odio es demasiado*

*grande y me ahogo en la bañera. Es normal que esté asustada.*

*Pero yo no le haría daño, nunca. Tampoco se lo quería hacer a Cath. Ni a Lilly... Fui una estúpida. Pensaba que eso era lo que las dos necesitábamos: parar el dolor, irnos de una vez. Como si la vida no pudiera mejorar.*

*Pero eso era sólo lo que yo quería y necesitaba. Ella no. Lilly era preciosa, delicada, sincera, buena. Tenía un corazón que no le cabía en el pecho. Uno que ya no late, por mi culpa.*

*Ella hubiera salido del bache. Se hubiese secado las lágrimas, hubiera vuelto a sonreír, sería feliz. Ahora incluso habría conseguido enamorar a Alex. Estoy segura, porque*

*se lo merecía. Era hermosa.*

*El problema es que yo no. Yo*

*era la que estaba (y sigo) en un bache.*

*La que quería desaparecer, la que no*

*tiene esperanza. Sin embargo, una*

*parte de mí tenía miedo, y por eso le*

*pedí que se fuera conmigo. Pero soy*

*una cobarde y la dejé sola. Sola.*

*Al menos Cath ahora está con*

*ella. Espero de corazón que sean más*

*felices de lo que podrían haber sido*

*aquí. Tengo miedo de morir, por verlas.*

*¿Me perdonarán? No soy Hanna, ya no.*

*No soy la chica a la que conocieron. Ya*

*estoy muerta.*

*Sólo tengo que irme.*

*Pero sigo siendo una cobarde.*

*Le he pedido a mi madre que me*

*cambie de colegio. Para empezar de*

*cero. Alejarme de Faith y Gabrielle y*

*no hacerles más daño a ellas. Porque,  
al parecer, ahora mi naturaleza es  
dañar a la gente. Incluso a mí, y a mí  
precisamente de la forma más...*

*cruenta. Mis muñecas tapadas con  
pulseras y mangas demasiado largas  
para el calor que hace. Mis muslos  
cubiertos*

*por*

*los*

*pantalones.*

*Cicatrices*

*encima*

*de*

*cicatrices,*

*heridas abiertas. Huesos que se notan  
demasiado, pero todavía hay grasa.*

*Espejos*

*rotos.*

*Lágrimas*

*secas.*

*Recuerdos de una guerra contra mí*

*misma.*

*Y no sé quién está ganando.*

—¿Qué es eso, Grace? —me

interrumpió

Audrey,

justo

cuando

acababa de leer la última entrada del diario. Cerré el cuaderno de golpe y lo metí en la mochila antes de que mi amiga empezara a curiosear más.

—Mi diario —mentí.

—¿Tienes un diario? No lo

sabía.

Había demasiadas cosas que no sabía de mí. Nadie diría que seguía

siendo

mi

mejor

amiga,

cuando

prácticamente le escondía quién era yo

ahora.

¿Y quién era yo?

—No

hacía

falta

que

lo

guardaras así de pronto —continuó ella,

con una sonrisa—. No iba a mirarlo. De

todas formas, no creo que haya nada que

no sepa ya, y seguro que la mitad son

ñoñerías sobre Caleb. —Soltó una

carcajada, y yo forcé otra.

—Me has pillado. ¿Falta mucho

para llegar? —le pregunté, para cambiar

de tema.

Lo único que faltaba era que  
Audrey descubriera el diario de Hanna.  
Ya me había hecho mucho daño a mí.  
Era su naturaleza, como ella misma  
decía,  
y  
seguía  
siéndolo  
aunque  
estuviera muerta.

Poco a poco, Hanna me había  
arrastrado a un pozo sin salida.  
Lo que hacía no era normal. Que  
mi propósito en ese viaje fuera  
escaquearme de la comida en lugar de  
disfrutar, no era normal. Que me pusiera  
nerviosa sólo de pensar que tenía que  
pasar una hora más sentada, tampoco.  
Que en mi cabeza cada vez hubieran más  
números, definitivamente no era normal.

Pero, a diferencia de Hanna, yo  
estaba gorda.

Iba a dejar de estarlo, me lo  
prometí a mí misma. Fuera como fuera.

Por Hanna, para demostrarle que podía;  
por mí, para quererme de una vez; por  
Caleb, para que pudiera sentirse  
orgulloso de su novia.

Sólo necesitaba tiempo, más  
ejercicio y menos comida.

Iba a ser perfecta.

O eso pensaba.

### ***Capítulo doce.***

Llegamos al hotel cuando ya  
empezaba a hacerse de noche. Era un  
bonito edificio que parecía hecho de  
madera, asemejado a una cabaña pero  
mucho más grande. La nieve envolvía  
todo el paisaje y adornaba el tejado. Se  
veían las luces encendidas desde dentro

y el calor del fuego de la chimenea.

Nada más bajar del autobús empecé a tiritar, así que cargué las maletas y entré de las primeras, mordiéndome el labio.

Por más que me abrigara, e incluso junto a la calefacción del hotel, seguía teniendo frío.

Audrey y yo dormiríamos en la habitación 103. Caleb se había cogido una con otro amigo suyo en el mismo pasillo, para estar cerca de mí. Nos mandaron a dormir y nos avisaron de que mañana temprano comenzarían las clases de esquí para quienes quisieran.

Yo no quería, pero lo necesitaba. Eso parecía haberse convertido en mi nuevo lema.

No quería hacer ejercicio, pero lo necesitaba.

No quería pasar hambre, pero lo

necesitaba.

No quería mentir a la gente que me importaba, pero era necesario.

Al día siguiente nos despertaron temprano, nos hicieron vestirnos y bajar a desayunar antes de empezar con las clases de esquí en la pista. En las escaleras me encontré a Debra que, muy a su pesar, seguía en el colegio. Me dio un golpe en el costado y siguió andando, desprendiendo dureza y mal humor.

Todavía no la había visto sonreír con sinceridad, sólo con ironía o maldad.

Meses antes, el desayuno me hubiera parecido el paraíso. Nos sentaron en mesas redondas, yo entre Audrey y Caleb. Cada uno tenía un tazón con leche y cacao en polvo, y nos servían bizcocho o tostadas a elegir.

Sentía la presión de las miradas de los

demás,  
aunque  
fueran  
de  
rejo,  
dirigiéndose a mí.

No podía desayunar eso. Era una barbaridad y, sin embargo, todos mis compañeros estaban probando la torta sin ni siquiera pensárselo dos veces.

Pero yo no era capaz, llevaba demasiado tiempo desayunando como máximo media taza de leche. Y desde el atracón de Nochebuena, eso me parecía incluso demasiado.

No podía permitirme descansar ahora.

No estando tan lejos de los cuarenta y ocho.

Estuve removiendo la leche

durante mucho tiempo hasta que me decidí a beberla, a cucharadas, para que me llenara más. A mi lado tenía un plato pequeño con un trozo de bizcocho que debía desaparecer.

Aproveché

un

momento en el que toda la mesa estaba ocupada hablando para deslizarlo hasta la servilleta, envolverlo y metérmelo en el bolsillo de la chaqueta. Luego seguí pegando sorbos a la leche, como si nada hubiera pasado. Cada vez que notaba el calor del líquido por mi garganta, hasta llegar al estómago, era como si me clavaran una aguja en el pecho. Cada trago era un latigazo. Y sin embargo, tenía hambre.

Acabó la media hora del

desayuno, que se me hizo eterna, y todos se levantaron de la mesa con el estómago lleno y ganas de irse a esquiar.

En cambio, yo sólo quería encerrarme en mi habitación, llorar, dormir, olvidarme de todo, evadirme. Evitar el contacto con el resto del mundo. Ni siquiera quería que Caleb me besara.

—Grace, ¿te encuentras bien? — me preguntó Audrey, poniéndome una mano sobre el hombro. Quizás lo decía por las ojeras, que parecían haberse quedado grabadas en mi piel.

—Sí, sí —mentí—. Me acabo de acordar de que me he dejado los guantes en la habitación. Ahora vuelvo.

Intenté sonreír. Luego me di media vuelta camino a nuestro cuarto, aprovechando que todos salían a buscar el equipo de esquí.

Llegué con el corazón acelerado  
e hice lo primero que se me ocurrió:  
esconder el bizcocho en mi mesita de  
noche, en el primer cajón, al fondo,  
oculto tras el diario de Hanna.

Como ella diría: ya había  
ahorrado 220 calorías. O 150. Quizás  
sólo 100, «sólo». No lo sé, tendría que  
haberlo pesado o saber los ingredientes.

En casa era mucho más fácil, al menos  
cuando mis padres no estaban.

Me reuní con el resto de la clase  
en la pista, sonriendo como si nada  
hubiera pasado. Como si no estuviera  
destruyéndome a mí misma.

Descubrí que no me gustaba  
esquiar. Me daba pánico. Sentía que en  
ese momento mi vida era exactamente  
como montar en los patines por primera  
vez: torpe, resbaladiza, peligrosa. Sentía

que había alguien que me empujaba por la pista y yo no sabía frenar. Me deslizaba por la nieve, con miedo, incapaz de reaccionar; el aire me azotaba, cada vez iba más rápido y no podía pararlo. Hasta que chocaba contra el suelo, hasta que me caía.

Luego tocaba volver a subir para volver a tirarme. Para pasar miedo otra vez, para descontrolarme y acabar en el suelo. Fría.

En eso se estaba convirtiendo mi día a día.

A pesar del miedo, seguía repitiéndolo, seguía cayendo por la montaña con la esperanza de adelgazar.

A pesar de los mareos, seguía dejándome comida en el plato. A pesar de saber lo que estaba haciendo, algo dentro de mí me impedía parar de

hacerlo. Como si me hubiese vuelto  
adicta al daño.

Aunque, con el tiempo, se había  
normalizado todo tanto que ya ni  
siquiera lo veía como algo dañino.

Las clases acabaron antes de  
comer. Audrey y Caleb se habían ido a

otras

pistas

porque

ya

tenían

experiencia, así que tendría que esperar  
a que ellos también terminaran para

poder verlos. Cuando fui a guardar todo

el equipo tuve la mala suerte de

encontrarme con Debra. Seguía con el  
ceño fruncido, el pelo recogido en una

coleta y la cara quemada por el sol.

Ahora sé que debería haberme

quedado callada, pero la curiosidad me venció.

—¿Hay alguna razón por la que siempre estés de mal humor, Debra? — pregunté, sin mirarla.

—Nada que a ti te importe —me espetó—. ¿Hay alguna razón por la que sólo tengas dos amigos, marginada?

—No tienes ni idea —murmuré, apretando los dientes—. ¿Y tú, tan baja autoestima tienes que lo único que te satisface es meterte con los demás?

Nos quedamos solas guardando los esquís en las taquillas que habíamos alquilado. La sala estaba tan en silencio que me parecía oír la respiración acelerada de la chica. Apretó los puños y me dirigió una mirada de odio.

—¿Baja autoestima? ¿Pero quién te

crees?

—gritó—.

Tengo

más

autoestima de la que tú tendrás jamás,

anoréxica de mierda.

Sus palabras se me quedaron

clavadas como puñales.

—Yo no soy... —empecé, pero

ella me interrumpió.

—¿En serio piensas que no te he

visto? —Soltó una horrible carcajada

que dejó entrever sus desarreglados

dientes—. Escondes la comida, pones

excusas y crees que nadie te ve. Me das

tanta pena. Sólo quieres llamar la

atención, porque como estás tan

terriblemente

sola

te

crees

que

haciéndote la enferma te harán un poco

más de caso. Patético. —Pareció

escupir la última palabra.

Notaba

que

el

odio

iba

haciéndose más grande, aun sabiendo

que no había razones por las que debía

odiarla. Debra estaba mintiendo, en

parte, pero también decía la verdad. Su

comportamiento era molesto, su forma

de ser y de mirar a los demás por

encima del hombro me ponía de los

nervios y, aunque intentaba pararme

pensando que no sabía nada de ella y

por tanto, no podía juzgar, era inevitable

que la Grace impulsiva que había tenido retenida tanto tiempo saliera a la luz.

—No sabes nada de mí, idiota, deja de inventarte cuentos.

—¿Cuentos? ¿Como los de esa preciosa libreta que tanto lees? —Su sonrisa se ensanchó, con malicia—.

¿Qué, escribes ahí tus trucos para ser una princesita huesuda?

Ni siquiera pude pensar.

Fue como un acto reflejo. Debra pronunció la última palabra y mi mano se levantó automáticamente. Extendí los dedos, abrí la palma y le crucé la cara de una bofetada, que resonó por toda la habitación.

Debra ahogó una exclamación y espiró el aire. El silencio cayó sobre nosotras como una gran baldosa, envolviéndolo todo. La mejilla de la

joven se tornó roja y escuché cómo mi corazón se aceleraba. Quizás por miedo.

No era propio de mí. Yo no hacía daño a nadie, yo nunca me había metido en las peleas, ni siquiera era capaz de contestar. Solía poner los ojos en blanco y quedarme al margen, no lo que acababa de suceder. Debra parecía tan sorprendida como yo lo estaba.

Y furiosa, muy furiosa.

De pronto sentí que me faltaba el aire. Literalmente.

El fornido brazo de Debra me empujó contra la taquilla, hizo que rebotara en ella y me hiciera daño en la espalda. Intenté chillar, pero no podía.

Me ahogaba.

Debra me estaba rodeando el cuello con sus manos, con rabia y fuerza.

Sentía un picor horrible en la garganta.

Me costaba respirar. Ella me miraba con odio, sonriendo, mientras yo abría la boca intentando que el aire entrara, retorciéndome para tratar de apartarme de la taquilla. Le cogí los brazos, haciendo fuerza en ellos y clavándole las uñas, pero no se apartaba.

—¿Te crees fuerte, niñata asquerosa?

—me gritó—.

¡Podría partirte todos tus malditos huesos ahora si quisiera! Eres débil, estúpida. Una bofetada como esa no me duele, pero sí que me cabrea. ¿Era eso lo que querías, enfadarme más? ¡Gilipollas!

Me

dio

otra

sacudida,

levantándome. Tuve que ponerme de puntillas para no quedarme colgada.

Volví a chocar contra el metal de la taquilla y el candado se me clavó en la espalda.

Cada vez me costaba más que el aire llegara a mis pulmones.

Desesperada, arañé sus manos, pero no se apartaba. Al contrario, apretaba con más fuerza a cada intento que yo hacía de librarme de ella.

Parecía que quisiera matarme.

Le arremangué las mangas para clavarle las uñas de nuevo, como si ella fuera la pizarra y yo la tiza que chirría.

Pero me soltó nada más pasar mis dedos

por sus muñecas.

Noté el tacto de las cicatrices.

Noté también una herida abierta a causa del arañazo. Tenía su sangre en mis dedos.

Debra me soltó, sujetándose la muñeca izquierda y mirándome con los ojos desorbitados.

Caí al suelo y me quedé de rodillas con una mano en el pecho, respirando con dificultad. Era como si sus dedos siguieran ahí, en mi cuello.

Como un fantasma.

Alcé la mirada a tiempo de ver cómo Debra empezaba a temblar. Una lágrima resbaló por su mejilla, me miró con miedo, y acto seguido echó a correr fuera de la habitación.

Yo me quedé tendida en el suelo, jadeando, con los ojos húmedos. Me

dolía la cabeza y notaba aún la marca de sus uñas en mi cuello. El corazón me latía con fuerza contra el pecho y sentía que todo me daba vueltas.

Sin embargo, una imagen se me había quedado grabada en la mente: el destrozo en la muñeca de Debra, las líneas horizontales que la cruzaban, el color rojo de la sangre seca sobre antiguas cicatrices.

Debra no era la chica que fingía ser.

Porque, al fin y al cabo, todos teníamos secretos.

Pensé que el día no podía empeorar. Pero lo hizo.

Llegué a la habitación más tarde de lo normal después de la discusión con Debra. Durante el trayecto desde la sala de las taquillas hasta mi cuarto

había sacado tiempo para pensar, para pensar en muchas cosas.

Yo misma me daba miedo. Ya no me reconocía. Había pegado una bofetada a la chica, sin haberme podido contener. Le había arañado las manos, le había dejado marca y le había abierto una herida, haciéndola sangrar. Ella tampoco se había quedado corta, pero aun así, jamás pensé que yo haría lo que había hecho: dañar a una persona de ese modo, con tanta rabia.

Luego estaban las cicatrices que Debra ocultaba bajo las mangas de su camisa. Ese pasado —o presente— que escondía tras la faceta de chica dura.

Ese miedo que encubría con los insultos a los demás y el menosprecio. Esa coraza que parecía envolverla.

¿Quién era Debra en realidad?

¿Quién había sido antes de llegar al colegio?

Intenté apartar esas dudas de mi cabeza, porque ya tenía bastante con haber descubierto el terrible pasado de Hanna. No quería meterme en más historias. Con la última ya había llegado demasiado lejos.

Abrí la puerta de la habitación con cuidado, con miedo de molestar a Audrey, por si acaso se había quedado dormida tras un agotador día en las pistas. Aunque no era propio de ella.

Tantos años recorriéndose las montañas le habían dado mucha resistencia, toda la que no tenía a la hora de salir a correr.

Pero no estaba durmiendo, aunque sí sentada en la cama. En la mía. Con el pelo rubio suelto cayéndole a

ambos lados de la cara, ocultándola como si fuera un velo. Al ver lo que sostenía en sus manos noté que me volvía a faltar el aire.

En la izquierda sujetaba el trozo de bizcocho todavía envuelto que yo había escondido. En la derecha tenía el diario de Hanna, abierto, igual que el cajón de mi mesa de noche.

Su mirada se alzó al escucharme entrar y me fijé en sus preciosos ojos claros, inundados de lágrimas. Tenía la boca abierta y una expresión de incredulidad. Parecía estar sorprendida y decepcionada a la vez.

Como yo.

Me acerqué a ella cruzando la habitación a grandes pasos.

—Audrey, no es lo que crees...

—empecé, pero ella se apartó con

brusquedad. Dejó el bizcocho sobre la  
cama y apretó el diario contra su pecho.

No se atrevía a mirarme a los ojos—.

Audrey —repetí—. Deja el cuaderno,  
por favor.

Notaba un sollozo encerrado en  
mi rostro pidiéndome a gritos que le  
dejara salir. Pero aun así me contuve.

—Me has mentido —dijo ella,  
con la voz quebrada, clavando las uñas  
en la descuidada portada de la libreta—.

No es tu diario, es el de Hanna. Pero  
como si fuera tuyo...

Di un paso más hacia ella, pero  
se levantó de la cama de un salto. Se  
alejó de mí, dejando que unas pocas  
lágrimas resbalaran por sus mejillas.

—¿Es que no te das cuenta? —

sollozó—. ¡Hanna está muerta, Grace,  
muerta! ¡Y tú estás siguiendo sus

malditos pasos! —Alzó la libreta, pero un llanto que no pudo retener le obligó a bajarla de nuevo—. ¿Cómo no he podido verlo antes..? —murmuró, casi para sí.

Aquello estaba siendo demasiado para mí. Ver el diario en manos ajenas me producía miedo, temor, inseguridad. Sentía que ahora me pertenecía, que era ya una parte de mí. Una parte de mí que Audrey no debía conocer nunca.

—Audrey, no, no es así.

—¿Crees que soy idiota? —me espetó, comenzando a llorar—. ¡Grace, he visto cómo adelgazabas! ¡Te he visto salir a correr, apuntar lo que comes entre clase y clase, dejar de almorzar!

Dios, Grace, ¿por qué no me he dado  
cuenta antes...?

—No exageres, por favor —dije,  
intentando tranquilizarla—. Eso son  
tonterías mías, se me pasará. Estoy bien,  
Audrey, no como Hanna. Me dio el  
diario poco antes de morir, pero no  
había comenzado a leerlo todavía —  
mentí.

—¿Y pretendes que me lo crea?

—Soltó una carcajada, que con el rostro  
enmarcado de lágrimas y legañas secas  
resultó dolorosa—. No puedo confiar en  
ti, Grace. Lo siento. Estás enferma.

—No es verdad, ¿no me ves? —

contesté,

queriendo

creérmelo

yo

también—. Estoy bien. Sonrío. Como.

No estoy en los huesos. No me pasa nada, Audrey.

Ella suspiró, cansada.

—No puedes tener este diario —sentenció—. Por mucho que digas, estoy segura de que te está haciendo más daño del que piensas.

Empezó a caminar hacia la puerta, con decisión, evitando mirarme.

La cogí del brazo antes de que se marchara, pero ella seguía sin soltar la libreta.

—¿Adónde vas?

—A apartar esto de ti —dijo, refiriéndose al cuaderno—. A evitar que te haga más daño. No me esperes despierta; esta noche dormiré con Bree.

Y acto seguido se soltó de una sacudida y cerró la puerta tras de sí con un portazo. Antes de chillar su nombre

escuché un sollozo, pero cuando  
conseguí que mis resbaladizas manos  
abrieran la puerta de nuevo, Audrey ya  
se había desvanecido.

Pegué un puñetazo a la pared de  
pura impotencia.

No podía quitarme lo único que  
me comprendía. Audrey no me podía  
entender, por eso actuaba así, sin darse  
cuenta que el daño me lo estaba  
provocando ella al alejar el diario, a  
Hanna, de mí.

La rabia que llevaba dentro  
pareció extenderse por todo mi cuerpo.

Al rato me encontré llorando y  
descargando mi furia contra la madera  
de la pared, destrozándome los nudillos.

Pasé así toda la noche, hasta que el  
sueño pudo conmigo y me deslicé de  
nuevo a la cama, sin ser capaz de dejar

de llorar.

Nunca antes me había sentido tan sola.

### ***Capítulo trece.***

Aquella noche no logré dormir.

Ya estaba acostumbrada, pero esa vez me pareció todo un infierno. Las heridas que me había hecho en los nudillos me dolían, mi estómago rugía de hambre y yo lo golpeaba para acallarlo. Sin resultado.

Lo peor de todo es que no estaba segura de qué me afectaba más: separarme del diario o de Audrey.

Porque leer a Hanna ahora me hubiera ido bien. Igual que un abrazo de mi mejor amiga.

Pero a una mejor amiga ni se la miente ni se la engaña. En realidad, la Grace que yo creía conocer ni mentía ni

engañaba. Pero ya ni siquiera sabía  
quién era yo, y eso me destrozaba  
todavía más.

Desvelada, empecé a hacer  
ejercicio en la oscuridad, a modo de  
castigo. Estaba cansada, pero me lo  
merecía. Hice abdominales, sentadillas,  
flexiones, saltos y todos los tipos de  
ejercicios aeróbicos que recordaba.

Sólo paré cuando me empezaron a  
temblar las piernas y la respiración me  
fallaba. Caí en la cama, rendida, y  
dormí.

Sólo fueron tres horas de sueño,  
llenas de pesadillas, así que no puedo  
decir que descansara.

A las nueve de la mañana, unos  
golpes en la puerta me despertaron. Me  
aparté las legañas y fui hacia ella  
arrastrando los pies. Sentía que todo me

daba vueltas.

Caleb me esperaba al otro lado,  
con el cabello todavía despeinado y  
frotándose las manos, nervioso.

—Caleb —saludé.

—Grace... —contestó con un  
suspiro. Parecía que hubiera soltado de  
pronto todo el aire que retenía dentro—.

¿Estás bien?

Los labios me empezaron a  
temblar y, antes de que pudiera  
contestar, todas las lágrimas que parecía  
que había agotado la noche anterior se  
acumularon de nuevo en mis ojos. Me  
encorvé hacia delante en un sollozo,  
como si la tristeza fuera tan grande que  
no pudiera contenerla. Me cubrí la cara  
con las manos, y al poco tiempo noté  
cómo Caleb me rodeaba con los brazos,  
intentando consolarme.

Por primera vez, su compañía no  
era suficiente para aliviarme.

Nunca pensé que sería capaz de  
hablar abiertamente de mis miedos, de  
mi cabeza, de lo que me estaba  
sucediendo. Y hasta hoy, la única  
persona con la que fui capaz de hacerlo  
fue con Caleb.

Se quedó toda la mañana  
conmigo, en mi habitación, para que no  
me sintiera sola. Aun sabiendo que él  
adoraba el snowboard y que no tendría  
muchas  
más  
oportunidades  
para  
practicarlo, prefirió quedarse a mi lado.  
Y no entiendo por qué.  
Sólo había que mirarme: una  
chica que ya no era más que la sombra

de lo que un día fue. Con ojeras oscuras,  
labios secos y piel pálida, manos  
temblorosas y ojos vacíos. El pelo se  
me había vuelto lacio, me daba miedo  
peinarme  
por  
si  
acababa  
arrancándomelo a mechones. Llevaba  
sobre mí capas y capas de abrigos y  
seguía tiritando.

Lo peor de todo es que yo  
pensaba que no me pasaba nada. Porque  
no había adelgazado apenas, cuatro kilos  
como mucho. Después de estos días,  
quizás un poco más. Y claro, desde  
siempre había relacionado la anorexia  
con gente en los huesos, que no era  
capaz de comer nada en semanas, como  
Hanna. Pero no era mi caso. Yo sí que

comía, yo tenía carne donde agarrar.

Demasiada.

Aquella mañana hablé con

Caleb. No de Hanna, eso era algo que

me guardaba para mí. Le hablé del

miedo. Las palabras salieron de mi boca

antes de que yo pudiera evitarlo, como

si desearan que, por una vez, alguien las

escuchara.

Lloré mucho. Traté de explicarle

lo que sentía cuando me ofrecían algo

para comer. Intenté que entendiera cómo

era la sensación de odio, la impotencia

de haber comido y haberlo echado todo

a perder. Le hablé del cansancio, tanto

del físico como del mental, que era el

peor que había sufrido. Era un constante

dolor de cabeza, un malestar continuo.

Hubo momentos de silencio, en

los que yo lloraba y él se conformaba

con acariciarme, sabiendo que nada de lo que dijera podía consolarme.

Caleb apenas hablaba. No sabía qué pensaba ni si me entendía. Estaba escuchando, porque se le veía en sus ojos, igual que podía distinguir una gran preocupación. Pero no tenía nada de lo que preocuparse ya.

O eso pensaba yo.

—Caleb

—dije

al

final,

frotándome un ojo con la manga del jersey—. Siento habértelo soltado todo, es sólo que... Necesitaba explotar.

—Lo

sé

—contestó,

apretándome con fuerza contra él. Al

cabo de unos segundos siguió hablando

—: No te preocupes, Grace. Al menos ahora sé que estaba en lo cierto.

Levanté una ceja.

—¿A qué te refieres?

—Hay cosas que se ven, y lo sabes. Igual que yo vi que sonreías menos, que te preocupas más, que comías menos y adelgazabas más.

Abrí mucho los ojos. Me sorprendió lo que dijo porque, a mi parecer, los kilos que había perdido apenas se me notaban. Cada vez me veía más y más gorda, y cada vez quería bajar más y más de peso.

—Es más que eso.

—Ya lo sé.

—Tú... —empecé, pero el labio comenzó a temblarme al recordar las palabras de Audrey—. ¿tú también crees

que estoy enferma?

Le miré a los ojos, ahogándome  
en ellos.

No me contestó.

Sólo bajó la mirada y tragó  
saliva.

—No —murmuré—. Mírame,  
Caleb, estoy... —Rota, llorando, vacía,  
desesperada, confusa—... bien.

—Si lo estuvieras no habrías  
explotado como tú dices, Grace.

Me cogió de las manos y me dio  
un beso en la frente, cargado de cariño.

Un cariño que yo había estado ignorando  
durante mucho tiempo, que había dejado  
olvidado, atascado. En los últimos días  
apenas me había acordado de que Caleb  
era mi novio. Pero es que ni siquiera  
había recordado quién era yo.

Un nuevo suspiro y las lágrimas

volvieron a surcar mis mejillas,  
dibujando ríos sobre mi piel. Cayendo  
despacio, como si me acariciaran.

—¿Aún me quieres después de  
todo lo que te he contado? —pregunté,  
con la voz quebrada.

Si antes ya lo dudaba, ahora que  
había descubierto ese lado de Grace que  
yo tanto odiaba, me costaba más  
creérmelo.

—¿Que si te quiero? —repitió,  
confuso. Se puso cara a mí y me obligó a  
alzar la mirada colocándome una mano  
bajo la barbilla—. Escúchame, Grace  
—susurró—, te quiero el doble de lo  
que te quería ayer. Y así me ocurre todos  
los días, desde que te conocí. Pase lo  
que pase voy a seguir aquí. Queriéndote  
cada día más.

Se inclinó hacia delante y me

besó.

Despacio, suave, con cariño, con cuidado, con miedo. Como si temiera que me fuera a romper.

Yo, en cambio, lo que temía era que esto acabara rompiéndole a él.

Ni Audrey ni Debra me dirigían la palabra, ambas por la misma razón: el miedo. La primera tenía miedo de descubrir quién era yo, de lo que podía hacerme y de cuántas cosas más le habría ocultado. La segunda temía que contara su secreto. Pero aunque me costara reconocerme, no sería una persona tan cruel. Por mucho que ella se hubiera pasado las anteriores semanas expandiendo el rumor de que «Grace es anoréxica»,

yo

no

jugaba  
con  
enfermedades  
tan  
graves.

Porque,  
quisiera verlo o no, hacerse daño a uno  
mismo era tan distorsionado como  
cualquier otra enfermedad mental.

Precisamente por eso, y por el  
carácter arisco que Debra se había  
esforzado en demostrar desde que llegó  
al colegio, me sorprendió encontrarlas  
hablando en la sala común al día  
siguiente.

La amplia espalda de Debra  
hacia que solamente pudiera atisbar  
algunos mechones del dorado cabello de  
mi amiga. Cuando oyeron mis pasos  
bajando los escalones, sus murmullos se

apagaron. Debra echó una rápida mirada por encima de su hombro. Al verme, bajó la vista al suelo y se fue con prisa, sin añadir nada más.

En la sala nos quedamos solas Audrey y yo. Sentí que el corazón se me paraba un segundo al ver que sujetaba entre sus manos el diario de Hanna, con la oscura portada ya hecha polvo.

La miré a los ojos y ella desvió la mirada con brusquedad, andando apresuradamente hacia su derecha.

Hacia los sillones. Hacia la chimenea.

—Audrey, ¿qué...? —murmuré, pero mi cabeza tardó en darse cuenta de lo que pretendía hacer.

—Lo siento Grace, pero lo hago por ti —dijo, rompiendo el silencio de la habitación.

Fue como verlo todo a cámara

lenta.

Ella apartándose el pelo, el  
crepitar de las llamas en la chimenea, el  
cuaderno soltándose de su mano. La voz  
de Hanna en mi cabeza: «Te lo juro,  
Grace Montgomery, la próxima vez que  
me veas pareceré hecha de cristal».

Tenía la sensación de que la cabeza me  
iba a estallar.

Me pareció escuchar su grito  
cuando el delicado diario cayó sobre el  
fuego. Las hojas salieron del interior y  
empezaron a volar, como si se tratara de  
un baile fatídico con las llamas, hasta  
depositarse sobre la madera ardiendo.

Se arrugaron, la tinta se desvaneció. En  
unos segundos todo se redujo a cenizas.

La voz de Hanna. Sus recuerdos.

Su dolor. Mi apoyo.

Todo.

Quise chillar, pero mi garganta  
estaba seca. Las lágrimas se acumularon  
de nuevo en mis ojos sin ni siquiera  
poder impedirlo. Me dio tiempo a ver  
cómo Audrey se apartaba del fuego, me  
miraba con miedo, como si no me  
reconociera, y echaba a correr para  
dejarme sola.

Totalmente sola.

Con los restos de lo único que  
me había entendido los últimos meses.

Era como volver a ver morir a  
Hanna, y no podía soportarlo.

Sabía que era ilógico sentirme  
así, pero se me habían acumulado  
demasiadas cosas. El odio hacia mí  
misma, la decepción en los ojos de  
Audrey, la tristeza en los labios de  
Caleb, la rabia en las muñecas de  
Debra. El trozo de bizcocho, el reflejo

del espejo, las horas de ejercicio que parecían inútiles, el miedo, la cama vacía y las ojeras permanentes.

Sólo quería desaparecer.

En su defecto, eché a correr tan

lejos

como

mis

piernas

me

lo

permitieron. Salí del hotel sin más

abrigo que el jersey que llevaba puesto,

notando como el aire frío me azotaba la

cara y me erizaba el vello. El sol se

puso y las pistas se volvieron oscuras;

apenas quedaba gente esquiando.

Las lágrimas me dolían. Se

clavaban en mi piel, frías como

témpanos. El pelo me cruzaba la cara,

pero no me importaba. En aquel  
momento no pensaba en nada, no quería  
ver nada, sólo quería escapar. Huir.

Lejos de mí.

Pero el dolor era como una  
sombra que me perseguía, que siempre  
estaba ahí por mucho que corriera.

Salté la valla de metal que  
separaba las pistas de esquí del exterior,  
sin ni siquiera ser consciente. Me perdí  
entre árboles, abetos, pinos y nieve,  
apartando las ramas con la mano y  
dejando que algunos arbustos espinosos  
me hirieran la piel.

Sollocé, grité, ahuyenté a las  
aves nocturnas, mientras las primeras  
estrellas empezaban a verse. Pero me  
sentía demasiado desgarrada como para  
contemplarlas. Por mí podían apagarse  
todas.

Entonces me paré en seco, a sólo  
unos pasos de un enorme acantilado. La  
nieve del borde cayó y se perdió en el  
vacío. No quise mirar abajo.

Di

un

paso

hacia

atrás,

intentando recuperar el aliento. Me  
aparté el pelo de la cara. Estaba  
tiritando, y, otra vez, no sabía si era por  
el frío o por el miedo.

Los latidos de mi corazón  
repicaban en mis oídos y el viento  
parecía estar cantándome.

Caí de rodillas en la nieve, con  
un sollozo, dejando que el hielo me  
abrigara.

Sentía que lo había perdido todo.

No sólo a Hanna, también a  
Audrey. Caleb no me volvería a ver  
igual. Y había perdido todo lo que  
quedaba de la antigua Grace. Ya no era  
nadie; estaba sola, desorientada, vacía.  
En aquel momento sólo podía  
pensar que todo estaría mejor sin mí.  
Que Audrey no tendría nada de lo que  
preocuparse, Debra mantendría su  
secreto a salvo, Caleb podría encontrar  
a alguien mejor. Nadie me necesitaba.  
Me puse en pie costosamente. Di  
un par de pasos, acercándome más al  
borde. Lo suficiente para poder ver el  
fondo alargando el cuello. A sólo un  
paso se abría un enorme abismo, de por  
lo menos cien metros hacia abajo. Se oía  
el viento aullar y se veían algunos  
arbustos perdidos sobresaliendo de las  
rocas, pero nada más. Al fondo solo

había nieve.

Pero también vi una solución.

Una vía de escape.

Bastaría

un

momento

de

desequilibrio o una zancada torpe para

acabar cayendo por el precipicio, pero

mis pies nunca habían estado tan

anclados al suelo. Era como si alguna

fuerza me retuviera, intentando que

conservara la vida.

Luego estaba la voz que me

empujaba a dar un paso adelante. Un

solo paso y todo terminaría. Llegaría la

paz, la luz. No sentiría nada, no tendría

por qué llorar más. Merecía desaparecer

de una vez.

Estaba decidida. No quería vivir

más, no así. No ahora, que no me quedaba nada. Apreté los puños, respiré hondo. Alcé un pie.

En aquel momento no pensé en lo que pasaría después. No pensé en las manos

temblorosas

de

mi

padre

cogiendo el teléfono a las tres de la madrugada, en el grito desgarrador de mi madre al saber la noticia, en los ojos vacíos y las noches en vela que iban a pasar. No pensé en que Caleb jamás sería capaz de volver a amar a nadie, en que Audrey acabaría siguiendo mis pasos de lo culpable que se sentiría y perdiendo toda esa luz que llevaba dentro. No pensé en toda esa gente que

me conocía y lloraría mi pérdida. En mi pequeña prima Marie, dejando un dibujo suyo en mi tumba y preguntándose por qué me fui. En esa vida que nunca habría vivido, esos hijos que nunca tuve, esa historia que no se escribió.

Por suerte, unos brazos me abrazaron por la espalda antes de que dejara caer todo mi cuerpo hacia el abismo.

Hizo que me desplomara hacia atrás, sobre la nieve. Me sujetaba con fuerza, como si temiera que pudiera resbalarme. Notaba su corazón latir en mi espalda.

Giré la cabeza y me encontré con Caleb; su cabellera rubia cubierta de copos de nieve, los labios morados y cortados y las mejillas surcadas de lágrimas. Respiraba con pesadez y tenía

la cara apoyada en mí, como si temiera  
que pudiera marcharme.

Y no era de extrañar, porque si  
hubiera llegado dos segundos más tarde  
yo ya no estaría aquí.

—Grace... —murmuró como  
pudo, temblando. No abrió los ojos.  
Tenía la voz rota y parecía un niño  
pequeño asustado por una pesadilla—.

Grace, por favor, no. No —repitió.

Despacio, me separé de él y me  
incorporé, mirando el acantilado, ya a  
bastante distancia de nosotros. Caleb se  
quedó a mi lado, hecho un ovillo,  
sollozando.

No sabía qué decir. Sentía que  
tenía la mente en blanco.

—Caleb...

—le

llamé,

pasándole la mano por el pelo.

De pronto volví a vivir todo lo que acababa de suceder, como si lo viera desde fuera. Las cenizas del diario de Hanna, mi desesperación, mis llantos, la huida, el dolor, el acantilado, mi decisión, mi templanza. Iba a acabar con todo, borrar me del mapa como si jamás hubiera estado ahí.

Pero no es así. Si yo no existiera nada sería como es ahora.

Sólo que segundos antes era incapaz de verlo.

Caleb se incorporó, intentó apartarse las lágrimas de los ojos y se puso de cara a mí, mirándome por primera vez en toda la tarde. Sus ojos rebosaban miedo, grande e intenso.

Miedo a perderme.

—Grace, si tú caes, yo caigo.

¿Me oyes? —Se mordió el labio y me rodeó con los brazos, muy fuerte. Yo respondí a su abrazo, hundiendo la cabeza en su hombro y dejando caer las últimas lágrimas, con la esperanza de así poder vaciar toda la desesperación que llevaba dentro.

### ***Capítulo catorce.***

Caleb me levantó del suelo y me alejó de aquel lugar, metiéndonos de nuevo en la espesura del bosque. Se quitó el abrigo que llevaba y me lo puso sobre los hombros. Caminaba abrazada a los codos, con la mirada fija en el suelo y observando como el vaho salía entre mis labios cada vez que respiraba. Ya era totalmente de noche y seguía teniendo miedo.

Estuvimos

andando un buen rato entre la espesura,  
ambos en silencio. La vuelta se me hizo  
mucho más larga que cuando había ido  
hacia el acantilado, arrastrada por la  
desesperación.

Aún no era consciente de que si  
seguía viva era gracias a Caleb.

—¿Cómo me has encontrado? —

pregunté a mitad camino, sin atreverme a  
mirarle.

—Te vi salir del hotel corriendo.

Estaba en la pista, guardando las últimas  
cosas del equipo. Pero vi que estabas  
llorando y... lo dejé todo. Te seguí. Te  
llamé. No me escuchabas —suspiró—.

Te perdí de vista unos segundos y  
cuando te volví a encontrar estabas a  
punto de caerte.

El silencio cayó sobre nosotros,

doloroso como un bloque de cemento.

—En ese momento te juro que  
sentía que lo perdía todo, Grace —  
susurró entonces.

Y no se me había ocurrido  
pensar en él ni por un segundo. Pensaba  
que estaría mejor. Que encontraría a  
alguien que sanaría todas sus heridas y  
que no le daría más dolores de cabeza.

—Lo siento —murmuré—. No sé  
en qué estaba pensando...

En nada. Nada. Sólo quería  
desaparecer.

Caleb suspiró y se detuvo de  
golpe.

—Creo que tienes demasiadas  
cosas en la cabeza, Grace, y todas te  
hacen daño. ¿Has pensado en ir a un  
psiquiatra?

Tenía las cejas arqueadas hacia

arriba, preocupado. Sin embargo, a mí  
me dio la sensación de que me insultaba.

Me aparté de él con brusquedad,  
ofendida.

—¿Piensas que estoy loca? —Le  
fulminé con la mirada—. ¡Por Dios,  
Caleb!

—Yo no he dicho eso.

—Estoy

bien

—le

corté,

intentando creérmelo—. Estoy bien, en  
serio, no me tienes que mandar a ningún  
loquero.

—Grace, si no llega a ser por mí  
te hubieras tirado por ese maldito  
precipicio. ¿Eso es estar bien?

Respiré hondo, apretando los  
puños.

—Sólo se me han cruzado los cables. No me pasa nada.

—¿Y lo de la comida?

—No es nada —repetí. Lo último que necesitaba ahora es que se preocuparan por mí. Desde que Audrey y Caleb se habían enterado de lo que me pasaba las cosas sólo iban a peor.

Vivían mejor sin saberlo—. De verdad, olvida todo lo que te dije. Son tonterías que me han dado esta semana, pero se me pasará. Nada es grave. Exageré un poco.

Él puso los ojos en blanco y decidió no seguir dándole vueltas al tema. Lo conocía demasiado como para no darme cuenta de que, aunque quería creerme, no lo hacía. De que la preocupación no iba a desvanecerse, que a partir de aquel momento iba a

estar pendiente de mí y de mi bienestar todo lo que pudiera. No se creería mis «estoy bien» nunca más. No dormiría por las noches temiendo que yo escapara de nuevo, temiendo que mis demonios me vencieran.

Le había condenado. Notaba el cansancio en sus ojos, el agotamiento de tener que arrastrar mis cadenas consigo.

Y si le preguntaba acerca de ello lo negaría, diría que no le importaba porque me quería. Pero es que yo también le quería a él, más de lo que había querido a nadie, y sabía que no se merecía tener que preocuparse por aquellas cosas. Merecía una chica que le hiciera reír, olvidarse de sus problemas, que le llenara; no una a la que tuviera que obligar a comer o agarrarla para que no se lanzara al vacío.

Más razones por las que me  
odiaba.

Me daba la sensación de que no  
me  
quedaban

más

lágrimas

que

derramar, sin embargo, sentía todavía un  
nudo en la garganta. Audrey no vino a  
dormir aquella noche tampoco y, con el  
diario de Hanna hecho cenizas, me  
sentía más sola que nunca.

Pero también estaba demasiado  
cansada para pasear o hacer ejercicio.

El insomnio me condujo hasta la  
pequeña mesa que había en la  
habitación, me hizo encender la luz,  
coger lápiz y papel e intentar poner por  
escrito todo aquello que guardaba para

mí. Aquello que sólo sería capaz de contarle a una persona. Sólo a una, y no iba a volver.

Las palabras fluyeron por el folio en blanco como si fueran las aguas de un río. Parecía que se escribieran ellas solas.

*Odiada Hanna:*

*Sí, odiada, porque no tengo razones para quererte. Digo ahora lo que tú le dijiste a tu diario: eres mi arma, mi esclava, y parece que estés aquí sólo para recordarme lo que me ocurre.*

*Aunque, si hay algo que no comparto con esa frase es el hecho de que tú seas mi esclava. En realidad, creo que la esclava aquí soy yo.*

*¿Sabes cómo era todo hace muchos meses? ¿Antes de que el*

*colegio comenzara, antes de que te  
hablara? El verano había sido genial.  
Audrey y yo nos pasábamos todos los  
fines de semanas colándonos en fiestas  
al aire libre, quedándonos despiertas  
hasta que amanecía, ella bailando y  
ligando y yo mirándola y cuidándola.  
Aunque  
no  
fuera  
mi  
ambiente,  
disfrutaba viéndola feliz. Disfrutaba  
con la música alegre, con algún  
comentario tonto y cualquier cosa que  
me hiciera reír. Me bañaba cada día en  
la piscina, jugaba a aguantar la  
respiración debajo del agua y competía  
con mi mejor amiga para ver quién  
estaba más morena. Comprábamos*

*pizza para cenar cada viernes y la  
acompañábamos siempre de una buena  
película. Las noches despejadas nos  
tumbábamos donde fuera para poder  
ver las estrellas. Cuando estaba sola  
devoraba las estanterías, me quedaba  
leyendo hasta la madrugada, viviendo  
otras  
historias.*

*Por*

*las*

*tardes*

*comprábamos una tarrina de helado y  
nos la acabábamos entre Audrey y yo  
en menos de una hora. La sonrisa no se  
escapaba de mi rostro, y era sincera,  
real.*

*Entonces llegaste y... se apagó*

*todo.*

*Me da miedo el verano sólo por*

*el hecho de pasar calor, tener que enseñar mi cuerpo y exponerme. ¿Crees que antes hubiera pensado en eso? No. Para nada. Ahora sé que esas meriendas de helado y esos viernes de pizza no existirían, que no bucearía ni saldría a bailar con otro propósito que no fuera quemar calorías. Que sólo escucharía música triste y tendría ganas de ahogarme y acabar con todo de una vez. Las únicas sonrisas que la gente vería serían falsas.*

*Y todo fue porque me enseñaste quién eres. Qué pensabas, por qué lo hacías. ¿Y cómo no iba a empezar a sentirme como tú? Si al final parecía que tu mente se conectaba con la mía, que tus miedos eran los míos. Sólo nos diferencian diez kilos.*

*Pero estoy en camino y, con*

*suerte, llegaré a ser tan bella y frágil  
como tú.*

*Eso es lo único que busco  
ahora. Pienso que me dará felicidad. O  
quizás no. No lo sé. Ya no sé ni por qué  
lo hago, sólo sé que no sé parar.*

*Ya no puedo ser la chica de  
antes, no puedo reír más de cinco  
minutos seguidos, no puedo comerme  
un trozo de bizcocho sin intentar  
vomitarlo después. ¿En qué clase de  
monstruo me he convertido? ¿En qué  
me has convertido, Hanna?*

*Tú, siempre eres tú, siempre  
estás ahí, siempre te escucho. Me haces  
sentir enferma. Luego me dices que no  
es suficiente, que no necesito ayuda.*

*Después soy una mierda de persona, y  
eso sí que lo apoyas. Me dices que si  
no como seré perfecta. Te enfadas*

*cuando lo hago. Me haces pensar que  
no merezco seguir en este mundo.*

*Y sin embargo... Te necesito.*

*Porque ya formas parte de mí. Ahora  
no existo si no es contigo. No sé cómo  
volver a ser yo. Sólo sé que a tu lado, a  
veces, todo el sufrimiento se me hace  
más llevadero. Y ya que no puedo hacer  
que cese, al menos puedo escucharte y  
sentirme algo comprendida.*

*Aunque*

*ahora*

*sólo*

*puedo*

*imaginar tu voz, porque todas tus  
palabras se las ha llevado el fuego.*

*No es difícil. Sé qué me dirías*

*ahora mismo:*

*«¿Tienes*

*hambre?*

*Duerme.*

*¿Mañana tendrás hambre? Duerme*

*más.*

*¿No*

*puedes*

*dormir?*

*Haz*

*ejercicio. No comas. No te hace ningún*

*bien. Estarás más guapa con menos*

*kilos. Más delgada. No les digas nada*

*a nadie, o se preocuparán sin sentido y*

*querrán llevarte al psicólogo por estar*

*como una puta cabra. Mira a Caleb,*

*tan atado a ti. ¡Déjale vivir de una vez!*

*¿No te odias? ¡Deberías odiarte más! Y*

*castigarte.*

*Tu*

*barriga*

*no*

*está*

quejándose, está aplaudiendo. Bebe  
agua. Ni siquiera bajes al comedor. No  
sirve de nada. Distráete. ¿Has comido?  
¡Maldita cerda! Ni se te ocurra volver  
a probar bocado. Pásate la noche  
haciendo abdominales hasta sudar.  
Llora, que te lo mereces. Castígate.  
Golpes, arañazos, me da igual, pero te  
mereces todo ese sufrimiento. Mírate al  
espejo. Qué asco das, tan gorda. Aún te  
sobran cinco kilos. Quizás más. Ocho.  
Diez. Los que hagan falta. ¿Dónde  
están tus huesos? ¿Por qué no se ven?  
No  
sirves  
para  
nada,  
Grace  
Montgomery. Para nada».  
Te demostraré que te equivocas,

*Hanna.*

*Seré perfecta. Seré frágil.*

El sueño me venció y dejé que el lápiz resbalara entre mis dedos. Con un suspiro, arrugué el papel, dispuesta a lanzarlo a las cenizas a la mañana siguiente, con la esperanza de que se reuniera con Hanna. Fui hasta la cama arrastrando los pies y caí sobre ella, vencida, dejando que Morfeo me meciera en sus brazos hasta quedarme dormida.

Cuando me desperté seguía adormilada. Se había hecho tarde, pero no me importaba perderme las clases de esquí sabiendo que nadie me echaría de menos. Además, a nuestro tutor tampoco parecía importarle. De todas formas, el viaje no lo había pagado él.

Me vestí con lo primero que

encontré, me peiné y cogí el papel  
arrugado donde había escrito la carta a  
Hanna.

Bajé al vestíbulo en silencio. No  
quedaba nadie en el hotel, sólo se veía a  
los trabajadores pasar velozmente,  
recogiendo las habitaciones o barriendo  
el suelo. Todo el mundo estaba  
demasiado  
ocupado  
viviendo  
y  
disfrutando afuera, en la nieve, en el  
frío.

Llegué a la planta baja y me  
dirigí hacia la chimenea, rodeada por  
dos sillones y un sofá. El crepitar del  
fuego parecía ridículo con la luz del día.  
Me senté cara a ella, observando el  
silencioso baile de las llamas. Dejé que

la carta volara hasta ellas, uniéndose,  
meciéndose,  
destrozándose  
y  
consumiéndose hasta que todo se volvió  
cenizas.

Hanna era el fuego y yo era el  
papel.

Me recosté sobre el sofá y cerré  
los ojos, queriendo dormirme de nuevo.

Sin embargo, el sonido de alguien  
sentándose en el sillón de mi derecha  
hizo que desviara la mirada.

Debra estaba encorvada en el  
asiento, mirando el suelo y jugueteando  
con las manos. Tenía las cejas  
inclinadas, como si temiera algo, y una  
mueca triste. A pesar de su figura  
fornida parecía una niña pequeña  
pidiendo ayuda, indefensa.

—Buenos días —dijo. No le contesté. No tenía razones, y no quería que volviera a intentar matarme. Al ver que no decía nada, siguió hablando, con la voz apagada—: Siento mucho lo del otro día. Se me fue de las manos.

Abrí  
mucho  
los  
ojos,  
sorprendida.

¿En  
serio  
estaba  
pidiéndome perdón? ¿Debra, la joven  
que hacía que todos se apartaran al verla  
pasar? ¿La chica dura que no permitía  
que nadie le hablara a menos que ella  
quisiera escucharle?

Dentro de mí todavía había una

niña demasiado buena, que se preocupa por los demás y que era incapaz de odiar a nadie. La misma que aceptó sus disculpas, con el corazón encogido, y dijo:

—No importa. Fue culpa mía, no debí haber empezado.

Siempre es culpa mía.

Debra se quedó en silencio y la oí suspirar. Se secó las manos en los pantalones y me miró, preocupada.

—Necesito

hablar

contigo,

Grace —susurró.

No parecía la Debra que había conocido. Aunque, la verdad, no creía que la Debra que conocía fuera la verdadera. Igual que ella tampoco había visto a la Grace real.

—Yo... —titubeó—, yo conocí a  
Hanna Miller.

Al escuchar su nombre en los  
labios de otra persona sentí que el  
corazón se me paraba.

—¿Qué?

—Sé

que

tú

también

la

conociste. Ayer... —Hizo una pausa,  
preparándose para hablar—, ayer vi  
cómo Audrey bajaba con prisa y se le  
cayó una hoja por el camino. Reconocí  
su letra, la de Hanna. He estado con ella  
mucho  
tiempo  
como  
para

no

reconocerla.

Me quedé con la boca abierta,  
incapaz de articular palabra, así que

Debra siguió hablando:

—Paré a Audrey cuando llegué  
al vestíbulo. Me habló de lo que estaba  
pasando, del diario de Hanna y de ti.

Fue entonces cuando llegaste.

Tragué saliva, incómoda. No  
parecía que fuera Debra quien hablara.

Parecía que tuviera miedo de mí, o de  
alguien, de abrirse a los demás.

Le animé a que continuara,  
acercándome un poco más a ella e  
intentando mirarle a los ojos.

—Pero, ¿cómo sabías quién era  
Hanna?

Ella se obligó a forzar una  
sonrisa, alzando una ceja.

—Bueno, no es fácil olvidarse  
de ella —dijo.

Tenía razón. Desde que la había  
conocido, desde esa mañana enfrente de  
su pupitre, su voz seguía en mi cabeza y  
parecía que me acompañara a todas  
partes. De algún modo, estaba conmigo.  
Y aquello era inquietante.

—Yo iba al mismo colegio que  
Hanna antes —continuó Debra—. Pero  
han cambiado muchas cosas. Creo que  
tengo que hablarte de ella, prevenirte...

—¿Prevenirme de qué? Hanna  
está muerta.

—No del todo —contestó, con la  
mirada sombría, al mismo tiempo que se  
descolgaba la mochila y sacaba de ella  
un montón de papeles que parecían  
haber sido arrancados con fiereza.

Por un segundo, sentí que el aire

no me llegaba a los pulmones.

La razón por la que todo se había desencadenado, esa gota que faltaba para colmar el vaso, las esposas que me retenían desde hacía meses, la fina caligrafía de una chica que murió mucho antes de que su corazón dejara de latir.

Algo que creía haber visto volverse ceniza.

El interior del diario de Hanna.

Debra me lo tendió, alejándolo de ella, como si quemara.

—Le pedí a Audrey que me lo diera a mí. Pensé que si Hanna quería que los tuvieras sería por algo, ¿no? Y de todas formas el daño ya está hecho.

Ignoré su última frase y cogí los papeles. Empecé a pasar las páginas, sonriendo al reconocer las fechas, los momentos, las gráficas, los números, los

dibujos y el alma de Hanna encerrada  
entre líneas.

—No

sabes

cuánto

te

lo

agradezco, Debra. —Nunca pensé que  
diría algo así, precisamente a ella.

Pero es que había descubierto  
una Debra diferente. Quizás la real. Ya  
no parecía tan grande ni tan fuerte, no  
parecía tan cruel. Sólo una joven  
encogida de hombros con el miedo  
reflejado en sus pupilas.

—¿Eras muy amiga suya? —me  
preguntó.

—¿Y tú? —Intenté desviar la  
pregunta, ya que lo último que quería era  
contar mi relación con Hanna. Porque ni

siquiera yo la entendía.

—No. —Se encogió de hombros

—. No, para nada.

Suspiró y se recostó en el sofá,

cerrando los ojos antes de añadir:

—No, es difícil hacerse amiga

de alguien que consiguió que odiara la

vida.

***Capítulo***

## quince.

Debra entrelazó las manos y frunció el entrecejo, como si pensar le hiciera daño. Se arremangó el suéter, presa del calor de la chimenea, y suspiró antes de volver a hablarme. Su voz parecía cambiada, más madura.

Toda ella era una chica distinta, como si se hubiera desprendido de su disfraz.

—Quiero que sepas que nunca he contado esto a nadie, y no sé qué narices hago contándotelo a ti. —Ahí estaba la Debra que yo conocía—. Pero me fijé en lo que te pasaba, y ahora que veo que, en parte, es por culpa de Hanna, siento la necesidad de contarte qué me pasó.

Qué hago aquí y por qué... —Movié la muñeca izquierda, dejando ver las cicatrices rojizas que la adornaban. Las

acarició con la otra mano para después bajarse la manga—. Por qué me hago esto.

Y esa era la verdadera Debra. La abandonada, la que se sentía sola, la que se odiaba y quería ser otra persona.

—Bueno, como ya te he dicho, antes de venir a este colegio iba con Hanna y sus amigas a una escuela privada repipi que nos obligaba a vestir de uniforme y hablar como señoritas. En fin, —Hizo un gesto de indiferencia con la mano—, yo llevaba toda la vida yendo ahí, aunque... —Tragó saliva; se notaba que no estaba muy cómoda hablando del tema. Me parecía increíble que aquella fuera la misma chica que había estado a punto de ahogarme—, no encajaba bien.

Supongo

que

era

diferente. Era sólo una niña, ¿sabes? Y

lo único que buscaba era sentirme como

una más, querida, aceptada. Todos los

recreos observaba a Hanna, Faith,

Gabrielle y a las demás, y las envidiaba.

Se las veía muy felices y unidas. Las

cinco

preciosas,

altas,

delgadas,

sonrientes, populares, tan amigas...

Quería formar parte de ese grupo, eso

era la único que quería.

Por un momento vi la imagen de

esa pequeña Debra, con dos coletas, los

hombros anchos y moratones en las

rodillas, esperando en un rincón del

patio a que alguna de las cinco chicas se dignara a jugar con ella.

—Luego crecí. No voy a entrar en detalles porque, sinceramente, no te importan. Lo pasé mal, punto. No te cuento esto para que te compadezcas de mí, sólo para que seas consciente de dónde te estás metiendo. —Levantó una ceja, con dureza, y siguió hablando tras soltar aire—: Si de niña no me hacían caso, en la adolescencia menos. ¿Por qué? Porque no destacaba. Iba a jugar con los chicos de otra escuela a fútbol y ellos me miraban mal por ser una tía. Un grupo de chicas se dedicó a hacerme la vida imposible en clase. Me insultaron de todas las maneras que puedas pensar, llegaron a pegarme e incluso intentaron tirarme por las escaleras. Huía de ellas y sentía que tenían poder. Que todo el

mundo las idolatraba. Quería sacar toda la fuerza que tuviera para ser como ellas, una chica dura y temida, para que me trataran con respeto. Pero la etiqueta de «débil», «rara» y «marginada» ya la tenía puesta. Quizás esa es una de las razones por las que aquí aparento ser lo que no soy. —Su mirada se nubló, relajando los músculos del rostro—.

Bueno, mientras todo el asunto del acoso escolar pasaba, yo estaba callada.

Siempre. Mis padres no sabían nada del infierno que yo vivía, porque yo no lo consideraba como tal, creía que era lo que me merecía. Pero seguía viendo a Hanna y a sus amigas en clase, tan delicadas, femeninas y felices. Pensaba que mi reputación no había llegado a sus oídos y que aún tenía oportunidad de ser una de ellas. Pero las cosas se volvieron

turbias. Fue poco antes de que Lilly muriera... Obviamente, en clase nadie explicó por qué había muerto. Yo me enteré por mi propia cuenta mucho más tarde. —Debra sacudió la cabeza—.

Bueno, como decía, recuerdo una tarde en la que me acerqué a Hanna, sacando un valor que pensaba que ya no tenía.

Ella tampoco parecía ser ella, estaba como enfadada, con rabia... Y, ¿sabes lo que me dijo cuando le pedí quedar con ellas alguna tarde? Nunca lo olvidaré.

—Negué con la cabeza. Tenía los labios entreabiertos y me daba la sensación de ser yo esa chica temerosa, que sólo quería ser una más. En ese instante,

Debra

me

dio

pena—.

Dijo

exactamente: «Mira, tendrás que ir acostumbrándote a que la vida es una grandísima mierda. No tendrás amigas. Te quedarás sola, joder, porque no sirves para estar con gente. Punto. No vales».

Se quedó callada. Por un momento, me pareció que su voz había dejado de ser suya y se había tornado la de Hanna. Una Hanna enferma, rabiosa, con ganas de acabar con todo. La misma que, semanas después de esa conversación, había organizado

suicidarse junto a su amiga. Pero eso  
Debra no lo sabía, por lo que no  
comprendía la dureza de sus palabras.  
—Ese fue el detonante —siguió  
ella—. Lo que me faltaba para acabar de  
odiarme. ¡Maldita Hanna! —Pegó un  
puñetazo al sillón, y yo me erguí del  
susto—. Recuerdo que pasé la noche  
llorando,  
creyéndome  
sus  
putas  
palabras. Lo único que tenía a mano  
eran las llaves de casa, así que empecé  
a rasgarme la piel con ellas de pura  
impotencia. Pronto vi que las lágrimas  
disminuían  
conforme  
el  
dolor

aumentaba. Me gustaba. Sentir que dejaba marca en mi piel, hacerme daño... Porque creía que era lo que merecía.

Se escondió las manos en las mangas y se removi6 un poco en su asiento, dejando que toda la furia precedente se tornara tristeza.

—Luego descubri las cuchillas.

El resto es historia. —Suspir6. Se qued6 callada unos segundos, alzando la cabeza para mirarme. Sus ojos eran de un color extraño, entre verde y marr6n, pero parecía que en otra 6poca habían brillado mucho más—. Lilly muri6,

despu6s

fue

Catherine,

Hanna

y

Gabrielle se marcharon del colegio y  
Faith hizo nuevas amistades. Yo ya  
estaba hundida. Mis notas bajaron  
mucho en el último trimestre, mi madre  
pensó que era que el colegio me  
presionaba  
demasiado  
y  
decidió  
cambiarme en Navidad, sin avisarme. Al  
principio me resistí, pero luego pensé  
que sería una buena oportunidad para  
ser quien yo quería ser. Nadie me  
conocía. Podía convertirme en esa chica  
con poder que tanto había ansiado ser.  
Aparté mis ojos de los suyos,  
pasando a observar las chispeantes  
llamas del fuego.  
—Pero tú no eres esa chica —  
comenté, en voz baja. Mi voz sonaba

quebrada después de haber estado tanto tiempo en silencio.

—No. No, y se me fue de las manos. —Se tapó el rostro.

Supuse

que

se

refería

al

incidente en las taquillas, pero en ese momento sentía que no había sido nada.

Yo seguía viva, ella sólo había

reaccionado impulsivamente a raíz de

mis comentarios. Mis comentarios, mi

culpa. Yo había sido la que había

apretado el botón encargado de hacer

que la bomba explotara.

Me acerqué más a ella y le cubrí

con un brazo, intentando animarla.

—No fue culpa tuya —seguí

diciendo—. Además, yo tampoco soy la Grace de aquella vez.

Alzó la cabeza, haciendo que me apartara.

—¿Por qué no? Por Hanna, ¿a que sí?

Entrecerré los ojos, intentando convencerme de que estaba equivocada.

—No. Está muerta.

—¿Por qué tienes su diario?

—Quería que yo lo tuviera.

—¿Y por qué?

—Haces muchas preguntas, ¿no?

—Debra sonrió, levantando las cejas—.

Supongo que quería que me quedara con un recuerdo suyo. Que supiera lo que no me había contado. No lo sé.

—¿Habla de mí? —preguntó, entre curiosa y temerosa.

—No. Bueno, si habla de ti yo

no lo he leído. Pero sí que contaba cosas  
sobre sus amigas, sobre...

—Sobre su enfermedad —acabó  
ella.

—También.

Se recostó en el respaldo del  
sillón, cruzándose de brazos.

—¿Murió por su culpa, verdad?

—Asentí—. Sabiendo eso, no entiendo  
por qué estás haciendo tú lo mismo.

—Debra, yo no hago eso. En  
serio, no me pasa nada.

—El primer síntoma es negarlo

—insistió ella. Bufé, cansada. Menos

mal que ya tenía el diario a buen  
recaudo y no me lo podía quitar de

nuevo—. Vale, vale, te creo. A mí  
tampoco me pasa nada.

Se tocó la muñeca izquierda

inconscientemente. El recuerdo de la

sangre manando de su piel, manchando  
mis dedos, volvió a mi mente. Me  
estremecí.

No nos pasaba nada. Estábamos  
bien.

¿Cuánto tiempo más tendríamos  
que mentir?

—Debra —dije al poco rato—,  
¿por casualidad sabes qué fue de  
Gabrielle cuando se marchó?

Ella se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. No dijo  
nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad —contesté, con  
una sonrisa.

Encontrar a Gabrielle hubiera  
sido la oportunidad idónea para saber  
más acerca del suicidio de Lilly. Para  
meterme más en la historia, acercarme  
más a Hanna, y, sin yo saberlo,

destruirme más a mí.

Al fin llegó el último día del viaje. El tutor nos informó de que era un día totalmente libre, que quien quisiera podría ir a las pistas de esquí o bajar al pueblo a dar una vuelta. Cuando lo escuché no pude evitar reír; el profesor se había descuidado de sus alumnos prácticamente todo el tiempo, al menos lo suficiente para que yo me saltara las clases de esquí y algunas comidas, y hoy daba un día «libre», como si los demás no lo hubieran sido.

Audrey seguía distante así que,

para

sorpresa

de

todos,

fui

a

Breckenridge con Debra. Caleb iba a pasar el día haciendo snowboard. No desayuné y no cogí dinero, para evitar que el hambre me venciera y decidiera comprarme algo para comer.

El pueblo era muy bonito.

Parecía sacado de un cuento; las calles eran pequeñas y estrechas, peatonales, con el suelo de piedra y la nieve apartada en los bordes. Todas las casas eran individuales, de dos pisos como mucho, construidas con madera o ladrillo. Se veían los témpanos de hielo colgar de los tejados. Había muchos puestecitos de tiendas con banderas y decoraciones que daban color al lugar; farolas con flores y gente en las calles. Los árboles estaban decorados como si la Navidad se hubiera alargado, y daba la sensación de que Breckenridge

formaba parte del escenario de alguna película.

Paseamos un rato, perdiéndonos entre tiendas y callejones oscuros, hasta que Debra se paró enfrente de un restaurante a la hora de comer, diciendo que ya tenía hambre. Me invitó a pasar, pero yo me negué con la excusa de que ya había quedado con Caleb para comer y sería muy feo por mi parte darle plantón.

No sé cómo, pero me creyó. Se encogió de hombros y entró en el restaurante con un grupo de gente de la clase.

Yo me quedé sola.

Suspiré y empecé a caminar a lo largo de la calle, observando las personas con las que me cruzaba. Un niño persiguiendo a su hermana mayor,

la madre desesperada gritándoles que se  
estuvieran quietos, un mendigo pidiendo  
dinero y una amable señora hablando  
con él. Un joven con su novia andando  
cogidos de la mano, un hombre tocando  
el violín junto a la terraza de un bar, un  
camarero intentando entender a unos  
extranjeros y una fotógrafa mirando la  
calle a través de la lente de su cámara.

Un sinfín de vidas, con sus recuerdos,  
sus subidas y bajadas, sus amores, sus  
errores. Mil cosas estarían pasando por

sus

cabezas

en

aquel

momento.

Preocupaciones, canciones, alegrías o  
penas. Estaban hechos de las historias  
que guardaban en su interior, y la

curiosidad por descubrirlas podía  
conmigo. Quizás por ello me gustaba  
imaginármelas.

La madre de los niños estaba  
estresada porque el marido le había  
dejado y no sabía qué hacer ahora que  
sus hijos y ella estaban solos. El  
mendigo sentía que aquella mujer era su  
única amiga. El joven quería pedirle  
matrimonio a su novia aquella tarde, el  
violinista tocaba la misma canción que  
dedicó a su primer amor. El camarero se  
maldecía por no haber estudiado  
idiomas cuando pudo, y uno de los  
extranjeros  
no  
se  
decidía  
entre  
espaguetis o macarrones. La fotógrafa

esperaba conseguir el trabajo de su vida por esas fotografías, y viajar lejos, muy lejos de allí.

Y luego había una chica en medio de la calle, pálida como no lo había estado nunca, con un jersey que le venía demasiado grande y los ojos cansados. Andaba arrastrando los pies, con la mirada en el suelo. Su cabeza estaba llena de demonios y sólo deseaba desaparecer.

Esa chica se llamaba Grace Montgomery, pero apenas la reconocía. Me metí con parsimonia en la primera tienda que encontré. Vendía cosas hechas a mano: esculturas de arcilla, tazas, muñecas y peluches —si hubiera cogido dinero le habría regalado alguno a Marie—, cuadros, libretas y figuritas. Había marionetas y móviles de

cuna colgando del techo. La tienda era pequeña, con poca iluminación y un gato negro durmiendo al lado de la dependienta, en la mesa donde estaba la caja.

Me quedé mirando los estantes, la delicadeza del moldeado de las esculturas y los trazos de pintura sobre la arcilla. Cada una era diferente, cada una mostraba una cara distinta de su creadora.

—¿Buscas algo, bonita? —me preguntó la dependienta, una anciana de sonrisa cálida y rostro amable—. ¿Un atrapasueños, quizás? —Me enseñó un «cazador de sueños» largo, con las plumas cayendo y pintado de los colores del atardecer.

—No, gracias, sólo miraba. —

Le devolví la sonrisa y me di la vuelta

para seguir viendo sus creaciones.

Al rato se oyó un tintineo y la puerta se abrió. Entraron un grupo de tres o cuatro chicas que parecían tener mi edad. Se acercaron sin dudarlo al final de la tienda, donde se encontraban la anciana y su gato, y no dudaron en saludarla.

—¡Buenos días, Beth! ¿Qué tal ha ido la mañana, has hecho algo nuevo?

—preguntó una.

—Un par de bufandas, no mucho más. Le he hecho una a Noche. —Soltó una pequeña carcajada. Curiosa, giré la cabeza y miré de reojo a tiempo de ver cómo la mujer acariciaba a su gato, que respondía con un ronroneo—. También te he acabado el collar a ti, Gabi.

—¿En serio? —contestó la misma chica de antes, con una sonrisa

cargada de ilusión.

Me

quedé

mirándola.

Me

resultaba extrañamente familiar, como si

la hubiera visto antes, pero no en

persona. ¿En un sueño, quizás?

Intenté hacer memoria. Pelo

voluminoso, rizado, rubio y recogido en

un moño improvisado. Ojos castaños,

pestañas cortas y casi transparentes, alta

y delgada, con las mejillas sonrojadas

por el frío y una bufanda de lana

cubriéndole el cuello.

La chica recogió el collar y dejó

que una amiga suya se lo atara al cuello.

Entonces rió y en su rostro aparecieron

un par de hoyuelos.

Los mismos que había visto en

una fotografía de hacía ya tiempo. La misma chica que posaba junto a Lilly un mes antes de que todo empezara a ir mal. La pieza que me faltaba encontrar para que el puzle tuviera sentido.

Gabrielle Harley.

### ***Capítulo dieciséis.***

Como si estuviera soñando, noté que mis piernas se movían hacia ella antes de que mi mente se lo mandara.

Interrumpí

la

conversación,

aprovechando que sus amigas estaban

hablando con la anciana, y le di un par

de toques en el hombro.

La joven se giró, relajando la

expresión en su rostro.

—Perdona,

¿eres

Gabrielle?

¿Gabrielle Harley? —pregunté.

Arqueó una ceja y miró a ambos  
lados antes de contestar, con un suspiro:

—Sí. —El corazón se me detuvo  
un instante—. ¿Quién eres tú?

—Grace. No me conoces —  
expliqué, bajando la voz—, pero tengo  
que hablar contigo. Es... importante. Es  
sobre Hanna.

Sus labios se tornaron una fina  
línea cuando dije su nombre. Su rostro  
se endureció y entrecerró los ojos.

—No quiero saber nada de ella

—dijo, y dio un paso adelante con la  
intención de marcharse.

Yo la detuve, cogiéndola del  
brazo.

—Gabrielle, escúchame. —Le  
miré a los ojos; parecía que estuviera a

punto de llorar—. Creo que hay cosas que tienes que saber. Dame una oportunidad para explicártelo todo, por favor.

Se mordió el labio, dudosa.

Inspiró aire profundamente y dio media vuelta, dirigiéndose a sus acompañantes.

—Chicas, me voy fuera un momento. No me esperéis, ¿vale? —

Sonrió y se giró hacia mí—. Vámonos.

Empezó a nevar, así que

Gabrielle y yo nos refugiamos bajo el toldo de una tienda cercana. Se frotó las manos para luego cruzarse de brazos.

Parecía nerviosa.

—En fin —dijo finalmente—.

¿Conoces a Hanna? —Asentí con la cabeza. Ella apartó la mirada y sonrió con burla, de la misma manera que Faith lo había hecho en la librería—.

¿También te quiere matar?

La pregunta me pilló por

sorpresa, así que tardé en responderle.

Lo había dicho con la misma entonación

con la que preguntaría qué hora era o se

quejaría del tiempo. En aquel momento,

Gabrielle y Faith me parecieron la

misma persona. Escuché en mi cabeza la

voz de la segunda diciéndome, con el

semblante serio: «¿Hanna? Hanna era

una asesina».

—No puede —contesté, con los

dientes apretados—. Está muerta.

A

Gabrielle

no

pareció

sorprenderle la noticia. Igual que Faith,

la única antigua amistad de la joven

todavía viva, se quedó callada con el

semblante serio. Suspiró un par de veces antes de volver a hablarme, como si de pronto se hubiera acordado de que yo seguía ahí.

—No me extraña. ¿Fue por la anorexia?

—Sí, una insuficiencia cardíaca.

—Bueno, —Parecía que se esforzara por no recordarla—, ya no se puede hacer nada. Pero... —Se quedó mirándome con ojo crítico y me agarró la mano. Me arremangó el suéter y cogió mi muñeca con sus dedos pulgar e índice, como si hiciera una pulsera alrededor de ella. Una pulsera que me venía bastante grande—. De todas formas, ¿estás segura de que no puede matarte?

Sabía que lo decía por el hueso que sobresalía en mi muñeca, por la

palidez, por el rugido de mis tripas.

Pero yo estaba bien.

Retiré la mano, quizás con  
demasiada brusquedad.

—A mí no me pasa nada —

murmuré, con una decisión en la voz que  
no correspondía a lo que de verdad  
pensaba.

Gabrielle apartó las manos y las  
alzó, poniendo los ojos en blanco.

—Vale, vale, lo que tú digas...

¿Has venido hasta aquí sólo para  
decírmelo? ¿Cómo narices sabías que  
vivía en Breckenridge? Creía... —La

interrumpí

antes

de

que

pudiera

continuar.

—No sabía que estabas aquí, te  
he encontrado por pura casualidad. Sé  
que es muy raro, pero...

—Y

tanto

—resopló

ella,

rodeándose la nariz y la boca con las  
manos para darse calor—. Todo lo que  
tenga relación con Hanna siempre ha  
sido muy raro.

—Lo sé. —Hice una pequeña

pausa para luego seguir hablando—:

Verás, al morir, Hanna me dio su diario,  
a pesar de que apenas la conocía. Sólo  
había hablado con ella un par de veces.

Empecé a conocerla más a través de lo  
que

escribía,

hablaba

de

todas

vosotras... Conseguí contactar con Faith

y...

—¿Faith? —me interrumpió ella.

La preocupación se reflejaba en sus ojos

—. ¿La has visto, está bien? ¿Sigue

viva?

—Claro que sí —contesté,

intentando tranquilizarla—. Está bien.

Ayuda a su tío en la librería de

Casewood. Estuve hablando con ella y

me contó toda vuestra historia; decía que

necesitaba quitárselo de encima de una

vez. Me habló de lo que le pasó a

Catherine. Y a Lilly. —Vi cómo

Gabrielle respiraba hondo, recordando a

la que fue su mejor amiga—. Creo...

creo que sé la razón por la que Lilly

hizo lo que hizo.

Ella bajó la mirada, frotándose  
un codo con la mano.

—Yo también lo sé.

—No, pero de verdad. Hanna...

—Grace —me cortó Gabrielle

—. Lo sé, en serio, lo sé. Yo la conocía.

—Aun así, Hanna escribió cosas  
en su diario que podrían ayudarte a  
entenderlo.

Se mordió el labio, dudosa.

Parecía esconder algo.

—Escucha —me dijo—. No me  
vas a decir nada que no sepa ya. Mira,  
hay algo que nunca le conté a Faith, ni a  
Cath ni a Hanna, a nadie... Pero ya no  
merece la pena ocultarlo más.

Enarqué una ceja, animándole a  
que continuara. Ella sólo volvió a soltar  
el aire y me cogió del brazo. Miró hacia  
la tienda de la anciana antes de empezar

a caminar a lo largo de la callejuela,  
arrastrándome junto a ella.

—Ven conmigo, tengo algo que  
enseñarte.

Gabrielle me condujo hasta su  
casa. Vivía al final de la calle, en una  
modesta vivienda unifamiliar con las  
paredes amarillas y las tejas rojizas,  
ocultas bajo una capa de nieve. No  
había nadie en casa y a través de las  
ventanas se veían las cortinas corridas.

—Nadie me hablaba de Lilly  
desde hacía más de un año —comentó  
Gabrielle mientras abría la puerta  
principal, como si hablara para sí misma  
—. A veces tengo pesadillas en las que  
sueño que me he olvidado de ella.

Me quedé en silencio, con las  
manos cogidas por delante. No sabía  
qué decirle. Perder a tu mejor amiga a

raíz de un suicidio debía de ser algo horrible. Casi sentía cómo Gabrielle se culpaba por no haber estado ahí, después de tanto tiempo.

Su habitación estaba en el piso de arriba, la primera puerta a la derecha. Sólo pude echar un pobre y fugaz vistazo a mi alrededor; la casa estaba pobremente decorada, con algún tiesto y un par de cuadros colgando.

Hacía ya tiempo que se habían mudado, pero aún parecía que tenían cajas por abrir. El cuarto de Gabrielle estaba decorado con lo justo: una cama, un armario, una cómoda y un escritorio. Me fijé en que no había fotos ni huellas de su vida anterior. Nada que le recordase su pasado en Casewood.

Fue

directamente

hasta

la

cómoda y me preguntó, mientras  
rebuscaba entre lápices, hojas y trastos:

—Dime, ¿hay alguna razón por  
la que estés removiendo todo este  
asunto? Quiero decir, no sé si te habrás  
dado cuenta, pero haber hablado con  
Faith, conmigo... Es meterse mucho en  
el tema. Y para enterarte de tanto habrás  
tenido que rebuscar bastante.

Me encogí de hombros. Yo  
también me había dado cuenta de que  
había estado más pendiente últimamente  
de la vida de Hanna que de la mía  
propia.

—Creo que Hanna quería que  
descubriera todo esto. Todavía no sé por  
qué.

—Yo no me fiaría de ella —

murmuró Gabrielle, en presente. Como si siguiera aquí. Tardé unos pocos segundos en contestar.

—Bueno...

—Me

froté

la

barbilla, dudosa—. Gracias a ella he aprendido mucho.

Pensé que no iba a responderme.

Sacó con cuidado una hoja doblada en cuatro, que era tan fina que parecía que se pudiera romper con sólo soplar. Se quedó mirándola, pensando. En Lilly, quizás. En qué estaría haciendo ahora.

En qué sería de ella. En qué podría haber hecho para evitarlo todo.

Me habló con la voz sombría y aguantándose las lágrimas:

—Ten cuidado, porque a veces

la destrucción se disfraza de amiga. Te  
deja con un sabor dulce en la boca, te  
hace creer que con ella serás feliz, y  
luego acaba matándote. Mira a Lilly.  
Hizo caso a Hanna y ahora es sólo polvo  
y huesos.

Tragué saliva. Gabrielle siguió  
sin mirarme. Sostuvo el folio entre sus  
manos y se sentó sobre la cama,  
cansada. Yo me acerqué también a ella.  
—¿Qué es eso? —pregunté.

Los ojos de la chica brillaban y  
se movían con mucha rapidez, leyendo  
cada línea. Noté cómo las lágrimas se le  
empezaban a acumular y ella se las  
apartaba con la manga del suéter.

—Lilly vino a visitarme horas  
antes de su muerte. Por la mañana.  
Estuvo en mi casa y hablamos, aunque  
ella no tenía muchas ganas. La notaba

distinta, vacía... Como si no fuera capaz  
de sentir nada. Me abrazó y se fue. Yo  
no tenía ni idea de lo que iba a hacer...

—Suspiró,

mirando

la

hoja

y

volviéndola a doblar, con cuidado—.

Aquella noche me acosté tarde, y cuando

fui a dormir me encontré esta nota suya

debajo de la almohada. Con la letra

irregular, como si temblara. Hoy es la

primera vez que la leo sin llorar. —

Estiró la mano para tenderme el papel y

yo lo cogí, con un poco de miedo—. Es

como una despedida, una carta de

suicidio. Cuando lo leí llamé a todo el

mundo pero... Era demasiado tarde.

Se levantó de golpe y se puso

erguida. Caminó con paso decidido  
hacia la puerta, dejándome a mí sentada  
sobre su cama, y giró la cabeza para  
mirarme antes de salir, con una mano  
apoyada en el marco.

—Léela

si

quieres.

Luego

puedes llevártela, romperla, lo que sea,  
ya me da igual. No quiero saber nada  
más de todo aquello.

Se marchó antes de que la viera  
llorar.

Desdoblé la carta de Lilly.

Sentía que me estaba metiendo en algo  
muy ajeno a mí, muy íntimo, tanto como  
podía serlo una carta de suicidio  
destinada a tu mejor amiga. Pero quizás  
así podría saber de una vez si realmente

fue Hanna quien la incitó a morir. La culpable de todo.

Todo.

Lilly tenía la caligrafía de una niña pequeña, redonda y fina. Parecía que estaba temblando al escribirlo, aunque no me extrañaba.

*Querida Gabrielle:*

*Adiós.*

*He empezado esta carta muchas veces y creo que ésta es la mejor manera. La gente normal dice «hola» cuando escribe cartas, ¿verdad? La gente normal.*

*No la gente que no tiene que estar aquí.*

*He*

*tomado*

*una*

*decisión,*

*Gabrielle, y créeme que si he tardado tanto tiempo en decidirlo ha sido por ti. Porque te voy a echar de menos como a nadie. Y pasará el tiempo y seguiré acordándome de nosotras.*

*Firmo esto como si fuese un contrato indefinido.*

*Ya sabes que hace tiempo que me apagué. Por eso espero que esto no te duela tanto, que ya lo veas venir.*

*Sé lo que vendrá después. Las lágrimas, el luto, el pasarlo mal. Pero el tiempo lo cura todo. Y no quiero que nadie llore porque estaré bien, está mi padre cuidándome.*

*También sé que te vas a sentir culpable. ¿Culpable de qué, Gabrielle?*

*Si la razón por la que he aguantado estos meses aquí es por ti, por ti y por Hanna.*

*Sé que todas miráis mal a  
Hanna desde que voy con ella, pero me  
ha enseñado mucho, ha estado ahí  
apoyándome y me entiende. Ella  
también lo ha pasado mal. Estos días  
ha estado insistiéndome, diciéndome  
que tuviera esperanzas, que las cosas  
iban a cambiar... Pero Gabrielle, lo  
hagan o no, ya me da igual. Echo de  
menos a mi padre. Quiero verle. Quiero  
estar con él. Era lo que más quería y se  
fue, y no puedo soportarlo.*

*Obviamente, no es sólo por mi  
padre. Son cosas mías, tan mías que  
creo que ni tú podrías entenderlas,  
Gabi.*

*Hanna intentó ayudarme y  
apoyarme. Pero al final vimos que no  
podíamos con todo esto. Quiero  
descansar, queremos descansar, y ella*

*tiene miedo de irse sola. La entiendo.*

*Yo tengo a mi padre esperándome con los brazos abiertos, pero Hanna no tiene a nadie. Siente que tampoco hay nadie aquí. No es vuestra culpa. No lo es. Ya lo he dicho, sólo queremos descansar.*

*Ya he vivido todo lo que podía vivir, y ahora os dejo para que vosotras seáis felices como yo no pude y viváis por mí.*

*En unas horas espero haberme ido. Aunque una parte de mí se quedará contigo, lo sabes, ¿verdad, Gabi?*

*Me da la sensación de que me quedan mil cosas por decirte, y sin embargo... He perdido la cuenta de las veces que he escrito esta despedida y no se me ocurre nada más.*

*No quiero que te sientas sola.*

*No llores, no te sientas mal, te prometo  
que esto es lo que quiero. Ya lo he  
decidido y no hay marcha atrás.*

*Gracias por toda la luz y la  
vida que me has dado.*

*Te quiero mucho, todo lo que yo  
no supe quererme.*

*Con un cariño infinito,  
Lilly Stewart.*

Dejé de leer la carta con un nudo  
en la garganta. Lilly tampoco se extendía  
demasiado, pero no sabía qué esperaba  
leer. Quizás más desesperación, menos  
calma. Pero se la veía segura, decidida,  
nada influenciada.

Al fin y al cabo, Hanna no había  
tenido tanto que ver. Ella había  
conseguido las pastillas, pero Lilly  
quería  
morir.

Había  
perdido  
la  
esperanza, y le había hecho el «favor» a  
Hanna de irse con ella. El problema es  
que la joven pelirroja realmente pensaba  
que su amiga merecía vivir, que todo  
mejoraría. Era ella la que quería  
marcharse, escribir el punto final, pero  
no se atrevía. Y eso fue el detonante de  
la decisión de la suicida. Irse juntas.  
Acabar con todo de una vez, cuanto  
antes, sin pensar.  
Ahí es donde cometió un error  
que desataría el hundimiento de Hanna,  
la muerte de Catherine, la separación de  
las cinco amigas.  
Todavía no entendía por qué,  
pero toda aquella serie de desdichas  
acababa en mí. Yo, que meses antes era

feliz, totalmente ajena a aquella historia.

Yo, que mi único pecado había sido  
hablar con Hanna e invitarla a la fiesta  
de Audrey. Yo, que me estaba  
destruyendo y todavía no sabía la razón.

Era más fácil culpar a Hanna, a  
su diario, a sus historias y sus palabras.

Eso es lo que habían hecho  
desde el suicidio de Lilly, pero no por  
ello era cierto.

Quizás todo lo que creía era  
falso. Quizás, al fin y al cabo, Hanna no  
había hecho nada; no era ninguna  
asesina, como todo el mundo pensaba.

Yo sólo me había metido en  
aquel pozo, y no tenía ni idea de cómo  
salir de él.

No fui capaz de tirar o  
guardarme la nota de Lilly. Había  
demasiado sentimiento y dolor oculto

entre líneas y me parecía injusto  
quedármelo o arrebatarme a Gabrielle su  
único recuerdo.

La dejé sobre el escritorio y me  
alejé de aquella casa con la cabeza  
gacha, deseando poder alejarme también  
de toda esa historia.

Pero, quisiera o no, Hanna  
seguía conmigo.

### ***Capítulo diecisiete.***

El sol empezaba a ponerse por  
detrás de las montañas, tiñendo el cielo  
de color rosado. Todos mis compañeros  
se reunieron en la plaza del pueblo para  
volver juntos al hotel antes de que  
anocheciera. Yo me quedé apartada,  
sentada en un banco aislado, esperando  
que el tiempo pasara y pudiera alejarme  
de aquel lugar. De todo. Dormir,  
descansar. Pero el insomnio ya se

encargaría de que hiciera lo contrario.

Audrey estaba junto a un grupo de gente, hablando, con una sonrisa de oreja a oreja y los brazos cargados con bolsas de distintas tiendas. La echaba de menos, pero en el fondo sabía que ella estaría mejor sin mí.

A los pocos minutos vi aparecer una conocida cabellera rubia por una de las calles principales.

Se había deshecho de su equipo de snowboard, sujetaba una bolsa y parecía estar buscándome con la mirada. Me quedé mirándole a él, quieta, observando su cara, su manera de andar, la forma en la que se apartaba el pelo de la frente.

Su

rostro

se

iluminó

al

encontrarme y fue hacia mí con una enorme sonrisa. Me saludó con un beso, cogiéndome de la cintura con cuidado, como si fuera a hacerme daño. Antes no hubiera sido así.

—¿Qué tal el día, Grace? —Me encogí de hombros. Si él supiera...—.

Tienes mala cara.

Me acarició la mejilla con el dedo pulgar, pero hice que se detuviera a mitad camino. Me miraba con las cejas inclinadas, preocupado.

Sus

ojos

chispeaban y parecía que estuviera viéndome por primera vez. Nunca dudaría lo mucho que me quería, porque lo conocía demasiado bien como para no darme cuenta. Pero seguía sin entender cómo narices lo hacía, siendo yo el monstruo que era. Gorda, egoísta, estúpida, débil.

—Estoy bien —mentí.

Él no me creía, lo sabía. Aun así, suspiró y dirigió su atención a la bolsa que llevaba consigo. Al abrirla me llegó el dulce aroma a panadería, trayéndome recuerdos de aquellas mañanas en las que mi madre me llevaba a comprar pan y galletas recién sacadas del horno.

—He traído algo para ti —me dijo, conteniendo la sonrisa—. Sé que siempre han sido tus favoritos y que te dio mucha pena cuando en Casewood

dejaron de hacerlos.

Parecía

un

niño

pequeño

haciéndole un regalo a su héroe. Pero yo  
de heroína no tenía nada.

Sacó un rollito de canela de la  
bolsa. Tenía azúcar glaseado por  
encima, todavía estaba caliente y olía a  
recién hecho. Al momento se me hizo la  
boca agua; Caleb tenía razón, siempre  
había sido mi merienda preferida.

Solíamos ir a comprar un par cada tarde  
a la salida del colegio, hasta que la  
única panadería que los vendía cerró.

Maldita tentación.

—Gracias, Caleb, pero... No me

apetece

ahora

mismo

—le

dije,

intentando forzar una sonrisa.

—¿Es broma? Vamos, Grace, no

tomas uno de estos desde hace años... —

No tomaba en general nada dulce desde

hacía meses, pero prefería que él no lo

supiera.

—No tengo hambre —seguí,

intentando callarle—. En serio, déjalo,

puedes tomártelos todos tú.

Di un paso adelante para

acercarme a la multitud, pero Caleb me

detuvo cogiéndome del brazo.

—Espera. —Se puso frente a mí,

agarrándome

de

los

hombros

y

fundiendo su mirada con la mía—.

Grace, sé por qué haces esto y...

—No, no lo sabes. Ya te dije que

estaba

bien,

ya

he

comido,

—«Mentira»—, es sólo que no tengo

más hambre, ¿vale?

—Puedes tomártelo dentro de un

rato.

—Frío no está tan bueno.

Cómetelo tú y deja de darle tantas

vueltas.

Sus

ojos

parecían

estar

suplicándome. Pero no podía permitirme tomarme esa bomba de calorías —o así lo veía en aquel entonces— después de haber pasado todo un día comiendo lo mínimo. No podía echarlo todo a perder con un par de mordiscos, o sabía que la culpa acabaría conmigo.

—Grace, hazlo por mí. Por favor —insistió él.

Aun así, aparté el rollo de canela y me alejé un poco más del chico. No quería. No quería y nadie me iba a hacer engordar ahora, ni siquiera Caleb.

—Olvídalo.

—¡Joder, Grace, es sólo un maldito dulce! —contestó, exasperado.

Su expresión había cambiado en apenas unos segundos, de tristeza a furia.

Guardó el rollito de canela de nuevo en la bolsa.

—Entonces, ¿qué importa que no lo coma?

—¡Porque estás enferma, maldita sea, eso importa! Sólo quería una prueba de que no te pasaba nada, pero ni siquiera eres capaz de dármela.

Le cogí de los brazos, en un intento de que se relajara y los bajara.

Por más que lo intentaba, no podía enfadarse conmigo.

Sólo estaba decepcionado, desesperado. Me veía sufrir y no podía hacer nada. Yo seguía negándolo, él sabía que le mentía, y eso le destrozaba.

—Tendrás que fiarte de lo que digo.

Suspiró.

—¿Y todas esas veces que me he  
acercado a tu cuarto y me he alejado al  
oírte llorar? ¿Y todas esas horas que has  
pasado delante de la comida, sin  
atreverte a dar un bocado? Todas esas  
noches de insomnio, todo ese cansancio,  
todas esas sonrisas falsas. ¿De eso tengo  
que fiarme?

—Caleb, se me pasará —insistí,  
deseando que ojalá fuera cierto—. No  
quiero que te preocupes más, ¿vale? Son  
cosas mías, no tienen que afectarte a ti.

—Pero lo hacen. —Me cogió las  
manos, acercándose un poco más a mí  
—. Grace, creía que sabías que ahora  
estábamos juntos. En todo, para todo. Lo  
que te pase a ti, me afecta a mí.

—No  
es  
justo

—susurré,  
bajando la cabeza—. No quiero meterte  
en esto.

—Ya es tarde. Pero si pides  
ayuda...

Enseguida me aparté de él,  
dejándole con la frase en la boca. Erguí  
la espalda y levanté la barbilla, con los  
labios rectos y el ceño fruncido.

—No voy a pedir algo que no  
necesito. Me voy, no pienso discutir  
más.

Pasé por su lado sin mirarle,  
caminando hacia el grupo de gente que  
ya empezaba a andar de vuelta al hotel.

Con suerte no me habría visto llorar.

Parecía que Hanna no estaba  
contenta con quitarme a Audrey, sino  
que también quería que Caleb se alejara  
de mí. Sabía que iba a conseguirlo.

El autobús se puso en marcha de vuelta a Casewood a las siete de la tarde. Mi cabeza no se había callado desde la discusión con Caleb, y aun así sentía que teníamos muchas cosas que arreglar. Sabía que todo lo que me decía era porque estaba preocupado por mí, y en parte lo entendía, pero no quería que él sufriera más. No se lo merecía.

Me había vuelto una chica complicada, demasiado complicada.

Adicta a los chicles, a los huesos y a las noches en vela. Caleb había pasado de ser mi pareja a ser una especie de guardaespaldas, cuidándome, velándome desde la distancia, impidiendo que volviera a correr hacia el acantilado.

Eso, a la larga, acabaría destruyéndole a él también. Lo arrastraría a mi miseria, perdería su esencia, su sonrisa y sus

ganas de vivir. Estaría tan pendiente de mí que se olvidaría de quién era.

Paseé por el pasillo del autobús con la mochila en el hombro, antes de que arrancara. Mis compañeros de clase parecían haber salido del parvulario, vitoreando y gritando desde el fondo del bus para hacerse oír. El tutor se quedaba sin aire chillándoles que callaran pero, como de costumbre, el murmullo siguió en aumento. Incluso se escuchaba a la gente cantar desde atrás. Audrey estaba allí, entre ellos, sentada junto a Bree y lejos de mí.

En

los

primeros

asientos

encontré a Caleb, que miraba distraído

por la ventana, con los auriculares

puestos y la mirada perdida.

Era el momento de poner las cosas en su sitio de una vez. Tenía que recordarme que lo hacía por él.

Le di unos golpecitos en el hombro para que se volviera hacia mí. —¿Puedo sentarme? —pregunté, y él asintió. Apagó la música sin mirarme, justo en el momento en el que el autobús se ponía de camino a Casewood.

Estuvimos un buen rato en silencio, escuchando el ajetreo de los alumnos y el tráfico de la carretera. Me distraje jugueteando con las gomas de pelo que tenía en la

muñeca,  
estirándolas hasta que cedían y me  
golpeaban la piel, dejándome marca.  
Como yo hacía con todo el que se me  
acercaba.

Finalmente, respiré hondo y me  
dirigí al chico:

—Tengo que hablar contigo —  
murmuré, en un tono de voz más bajo de  
lo que pretendía. Con esa frase ya lo  
decía todo.

Él levantó una ceja, girándose  
hacia mí.

—¿Va todo bien? —dijo.

—No, por supuesto que no va  
bien. He estado dándole vueltas mucho  
tiempo y... —No podía mirarle a los  
ojos. No podía ver su decepción, su  
destrozo. Nunca pensé que le haría tanto  
daño a mi mejor amigo—. Caleb, no te

merezco.

Él parecía no entenderlo.

—Estás siempre ahí cuidándome

—continué yo, ignorando su cara de desconcierto—, siempre pendiente de mí. Siempre preocupado. Y no es justo, ¿entiendes? Soy una chica llena de problemas. Te quiero más de lo que he querido a nadie, y por eso sé que no deberías estar conmigo. Necesitas a una chica que te haga reír, olvidarte de todo, con la que puedas sentirte a gusto.

Alguien con la que no tengas miedo de lo que pueda pasarle. A la que no tengas que estar vigilando siempre, que te deje dormir por las noches. Y esa no soy yo.

No podía creer lo que le estaba diciendo. Contenía las lágrimas para no llorar delante suyo, pero toda aquella situación me destrozaba. Sabía que

jamás encontraría a alguien que me quisiera como Caleb lo había hecho, pero él aún tenía mucho por vivir y muchas chicas que conquistar. Era el chico más increíble que había conocido y se merecía ser feliz. Conmigo no podría.

—¿Qué quieres decir, Grace? — me preguntó. Lo sabía, pero tenía miedo.

—No sé cuidar de mí, ¿cómo voy a hacerlo contigo?

—Pero esto no es cuestión de cuidar...

—Ya, ya lo sé. Créeme que lo he pensado mucho. —Suspiré, cerrando los ojos—. No puedes seguir conmigo, no te lo mereces.

—Grace... —Noté la sequedad en su voz, pero no me atreví a mirarle otra vez—. Grace, no digas tonterías. Te

quiero. Te quiero muchísimo, y no me importa lo que te pase porque...

—Para —le corté, girándome hacia él. Sólo entonces me di cuenta de que sus ojos, normalmente brillantes, se iban apagando y humedeciendo—. En serio, Caleb, no quiero hacerte más daño.

Sentí que una lágrima resbalaba por mi mejilla y me maldecí por ello. Le sujeté la cara con una mano, acariciándole con el pulgar. Sabía que el daño ya estaba hecho, pero era necesario.

Caleb parecía desalentado. Roto,

como si estuviera a punto de llorar.

Tenía los labios abiertos, quizás a la espera de un último beso; los ojos lagrimosos y el cabello cayéndole por la frente.

—Te quiero —murmuré—. Por eso quiero que seas feliz.

Me acerqué al chico para darle un beso en la frente. Él seguía inmóvil, aguantándose el llanto. Luego volví la vista al frente, apoyando la espalda en el respaldo y cerrando los ojos.

El resto del viaje lo pasamos callados, dejando que el peso del silencio

nos

envolviera.

Desentonábamos en medio de aquel enjambre de adolescentes fiesteros que cantaban canciones a pleno pulmón y

hacían volar papeles por todo el  
autobús.

Fingí no escucharle llorar y él  
hizo lo mismo conmigo.

Lo estaba pasando mal. Quería  
volverme hacia él, abrazarle y besarle,  
decirle que todo iría bien, pero no podía  
asegurarle nada. Quizás si hubiera  
sabido que nuestro último beso había  
sido el último lo habría alargado, le  
habría demostrado más, no me hubiera  
separado de él.

Pero si algo tenía el pasado es  
que dejaba huellas que no podían  
cambiarse. Dejaba promesas en el aire,  
sueños inacabados, recuerdos que ya no  
volverían a repetirse.

Lo primero que hice al llegar a  
casa aquella noche fue caer rendida  
sobre la cama. Lloré hasta quedarme

dormida, pero fue la primera vez en mucho tiempo que descansé. Me desperté despejada, sin sueño, con esa sensación tan agradable que te envuelve cuando duermes a gusto.

Aquella mañana estaba nerviosa.

Llevaba cinco días sin pesarme, cinco días que podían ser decisivos. Me daba la sensación de que lo había hecho muy bien; ni un solo atracón, como había pasado en Navidad, practicando esquí la mayor parte de los días, haciendo ejercicio casi todas las noches y comiendo lo mínimo. Lo poco que había entrado por mi boca habían sido chicles, y algo de leche o de sopa. De vez en cuando fruta, nada más.

Sabía que Hanna, haciéndolo así,

había

bajado

de

peso

considerablemente. Y yo esperaba haberlo hecho también, aunque cada vez que me había mirado en el espejo, en la habitación de Breckenridge, el reflejo me había contestado que daba asco y que seguía estando demasiado gorda.

Dejé mi libreta en el lavabo, esperando poder apuntar un número más bajo. De lo que saliera en la pantalla dependería mi humor aquellos días.

Si había engordado, comería menos para adelgazar.

Si seguía igual, comería menos para adelgazar.

Si había adelgazado, comería menos para seguir haciéndolo.

Y todo aquello, sólo por la esperanza de mirarme al espejo algún

día y no tener ganas de romperlo.

Me quité el pijama, quedándome sólo en ropa interior. Miré la báscula, con miedo, apreté los puños y me subí a ella. Cerré los ojos durante tres segundos y volví la vista abajo.

Tres números que no llegué a creerme: un cuatro, un siete, un punto, un seis.

Me bajé y me volví a subir, incrédula, pero la cifra seguía siendo la misma.

Imaginaba que habría bajado algo pero, ¿tanto? Mi cuerpo debía de haber notado el enorme cambio en mi ingesta. Pasar de comer cinco veces al día a un par pasaba factura, más de lo que yo pensaba. Y aunque entonces no lo creyera, no había ningún beneficio.

Había bajado de peso, pero también

había aumentado mi cansancio, mi insomnio, mis dolores de cabeza, mi odio, mi vello, mis pesadillas. Había perdido a mis mejores amigos, los había alejado de mí. Quería creer que todo aquello merecía la pena.

Di un paso hacia atrás, girando la cabeza hacia el espejo que había sobre el lavabo. Se me veían los brazos finos, pequeños. Las piernas débiles. Si me encorbaba se me notaban los huesos de la espalda y al inspirar aire se marcaban mis costillas. Aun así seguía sin ser suficiente, me seguía viendo toda esa grasa en la tripa. Seguía sintiéndome gorda.

Próxima meta: cuarenta y cinco kilos para dentro de un mes.

Con suerte menos.

***Capítulo dieciocho.***

Los días transcurrieron con  
aparente  
normalidad.

Mi

madre

empezaba a sospechar; a veces insistía  
en que comiera en casa en lugar de salir  
o controlaba cuántos días iba a correr.

Supongo que pensaría que eran cosas de  
la edad, que también se me pasaría.

Pasaron las horas, las mañanas y  
las noches, las semanas. Conforme  
marzo se acercaba la nieve empezaba a  
fundirse y los árboles volvían a florecer,  
pero yo seguía teniendo frío. Cada vez  
más. Aunque era una buena excusa para  
seguir llevando chaquetas a la hora de  
comer y poder esconderlo todo en los  
bolsillos. La gente estaba tan metida en  
sus conversaciones que nadie veía a la

chica que «comía» en silencio.

Mi humor siguió decayendo, al igual que mi peso. Conforme me acercaba a los cuarenta y cinco kilos me veía peor, veía que no era suficiente.

Adelgazaba en la báscula y engordaba en el espejo. Sabía que era algo ilógico, pero mis ojos no podían estar engañándome.

Mi cabeza sí.

Audrey seguía alejada de mí, pero en el fondo yo lo agradecía. Verme mal sólo le haría más daño a ella. Sabía que cuando me miraba ya no veía a Grace, veía a una Hanna con el pelo y los ojos oscuros. Mucho más gorda, seguro.

Por otro lado, intenté retomar mi amistad con Caleb. Porque si algo tenía claro, es que a él no le podía perder.

Ahora que no era mi novio, por mucho que siguiera doliéndonos, él tenía más tiempo para cuidarse, estar con sus amigos y olvidarse de mí. Yo me ocultaba bajo sudaderas y pantalones anchos para que no viera mi deterioro, aunque sabía que no le podría engañar mucho tiempo más. Al igual que con mi madre, lo poco que comía lo hacía delante de él, para que estuviese tranquilo.

Y así, todos felices, excepto yo.

Seguía hablando con Debra.

Creo que poco a poco nos fuimos acercando más la una a la otra y acabé considerándola mi amiga. Sabía mi secreto y yo sabía el suyo, pero ninguna decía nada. De vez en cuando le levantaba las mangas para asegurarme que todo iba bien, aunque muchas veces

me tocaba curarle las heridas para que no se infectaran, o traer tiritas de casa para tapárselas.

Si en ocasiones comía, lo hacía por ella. No me obligaba como hacían otros, sólo intentaba hacerme entrar en razón. A veces lo conseguía, pero segundos más tarde ya me sentía culpable. Una culpabilidad que duraba horas, días enteros, que acababa con sesiones intensas de ejercicio hasta que las piernas me temblaban y me costaba mantenerme en pie.

Cada noche leía el diario de Hanna. Me alegraba mucho haberlo recuperado, porque con ella sentía que lo que hacía no era tan raro, que no estaba sola. A veces la leía y su comportamiento llegaba a parecerme normal. Solía olvidarme de que ella

estaba muerta.

*Odiado diario:*

*Hoy se cumplen dos meses de la muerte de Cath.*

*Cincuenta y nueve días ya, y tendré que aguantar otros dos meses en este ambiente hasta que llegue el verano y pueda largarme del colegio.*

*Pero, por otra parte, no quiero que llegue el verano. Me da pánico. Me prometí estar delgada para aquel entonces, pero ya empieza a hacer más calor y sigo dándome asco. Muchísimo.*

*Los cuarenta kilos parecen estar tan lejos...*

*Faith aparenta estar bien.*

*Bueno, todo lo bien que se puede estar cuando te anuncian que no vas a poder volver a andar en tu vida y cuando pierdes a dos de tus mejores amigas en*

*menos de un año. Pero ella es fuerte, fuerte y orgullosa, y podrá con todo esto. Espero. Hará nuevos amigos. Ya veo que habla mucho con el grupo de Claire, quizás le ayudan a superar todo esto.*

*Es bueno que se aleje de mí, supongo.*

*Si todo el mundo me odia, incluso yo misma, será por algo. Debo de estar maldita. Tendría que haberlo visto antes; desde que nací sólo he traído problemas. Mi padre me odió por ser niña y castigó a mi madre por ello. Nunca me tuvo especial cariño.*

*Además, que después mi madre fuera incapaz de tener más hijos deterioró todavía más la relación entre mis padres. Todo por mi culpa.*

*En preescolar siempre estuve*

*sola. Un niño empezó a decir que las chicas pelirrojas eran brujas, brujas malas, y todo el mundo se alejaba de mí por miedo. Al final llegué a creermelo que de verdad había algo nocivo en mí.*

*Cuando pasé a primaria y conocí a Faith todo cambió para bien. Luego vino Catherine y después Lilly y Gabrielle.*

*Éramos*

*las*

*cinco,*

*inseparables y felices. No sé cuántas veces repetimos esa estúpida promesa de «amigas para siempre» en todos esos años.*

*Entonces... pensé que no era tan mala como yo creía. Que quizás todavía podían ir las cosas bien.*

*Hasta que alguien me llamó*

*«gorda».*

*No lo estaba. No lo estaba,  
aunque ahora, con quince kilos menos,  
pienso que sí lo estoy. La gente lo dice  
para hacer daño, sólo por eso. Ni  
siquiera tienen que verte; peses lo que  
peses te llamarán «gorda», porque  
saben  
que  
si  
eres  
una  
chica  
acomplejada te lo acabarás creyendo.  
Como yo hice. A eso se le juntó  
todo el asunto del padre de Lilly, toda  
la inestabilidad familiar que había en  
casa, todo ese odio hacia mí misma que  
creía que había enterrado.  
El resto es historia.*

*Nunca pensé que llegaría a este punto. Nunca pensé que las cosas serían como son ahora. Sin Cath, sin Lilly, con Faith en silla de ruedas odiándome y Gabi encerrada en casa llorando mientras empaqueta todo para largarse lejos de aquí, a saber dónde. Antes de ayer hablé con ella por última vez. Me dijo que mañana se marchaba. Que sentía todo lo que había pasado, pero no podía soportarlo más.*

*Odio que aquella fuera nuestra última conversación, porque yo no estaba en condiciones de hablar con nadie. Estaba enfadada con el mundo porque mi madre me cebaba en casa y no estaba adelgazando todo lo que quería. Además, el verano se acercaba como una enorme sombra que me*

*amenazaba. No quería pantalones ni mangas cortas que enseñaran mis cortes. No quería que mi grasa se viera. Sigo sin quererlo.*

*No sé cómo la conversación acabó centrándose en mí, pero no para mal. Gabrielle parecía preocupada de verdad, por mí y por mi salud. Pero mi salud está perfectamente, sino ya estaría en un hospital. Me sigue pareciendo extraño que ella, al contrario que Faith, no parezca tenerme tanto rencor... Quizás sí que me culpa por lo de Catherine, pero ella siempre me defendió con el asunto de Lilly y todavía no entiendo por qué. Aunque, al fin y al cabo, tantos años siendo amigas deberían dejar algo de huella.*

*Me dijo que no me veía mejor,*

*le dije que no lo estaba. Me preguntó:*

*«¿Sabes qué pasará si sigues así?».*

*Hubo un silencio incómodo, hasta que*

*ella siguió: «Morirás».*

*Gabrielle todavía no se había*

*dado cuenta de que llevaba demasiado*

*tiempo muerta ya. Me encogí de*

*hombros con toda la frialdad del*

*mundo. Le contesté: «Me da igual. Me*

*da igual morir si al menos muero*

*delgada».*

*Me salió de dentro. Era lo que*

*de verdad pensaba, lo que sigo*

*pensando y lo que me atormenta cada*

*noche.*

*Pero lo peor fue la mirada que*

*Gabrielle me echó después. Las*

*lágrimas brotaron de sus ojos al*

*instante, incapaz de aguantarlas. Mis*

*palabras hicieron mella en el corazón*

*de la chica como si le hubiera clavado  
un par de puñales. Entreabrió la boca.  
El labio inferior le temblaba y parecía  
incapaz de decir nada.*

*Toda su cara era una mueca de  
dolor.*

*Por mí.*

*Por ver en lo que su amiga se  
había convertido.*

*Conocer los pensamientos que  
yo escuchaba cada día, que ya eran  
parte de mí, la destrozaba todavía más.*

*Quizás sí que era buena idea  
que se alejara de aquí.*

*Todo*

*el*

*mundo*

*debía*

*distanciarse de mí. O mejor, debería  
irme yo de una vez.*

*Ojalá fuera tan valiente.*

Recuerdo

perfectamente

la

semana en la que llegué a los cuarenta y cinco kilos.

El lunes me pesé, como de

costumbre. Había dejado de hacerlo

cada día para subirme a la báscula los

lunes y los jueves. Los domingos salía a

correr. Hacía ejercicio todos los días.

Trasnochaba. Intentaba comer menos de

500 calorías al día.

En eso se había convertido mi

vida.

Cuando vi el deseado número

aparecer sobre la pantalla, me sentí

vacía. Creo que eso es lo que mejor lo

describe: vacía, decepcionada. De

nuevo había llegado a mi meta, al peso

en el que pensaba que todo iría bien, que me vería preciosa, delicada y frágil. Sin embargo, me daba asco. Me tumbaba constantemente, rozando mis costillas, con la esperanza de que esos huesos también se notaran al levantarme, pero no lo hacían.

Supongo que había pensado que con perder ocho kilos sería suficiente, pero no. En realidad, me veía más gorda que al principio. Me miraba al espejo y recorría mis defectos uno a uno, pues me sabía mis imperfecciones de memoria.

Esa peca en la frente, esos granos, esos labios demasiado gordos, esa nariz demasiado grande, los dientes ligeramente separados, la sonrisa falsa,

las ojeras permanentes, las uñas mal cortadas, el cabello demasiado fino, el vello en mis brazos, la palidez de mi piel, la grasa en mi tripa.

La mañana siguiente ya me desperté mareada. El lunes apenas comí nada, cruzando los dedos para verme mejor si seguía bajando de peso. Llegué a clase más blanca que de costumbre — que ya es decir—, y me senté en mi asiento, haciendo oídos sordos a la muchedumbre del aula. Sentía como si tuviera los oídos obstruidos y sólo oía el eco de las voces de la gente.

—Grace, ¿te encuentras bien? —

Levanté la mirada, dirigiéndola a la persona que acababa de hablarme.

Era Debra, que me miraba con cara de preocupación. Me puso una mano en la frente para ver si tenía

fiebre. Yo se la aparté con cuidado,  
forzando una sonrisa.

—Sí, no te preocupes. Sólo un  
poco mareada.

—¿Has desayunado?

No contesté, pero ella lo  
entendió. Suspiró y fue a sentarse en su  
sitio, sabiendo que nada de lo que dijera  
iba a hacerme cambiar de opinión.

—Si te empiezas a encontrar  
peor dímelo y avisaré al tutor —me dijo  
antes de girarse. Yo asentí.

Pero no me dio tiempo a decir  
nada.

En medio de la explicación de la  
profesora, noté que la vista se me  
desenfocaba. Parpadeé un par de veces  
y entrecerré los ojos, suponiendo que la  
falta de sueño empezaba a hacerme  
efecto. Me dolía la cabeza.

El resto ocurrió muy rápido.

Noté un gran peso encima de mí, como si una enorme roca me aplastara, y todo se volvió negro.

Lo peor fue al despertar. Empecé escuchando la voz de mi profesora de biología, lejana, llamándome y hablando con otra gente. Luego sentí todo el peso de mi cuerpo cayendo. Fue como si estuviera flotando en la nada y una cuerda me cogiera de la cintura y me estirara de vuelta a la tierra. Toda la fuerza de la gravedad me afectó de golpe.

Me sentí débil, como si no fuera dueña de mi cuerpo y no pudiera moverlo. Me pesaban los brazos, las piernas. Sentía que la cabeza estaba a punto de explotarme.

Abrí los ojos después de un par

de parpadeos. Era como si despertara de un sueño demasiado largo.

Mi profesora se giró hacia mí al instante, mientras una sonrisa asomaba por su rostro.

—¡Grace!

Madre

mía,

¿te

encuentras bien? —Se agachó para ponerse a mi altura.

Era una de las profesoras más jóvenes del colegio; tenía los rasgos dulces y me miraba como una madre primeriza que ve a su hijo caerse. Sólo entonces me di cuenta de que ya no estaba en clase, sino en el despacho de los profesores, tumbada sobre un sofá de terciopelo y con la cabeza apoyada en una almohada.

Aún no era capaz de alzarme,  
pero hice un esfuerzo para girar la  
cabeza hacia el rostro de la mujer.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Tenía la garganta seca.

—Te has desmayado en clase  
hace un par de minutos. Estaba  
preocupada, Grace; un poco más y llamo  
a la ambulancia. —Suspiró, quitándose  
el sudor de la frente con la palma de la  
mano—.

¿Estás

mejor?

¿Sigues

mareada?

—Un poco.

—Será mejor que llame a tu  
madre, entonces. Necesitas descansar.

A los diez minutos mis padres  
me recogieron del colegio. Nada más

levantarme del sofá sentí que todo daba vueltas, pero conseguí llegar hasta el coche apoyándome en el fornido hombro de mi padre. Me dejé caer en el asiento trasero y recosté mi cabeza en el respaldo, cerrando los ojos. Antes de darme cuenta estaba dormida.

Cuando desperté de nuevo, estaba en mi dormitorio. Me encontré con el rostro de mi madre, mirándome con las cejas inclinadas desde la esquina inferior de mi cama. Yo estaba tumbada sobre las sábanas limpias, como si no me hubiera levantado nunca para irme a clase.

—¿Te he despertado? —Suspiró, pasándome la mano por la frente para hacerme caricias—. No sabes el susto que me has dado, Grace. ¿Estás mareada? ¿Quieres comer algo?

Lo que me faltaba.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien —dije, aunque no

era

del

todo

cierto.

Intenté

incorporarme, apoyando los codos sobre

el colchón, pero nada más separarme de

la almohada noté que todo empezaba a

darme vueltas otra vez. Volví a caer

sobre la cama, con un suspiro.

—No, no lo estás —murmuró mi

madre, acariciándome el pelo.

Se levantó, cogió la sábana y me

cubrió con ella, dándome un beso en la

frente.

—Será mejor que esta semana no

vayas a clase, no sea que me vuelvas a

dar un disgusto. Descansa, Grace, te avisaré cuando sea la hora de cenar. Si necesitas cualquier cosa llámame, ¿vale?

Asentí, viendo cómo mi madre se alejaba después de darme un apretón en la mano.

Me sentía prisionera en mi cuerpo. Era como si no fuera capaz de hacer nada; no podía moverme, no podía ni siquiera ponerme en pie. Estaba encadenada a mi cama, condenada a un reposo absoluto que no hacía más que ponerme nerviosa. Había miles de personas deseando estar en mi lugar: poder faltar al colegio, quedarse tumbada todo el día, sólo moverse para comer.

Pero para mí aquello era un infierno. El colegio era la excusa

perfecta para saltarme comidas, hacer ejercicio a escondidas en el baño, pensar planes y fijarme metas en clase, sin que mi madre me viera ni sospechara nada. Pero ahora era incapaz de estar en pie, ¿cómo iba a hacer ejercicio?

¿Cómo iba a esconder la comida?

Me entraron ganas de llorar sólo de pensar en tener que comer todo lo que mi madre me pusiera delante. Me daba pánico imaginarme el número que aparecería en la báscula la próxima vez que subiera... No podía ganar dos kilos en cuatro días, después de haber estado semanas matándome —nunca mejor dicho— para conseguir bajarlos.

Me cubrí el rostro con las manos.

Aprovechando que estaba sola en mi habitación, lloré de pura

impotencia. Las lágrimas recorrieron  
mis  
mejillas  
igual  
que  
un  
río  
atravesando su valle, cayendo dulces  
hasta mis comisuras. Parecía que ellas  
fueran las que quisieran consolarme,  
acariciándome la piel cuando nadie más  
lo hacía.

Estaba sola. Ya no estaban Caleb  
ni Audrey, ni siquiera Debra.  
Pero me bastó girar la cabeza  
hacia mi mesita de noche para darme  
cuenta de que había alguien que seguía  
conmigo, aunque se hubiera marchado  
meses atrás. Alargué la mano hacia el  
primer cajón, lo abrí y estiré los dedos

para coger las hojas del diario de Hanna. Con un suspiro, las apreté contra mi pecho.

Si algo tenía claro es que ella no me iba a abandonar.

Ya no podía.

### ***Capítulo diecinueve.***

La primera noche fue la peor de todas.

Me quedé dormida sin darme cuenta, con los restos del cuaderno de Hanna entre mis manos. Mi madre me despertó cuando el cielo ya se había oscurecido y a través de mi ventana no se veían más que las estrellas. Su sonrisa logró animarme, y por un momento olvidé lo que pretendía. Me ayudó a sentarme en la cama, con las piernas estiradas y la espalda algo encorvada. Aun estaba mareada y me

veía incapaz de andar, pero mi madre se  
alegró de que al menos pudiera  
quedarme sentada.

Luego me dio la espalda y cogió  
una bandeja que había dejado antes  
sobre la cómoda. La puso encima de mis  
rodillas y se sentó a mi lado.

Tuve

que

esforzarme

por

aparentar que todo iba bien, que los  
labios no me temblaban y que mis ojos  
no amenazaban con llorar.

La cena que hace un año me  
hubiera entusiasmado, ahora hacía que  
la ansiedad me embargara.

No era nada del otro mundo: un  
vaso con agua, una tortilla francesa y  
cuatro lonchas de queso. Mi cabeza fue

más rápida que yo calculando las calorías, y el número me pareció tan grande que me entraron ganas de apartar la bandeja de un manotazo. Pero mi madre no se movía, y algo me decía que iba a quedarse conmigo una hora si hacía falta.

Fue la primera vez que comer me hizo daño. Mi madre me metía la comida en la boca como una niña pequeña, como si yo no fuera capaz. Pero es que en realidad, no lo era. Apretaba la mandíbula cada vez que tragaba, creyendo que era veneno. Me daba la sensación de que podía sentir cómo cada trozo caía por mi garganta y llegaba hasta el estómago, que se hinchaba sin poder evitarlo.

Notaba

la

grasa

acumulándose en mi tripa. Sentía que cada mordisco eran cien gramos más, y sólo de pensarlo me daban ganas de llorar frente a mi madre.

Pero no lo hice. Intenté seguir el hilo de la conversación, asintiendo de vez en cuando e intercambiando algunas palabras, pero la mayor parte del tiempo era mi madre la que hablaba. Yo fingía escucharla, igual que fingía no estar viviendo un calvario.

No podía hacer otra cosa que no fuera tragar y aguantar el llanto.

La tortilla se acabó. Miré el plato, vacío, sintiendo todos esos números dentro de mí. Números que se reflejarían después en la báscula, en mi odio, en mi humor. Mi madre me tendió

un trozo de queso y aparté la cara  
automáticamente, mordiéndome el labio.

Ella levantó una ceja, extrañada.

—Grace, ¿pasa algo? —me  
preguntó, todavía con la comida frente a  
mi boca.

—Es que no puedo más —  
contesté. La voz me temblaba, y crucé  
los dedos para que pensara que era a  
causa de los mareos—. No tengo  
hambre.

—Sólo  
te  
has  
tomado  
la  
tortilla...

—Pero es que tengo el estómago  
cerrado, mamá —insistí—. Debe de ser  
un virus o algo.

Suspiró, dándose por vencida.

—No estoy tan segura. Si en unos días no te encuentras mejor llamaré al médico. —Me puso una mano en la frente para asegurarse de que no tenía fiebre. Luego me acarició la mejilla, cogió la bandeja y se levantó—. Si luego tienes más hambre, me avisas. Asentí con la cabeza.

Me desplomé contra la almohada en el instante en el que oí la puerta cerrarse tras mi madre. La habitación se quedó vacía, en silencio, sólo interrumpida por el aullido del aire al otro lado de la ventana.

Ahora venía la peor parte: la

culpabilidad. Me mordí el labio tan fuerte que acabé por hacerlo sangrar. Me erguí y puse los pies sobre el frío suelo, dispuesta a quemar toda esa maldita cena aunque tuviera que pasarme la noche haciendo ejercicio. Pero nada más ponerme en pie sentí que la habitación empezaba a dar giros, que perdía el equilibrio y caía de nuevo sobre la cama. Grité de rabia. Pegué un fuerte puñetazo al colchón, y después esos golpes fueron contra mi abdomen, con la esperanza de que el dolor adelgazara. Lágrimas de impotencia surcaron mis mejillas. Me sentía débil, estúpida, gorda.

Quería

golpearme

hasta

quedarme sin aire, llorar hasta que

saliera sangre.

Al poco tiempo, cuando todo el esfuerzo me impidió alzar de nuevo el brazo, lo estiré hasta alcanzar los folios que componían el diario de Hanna.

Estaba jadeando y no podía leer bien.

Sin embargo, pensé que ella me tranquilizaría un poco. Quizás me daba ideas para salir de ésta.

Pero, en su lugar, me encontré con una respuesta que había dejado de buscar hace mucho tiempo. Con algo que nunca habría esperado.

El diario se acercaba a su fin; la siguiente entrada estaba escrita un mes antes de su muerte.

*Odiado diario:*

*Hoy he caído en la cuenta de que ya ha pasado mucho tiempo desde el inicio de curso. Pensaba que en este*

*colegio todo cambiaría, que podría ser otra persona, empezar de cero. Aun así, no ha salido nada como esperaba. Aquí nadie me odia, es verdad, pero tampoco me quieren.*

*En realidad ni me conocen ni quieren hacerlo.*

*Si preguntara a todos mis compañeros cómo me llamo, sólo la mitad podría responderme. Y si lo hacía era por las pocas veces que el profesor había dicho mi nombre en clase.*

*No es mi culpa. Yo intenté hacer amigos,  
pero...*

*Todos  
acababan  
alejándose de mí, como si vieran que hay algo que no encaja, algo que no es*

*normal.*

*No lo entiendo. En otra época  
Faith había jurado que yo era preciosa,  
guapa, que los chicos se quedaban  
embobados mirándome. Sin embargo,  
ahora que ya iba a un colegio mixto,  
veía que ellos apartaban la mirada al  
verme, con repugnancia.*

*No me extraña que les de asco,  
con lo gorda que estoy.*

*Ya que la gente no quiere saber  
quién soy, yo sí que intento saber  
quiénes son ellos; con quién debería  
juntarme y con quién no. Siempre he  
tenido el don de escuchar en silencio.*

*Es algo que se me da bien. Callar,  
almacenar información, entender el  
lenguaje no verbal y analizar a las  
personas. Es una capacidad que  
aprendí hace unos meses, ya que, al*

*final,*

*pasar*

*tanto*

*tiempo*

*comparándome con los demás tiene sus  
consecuencias.*

*Esta clase, igual que en mi  
antiguo colegio, está dividida en  
«grupos».*

*Me*

*parece*

*la*

*mayor*

*estupidez del mundo ahora que he  
crecido. Admito que en mis tiempos el  
grupo que formaba con Lilly, Cath,  
Gabi y Faith era totalmente cerrado,  
pero no lo creamos a propósito. Quiero  
decir, fue una amistad que se fue  
consolidando. Éramos muy distintas las*

*unas a las otras y sin embargo...*

*Sin embargo estuvimos ahí*

*hasta que todo se volvió negro.*

*Pero esto es distinto. Es tan*

*idiota... Nada más llegar te fichan: si*

*te ven como una «empollona» te*

*mandarán con ese grupo, si tienes aires*

*de liderazgo serás «popular»... Ni*

*siquiera se esfuerzan en conocerte, y*

*no te aceptan si no eres como ellos.*

*Además, la gente le da demasiada*

*importancia. He llegado a ver niñas*

*pequeñas llorando porque no forman*

*parte del grupo de las más populares o*

*vete tú a saber qué.*

*Lo bueno de esto es que es fácil*

*diferenciar a las personas que merecen*

*la pena. Voy a hablar de dos. Una se*

*llama Charlotte. No sé su apellido, no*

*lo recuerdo, pero sé que es una chica*

*que no destaca mucho. Tienes los ojos azules y el pelo oscuro. Parece muy tímida y le cambia la voz cuando habla en clase. Pero la he visto pasar tiempo con su amiga, Becca. Suele ir sólo con ella, pero cambia muchísimo. Se vuelve más abierta, más alegre, siempre sonriendo y haciendo caras raras.*

*Becca siempre ríe más cuando está con ella, aunque luego parece que se sienta mal, como si no pudiera devolverle el favor. Porque Charlotte no se siente a gusto en su piel, por mucho que le encante bromear y hacerse fotos tontas.*

*Y Becca ya no sabe qué hacer para cambiarlo.*

*La segunda es distinta. Es una de esas chicas que las ves y no llaman la atención, pero que yo sé que son... especiales. De ésta sí que recuerdo el*

*apellido; se llama Grace, Grace*

*Montgomery.*

Ahugué una exclamación. Sentí que el corazón empezaba a latirme todavía más rápido. Había pasado tanto tiempo leyendo acerca de la vida pasada de Hanna, que encontrarme entre sus páginas ahora se me hacía extraño. Más cuando, en aquella época, yo apenas sabía quién era ella. La solía llamar «la pelirroja de la última fila». Quién me lo diría.

Pasé la hoja para seguir leyendo, notando cómo un escalofrío me recorría la espalda.

*Ella es diferente. Lo supe en el momento en el que la vi, porque parecía invisible para todo el mundo, excepto para mí. En ocasiones siento que unas personas brillan más que*

*otras, y no son precisamente las que  
están siempre bajo los focos. No sabría  
decirte qué fue lo que vi en Grace...*

*Normalidad. Sí, quizás eso. Una  
pacífica y armoniosa normalidad, una  
vida llena por delante. Vi cómo mira a  
sus amigos; cómo los ama. Vi cómo lee  
libros y poemas a escondidas, cuando  
nadie la mira, y cómo pierde el bus  
aposta para pasear un rato con música  
de fondo. Vi cómo saludaba a un gatito  
perdido una tarde después de clase,  
cómo le hablaba y cómo sonreía y les  
sacaba la lengua a los niños del barrio.  
Lamentablemente, también la he visto  
mirarse al espejo, poner una mueca y  
dar la vuelta. Entonces es cuando me  
lleno de rabia.*

*¿No puede nadie quererse hoy  
en día? ¿Por qué ella no ve lo que yo*

*veo, sin apenas conocerla? Si supiera lo bella que es... Oh, si ella lo supiera se comería el mundo.*

*Me pregunto si alguna vez alguien pensó eso de mí. Me pregunto si, antes, yo era bella y tampoco lo veía. No esa «belleza» de las modelos ni de los anuncios, no esa de las chicas que dejan a los hombres babeando detrás suyo, no. La verdadera belleza, esa que sientes al ver a una chica que realmente vive.*

*He pensado que quizás podría hacer algo para que Grace y Charlotte se vieran como realmente son. De forma anónima, aunque en verdad ni siquiera me conocen.*

*Voy a escribirles cartas. En realidad, tengo que pensarlas mucho, escoger palabras que ellas crean, no*

*sólo un «eres preciosa» que borrarán de su memoria a los pocos días. Como todo lo escrito en la arena, que las olas enseguida se llevan.*

*¿Sabes lo que más miedo me da, diario? Aparte de engordar, las calorías, la comida, el descanso, el reflejo y el plato, claro. Eso tú ya lo sabes. Me da miedo que, con la poca memoria que tengo, se me olvide escribírselas. Mi madre siempre dice que se hace notas para todo, se las pone en los sitios que frecuenta y así recuerda las cosas importantes. Yo voy a hacer lo mismo. Dentro de unas semanas, supongo, dejaré millones de notitas con «Charlotte ¿...?» y «Grace Montgomery»  
seltas  
por*

*mi*

*habitación.*

*Parece que esté loca.*

*Bueno, ¿parecer? Soy una*

*persona que cada día se odia, que no*

*quiere hacer daño a los demás pero*

*cada noche desea ver su sangre, que*

*quiere ser puro hueso, que sólo anhela*

*desaparecer, que escucha música triste*

*y dibuja cosas tenebrosas. Una persona*

*así está loca, definitivamente.*

*Estoy loca, de verdad. De*

*psiquiátrico. ¿Y por qué nadie se da*

*cuenta?*

*Ahí acababa aquel día.*

*Aparté el diario con un suspiro,*

*dejándolo reposar sobre mi barriga y*

*esperando que toda aquella información*

*nueva llegara a mi mente. Tardé un*

*tiempo en atar cabos. Y la primera*

conclusión que saqué fue la más sorprendente —y quizás, dolorosa— de todas: aquel diario nunca había sido para mí.

Hanna no quería que lo leyera.

No quería que la conociera, ni que la descubriera, yo no entraba dentro de sus planes. Aquella nota sobre el diario había sido un pequeño recordatorio de la carta que nunca me fue escrita. Los demás debieron volar. O quizás no había más notas y Charlotte ya había recibido su carta. En definitiva, todo había sido una confusión de sus padres: ellos pensaron que mi nombre sobre el cuaderno significaba que era un regalo, cuando en realidad había sido sólo coincidencia.

De pronto me sentí una intrusa, más culpable todavía. Había rebuscado

en los recuerdos de Hanna, había  
acabado viviendo su vida. Creía que  
ella era mi amiga, pero ahora lo dudaba.  
En ningún momento quiso que tuviera su  
diario.

¿Qué pensaría ahora si me viera?

Ya era tarde. Apenas quedaban  
escritas un par de hojas más y luego,  
folios en blanco que nunca podría  
rellenar. El daño ya estaba hecho.

Los siguientes días fueron tan  
duros como el primero. Los mareos  
continuaron, pero nunca llegué a  
desmayarme

ya

que

mi

madre

supervisaba todas las comidas. Y la  
excusa de «no tengo más hambre» ya no

le servía. Comía, mi mente me castigaba por ello y, en un intento de acallarla, pasaba la mayor parte del tiempo dormida.

Al cuarto día ya me empecé a encontrar mejor. Mi cara volvía a tener un poco de color y era capaz de quedarme sentada durante horas. Aun así, me horrorizaba pensar en el número que aparecería si ahora se me ocurría volver a subirme a la báscula.

Agradecí ser capaz de andar otra vez sin cansarme, de estar de pie sin que todo diera vueltas, de que el dolor de cabeza cesara. Sin embargo, no pude moverme mucho porque mi madre seguía al acecho insistiendo en que descansara todo lo que hiciera falta.

Finalmente,  
conseguí

convencerla para que todo regresara a la normalidad y pudiera volver al colegio al día siguiente. Aunque con una condición.

—De acuerdo, pero antes voy a llamar al tío Anthony, ¿te parece? —me dijo, con el teléfono ya en la mano.

—¿Por qué?

—Ya sabes, es el médico de la familia. —Empezó a marcar su número

—. Quiero que te haga un análisis de sangre para asegurarme de que todo va bien. No vaya a ser que tengas anemia o qué se yo...

Elevé los ojos al cielo.

—Mamá, no te preocupes, estoy bien.

Pero aquello no evitó que mi tío apareciera horas más tarde.

Con el tiempo me daría cuenta

de que esa llamada ayudó a salvarme la vida. Aunque en aquel momento no fuera capaz de verlo y me resultara tan indiferente.

Mi tío llegó, me dijo que estos días en cama me habían dejado mala cara —«y kilos de más» pensé—, tuvimos una conversación superficial y me sacó sangre en apenas un par de minutos. Las agujas no me asustaban, aunque la sangre sí lo hiciera. Era consciente de que el dolor del pinchazo era momentáneo, y que al menos con aquel análisis mi madre estaría tranquila y feliz al ver que no me pasaba nada. Sólo por eso merecía la pena.

### ***Capítulo veinte.***

A la mañana siguiente volví al colegio como si nada hubiera ocurrido. Evité pesarme hasta que pasaran unos

días, porque realmente tenía miedo.

Miedo a que el número fuera demasiado alto y la culpa demasiado grande.

Volví a la rutina de bajar por las mañanas cuando mi madre ya no estaba

en

la

cocina,

fingir

que

había

desayunado e irme a clase con el

estómago vacío. Aun no tenía fuerzas

suficientes para hacer ejercicio, pero

tampoco

podía

permitirme

seguir

haciendo lo que había hecho aquellos

días, o terminaría volviéndome una

obesa.

Caleb vino a saludarme nada más verme entrar en el edificio. Corrió hacia mí y me abrazó tan fuerte que casi logra tirarme al suelo. La diferencia de altura hacía que me sintiera resguardada entre sus brazos, protegida. Me dijo lo asustado que se había sentido cuando el rumor de que me había desmayado llegó a su clase. Llamó a mi casa un par de veces, pero siempre me encontraba durmiendo, y al final desistió para dejarme descansar. Verlo tan cercano a mí otra vez, volviendo a mirarme como antes, sin apenas atisbo de dolor, hizo mi vuelta a clase un poco más llevadera. Lo que no ayudó fue la montaña de apuntes, deberes, exámenes y trabajos que tenía que organizarme para la semana siguiente. Sólo por aquello

hubiera deseado no faltar a clase. Mis notas ya habían bajado bastante los últimos meses y no podía permitirme decepcionar más a mis padres.

Antes del descanso, unos golpes suaves en mi hombro interrumpieron mi lectura. Me giré, suponiendo que era Debra otra vez.

Pero no. Audrey me miraba, cabizbaja, con expresión triste y las manos cogidas.

—Hola —murmuró con un hilo de voz.

—Hola, Audrey.

—Me enteré de lo que pasó. ¿Ya estás mejor?

Asentí con la cabeza. Ella sonrió, una sonrisa que no veía desde hacía mucho tiempo. Sincera, que parecía que se escapara; sus comisuras

estaban ligeramente curvadas y tenía los labios rosados. Ese simple gesto hizo que todo el peso que sentía que cargaba sobre mis hombros se aligerara un poco más.

—No sabes lo que me alegro — dijo.

El timbre sonó, la profesora de biología entró en clase echando humos y Audrey se vio obligada a volver a su sitio antes de que pudiéramos acabar la conversación.

Por un momento me dio la sensación de que todo iba bien.

Pero me equivocaba.

Llegué a casa con una sonrisa de oreja a oreja. Caleb y yo habíamos cogido el mismo autobús para ir a casa y habíamos vuelto a la rutina de esas conversaciones tontas que hacían que le

quisiera tanto. Aunque no fuera como  
antes.

Pero dejé de sonreír en el  
momento en el que entré por la puerta de  
casa.

Mi madre estaba sentada en un  
sillón del salón, encorvada hacia delante  
con las manos tapándole la cara.

Lloraba desconsolada mientras mi  
padre, de pie junto a ella, le acariciaba  
el cabello. Con la otra mano sujetaba el  
móvil con el que hablaba.

Ambos se giraron para mirarme  
cuando me oyeron entrar. El rostro de mi  
madre parecía deformado, como si  
llevara horas llorando. Tenía los ojos  
rojos y la mirada perdida. Mi padre  
parecía haber envejecido años. Me miró  
con el semblante serio mientras se  
despedía:

—Gracias,

Marissa,

nos

veremos pronto. —Colgó.

Los

dos

me

observaban,

conteniendo las lágrimas. Dejé la

mochila tirada en la entrada y me

acerqué a ellos.

—¿Ha pasado algo? —pregunté,

con miedo.

Mi madre se irguió, poniéndose

frente a mí. Su mirada era una mezcla de

decepción, impotencia, tristeza y dolor.

Quise abrazarla y consolarla, pero algo

me decía que ella se apartaría.

—Nos han dado los resultados

del análisis, Grace —dijo, con toda la

templanza que pudo—. No creo que te  
sorprenda, pero... No han salido nada  
bien, te faltan muchos nutrientes y... —  
Se tapó la boca con la mano, rompiendo  
a llorar.

Mi padre se acercó por detrás,  
rodeándole la espalda con un brazo, y  
tomó la palabra:

—Anthony suponía que algo no  
iba bien y nos ha pasado con una  
compañera suya, Marissa Varnham. Ella  
nos  
ha  
preguntado  
sobre  
tu  
comportamiento y ha deducido que...  
—¡Dios, cómo he podido estar  
tan  
ciega!

—explotó

mi

madre.

Escucharla me dolía. Sentía que todo mi cuerpo comenzaba a temblar, que las piernas me fallaban y que todo se desmoronaba—. ¿Por qué, Grace, por qué lo has hecho?

—Yo... Yo no he hecho nada...

—conseguí decir, apretando los puños.

Mi mente se temía lo peor. Y estaba en lo cierto.

—Cariño —siguió mi madre, apartándose las lágrimas con la manga

—, nos han dicho que posiblemente tengas anorexia nerviosa.

No, no, no. Ahora lo tenía claro.

No. Anorexia es lo que tenía Hanna, lo que la había matado. Anorexia era pasar días enteros sin comer y estar en los

huesos, pesar menos de cuarenta kilos.

Anorexia era abrazar al váter más que a tus padres. Anorexia era estar en un hospital con un tubo metido por la nariz porque el simple contacto con la comida te hacía vomitar.

O eso pensaba yo.

—¿Qué? —dije, con la voz quebrada—. A mí no me pasa nada, mamá, eso no es cierto.

—Grace...

—Mamá, ¿no me ves? No estoy enferma. —Ella chasqueó la lengua y bajó la mirada al suelo, dejando que las lágrimas brotaran—. ¡No estoy enferma!

—repetí, pero sólo sirvió para que llorara más.

Mi padre se dirigió a mí y me puso las manos sobre los hombros, obligándome a dar media vuelta.

—Sube a tu cuarto, Grace. Creo  
que necesitas un tiempo para pensar.  
Forcejeé, intentando que me  
soltara, pero sus dedos parecían estar  
anclados.

—¡Papá, no me pasa nada!  
Él no pensaba lo mismo. Me  
acompañó hasta mi cuarto, dejando que  
sollozara durante todo el trayecto. Cerró  
la puerta tras de él y yo caí sobre la  
cama, rota.

Rota como nunca me había  
sentido.

Aquella tarde me di cuenta de  
muchas cosas.

Negar que estaba enferma era el  
primer síntoma de que sí lo estaba. Una  
parte de mí lo sabía desde hacía mucho  
tiempo, sabía que lo que hacía no era  
normal. Que cada vez entendía mejor a

Hanna y me parecía más a ella.

Luego había otra parte que decía

que eso eran tonterías, que no era

posible. Era la enfermedad quien

hablaba, pero yo no me daba cuenta.

Entonces vino el miedo. Mis

padres sabían lo que me pasaba, iban a

llevarme al médico. Estarían pendientes

de mí las veinticuatro horas del día, me

harían comer de todo. Engordaría.

No,

no

podía

permitirme

aquello. Había perdido alrededor de

diez kilos y no podía recuperarlos

ahora, después de todo el esfuerzo,

todos los golpes, las horas de insomnio

y el hambre contenido. Sólo de pensarlo

las ganas de morir ahogada por mis

lágrimas aumentaban.

Las horas pasaban lentas, como si fuera otra condena más. Me torturaba el tiempo, porque la única forma que tenía de matarlo era pensando. Y cuando por fin pude parar de pensar en números, en la cantidad de kilos que engordaría, la cantidad de calorías que pretendían que comiera y la cantidad de asco que me daría, empecé a reflexionar sobre la culpa.

No sólo la culpa que sentía por haberme dejado hacer ese análisis, ni por haber provocado que mis padres se diesen cuenta de que algo fallaba.

Tampoco la culpa que sentiría aquella noche después de cenar.

Me

refería

a

aquella

predisposición que tenía para pensar que todo sucedía por culpa de alguien.

Durante todo aquel tiempo, había dado por hecho que mi cambio, mi comportamiento, mi obsesión, había sido a raíz del diario de Hanna. Igual que Faith y Catherine pensaron que si Lilly se suicidó fue por culpa de la joven. Igual que la primera sigue creyendo que la muerte de Cath también la provocó ella. Pero cuando lo pensaba en frío, me daba cuenta de que aquello no eran más que excusas.

Catherine murió debido a un accidente de tráfico. Que discutiera con su amiga no tiene nada que ver y, por mucho que no la hubieran llamado, la nieve seguiría ahí y las probabilidades de que el coche resbalara hubieran sido

las mismas. Hanna no era la culpable de su muerte, pues ella no había empujado el automóvil ni dirigido el volante.

El caso de Lilly era más complicado. Pero después de la carta que Gabrielle me había enseñado, quedaba claro que ella quería morir.

Hanna sólo le pidió que le acompañara, pero la idea de irse ya la tenía desde hace mucho tiempo. Seguramente, desde la muerte de su padre. Si Hanna no hubiera existido, Lilly se hubiera suicidado igual, quizás de otra manera y más pronto, pero la tristeza y el vacío que sentía seguirían ahí con o sin la chica pelirroja.

Luego estaba yo, que por una parte negaba que me pasara algo, y por la otra culpaba al diario de mis problemas. Creía que habían sido sus

palabras las que me habían empujado a pensar de aquella manera, a subirme a la báscula por primera vez, a cambiar de esa forma y destruirme. Y, en cierto modo, era verdad que el diario había sido una especie de detonante. Sin él, quizás no estaría como estaba entonces.

Pero no hubiera tardado mucho más. Mis complejos, mi inseguridad, mi miedo y mis ganas de estar a gusto conmigo misma habrían acabado destrozándome.

Los carteles de la calle, las revistas y los anuncios de televisión me hubieran convencido de que el problema estaba en mi cuerpo y no en mi cabeza. Los productos para adelgazar y todas las «dietas» de internet me hubieran hecho creer que con unos cuantos kilos menos todo sería más fácil.

Y, con Hanna o sin ella, hubiera

enfermado.

Una enfermedad, un accidente o una muerte no tienen por qué tener ningún culpable. Hanna no era una asesina, no quería hacer daño. Ni siquiera a sí misma. En realidad, quería ayudarme, salvarse y vivir. Pero no había llegado a tiempo.

Recordándola e intentando no pensar en el incierto futuro que me esperaba, agarré el diario de nuevo.

Sólo me quedaba una entrada por leer, la que Hanna escribió una noche antes de morir. Su caligrafía parecía estar cargada de rabia.

*Odiado diario:*

*¿Te das cuenta de cuánto tiempo ha pasado? ¿De todo mi esfuerzo, todas mis ganas, toda mi frustración, todo ese maldito odio que no se extingue?*

*Pues bien, a pesar de todo eso, nada  
sirve.*

*Otra meta más. Debería estar  
contenta. Debería ser feliz, verme  
delgada, bonita. Pero es todo lo  
contrario... ¿Cuánto más tendré que  
adelgazar? El ayuno duele, creo que no  
podré alargarlo más, por mucho que lo  
intente. Y a pesar de eso, sólo consigo  
bajar unos gramos. No sirve de nada.  
No sé si podré seguir aguantando, pero  
ya no tiene remedio...*

*No lo tiene.*

*Por mucho que pensara que sí.*

*Hace tiempo creía que yo  
estaba controlando. En cualquier  
comida familiar comería normal para  
que no sospecharan y ya está. Sólo  
serían un par de días con ejercicio de  
más, unas cuantas comidas saltadas.*

*Quizás vomitaría una vez al mes si eso,  
porque me habría pasado. Pero nada  
grave, pensaba, porque en cualquier  
momento podría ser la Hanna de  
siempre.*

*Estaba equivocada. Muy, muy  
equivocada.*

*Hay un momento en el que te  
das cuenta de que ya no hay marcha  
atrás. Que no puedes volver, ni ahora,  
ni nunca. Notas que estás aprisionada,  
que el miedo es demasiado fuerte y no  
puedes hacer nada para calmarlo.*

*Absolutamente nada. Te consume. Cada  
bocado que no tomas es alimento para  
tus demonios. Te destruye física y  
psicológicamente. Te engaña, te hace  
ver cosas que no son y sientes que no  
puedes fiarte ni de lo que piensas. Ya no sabes quién eres, ya no controlas  
nada porque, de pronto, dejas de*

*existir. Te vuelves los restos de lo que  
una vez fuiste. Nace otra persona; una  
consumida por la enfermedad, rota,  
prisionera, vacía.*

*Antes de que te des cuenta te  
tiene atrapada, y luego lo sientes.*

*Estás muerta.*

Las palabras de Hanna me  
atravesaron como espadas. Sentí el  
dolor. Entendí lo que estaba explicando.  
Entonces fue como ver mi propia  
tumba. Parecía que Grace no existía ya,  
que ahora sólo era una esclava más de  
aquella enfermedad. Prisionera de  
números, cálculos y miedos, siguiendo  
el mismo camino que miles de jóvenes  
recorrían cada año, sin darse cuenta de  
que caminaban junto a la muerte.

La primera noche me di cuenta  
de todo el daño que había hecho a mi

cuerpo. La piel seca, el dolor de estómago y la intolerancia a la mayoría de los alimentos, el cabello débil, el constante frío, la jaqueca permanente.

La segunda noche me di cuenta del dolor que soportaba cada día mi mente.

Las

voces

insultándome,

haciéndome sentir que no valía nada. La tendencia a llorar, a odiar y a ver el lado negativo de todo lo que me ocurría. El miedo a cosas irracionales. Añorar a esa niña de trece años que no se preocupaba por nada.

La tercera noche fue cuando me di cuenta del sufrimiento de mis seres queridos. Le conté a Caleb todo lo que me pasaba, que al final sí que visitaría a

un psiquiatra, y él rompió a llorar en mis brazos. Sus temores se habían vuelto reales y la impotencia de no poder ayudarme le corrompía. No sólo a él; también a mi madre, que sollozaba cada vez que me miraba darle vueltas a la leche, sin atreverme a pegarle un sorbido.

La cuarta noche decidí que aquella enfermedad, disfrazada de inocencia, no iba a seguir destruyéndome. No iba a llevarme con ella igual que hizo con Hanna, que sólo ansiaba quererse.

Y aún sigo prometiéndome lo mismo cada madrugada.

«No voy a dejar que me venzas».

***Epílogo.***

Grace calló.

El silencio envolvió la consulta,  
solamente interrumpido por el suave  
sonido del lápiz contra el papel.

Marissa

Varnham

dejó

de

escribir y alzó la mirada para  
contemplanla; la joven tenía el rostro  
contraído de tanto llorar y un pañuelo  
todavía

en

sus

manos.

Parecía

consumida por el miedo.

Los padres de la chica habían

abandonado la sala en el momento en que ella había empezado a contar su historia. Seguían aguardándola fuera, con los dedos cruzados y el ceño fruncido, esperándose lo peor.

Cuando el peso del silencio se hizo demasiado fuerte, la doctora tomó la palabra:

—Bueno, Grace. Al principio me has dicho que toda la culpa la tenía Hanna, ¿no es así? —Ella asintió—. Sin embargo, luego has parecido rectificar.

¿A qué se debe eso?

Grace bajó la mirada de nuevo a sus manos. Respiró profundamente.

—Hay veces que siento como si yo no fuera la que hablara, ¿entiende? Es cuando me doy cuenta de cómo estoy, y mi mente me convence de que si nunca hubiese conocido a Hanna, no hubiera

pasado nada de esto. Entonces la odio.

—Apretó los puños—. Pero luego,  
cuando pienso con cabeza, veo que  
realmente ella no hizo nada. Al menos  
no a propósito.

La

mujer

no

hizo

ningún

comentario. Sólo asintió con la cabeza y  
apuntó un par de cosas más en el folio  
que tenía sobre la mesa. Grace le vio  
redondear un número: el peso de la  
joven al llegar aquella mañana, poco  
después de que entrara en la consulta,  
cuando sus padres ya se habían  
marchado.

La calma que se creaba en la

habitación cuando ambas enmudecían

molestaba a Grace. Notaba la tensión en el ambiente, veía cómo los pensamientos de la doctora se hilaban, intentando sacar conclusiones y decidiendo su futuro. La espera se le hacía eterna y los segundos pasaban demasiado lentos.

Quería acabar con todo ya, marcharse a casa. Deseaba no haber estado enferma nunca, pero ya no había vuelta atrás.

No

esperaba

escuchar

las

palabras que salieron de la boca de la psiquiatra.

—Grace... Te has dado cuenta

ya de que no puedes continuar en un peso tan bajo, ¿verdad? Aunque has

tenido suerte, —Hizo una pausa,

sonriéndole con algo de sarcasmo—,

hay una plaza libre en el hospital de día.

—¿Hospital de día? —preguntó.

Había visto el letrero al entrar en la consulta, pero no sabía cuál era la finalidad de aquel sitio.

—Vendrás tres días a la semana, desde las nueve hasta las cinco.

Desayunarás, comerás, merendarás y te irás. ¿Qué te parece? —Grace se quedó muda—.

¿O

prefieres

que

te

ingresemos?

Ella negó con la cabeza, presa

del miedo. Seguía sin creerse que

tuviera que quedarse en el hospital.

Pensaba que estaba lo suficientemente

bien, que la pesarían y le dejarían

marcharse, pero estaba equivocada.

Marissa levantó aún más las comisuras y echó una ojeada al reloj de su muñeca.

—Vaya, parece que llegas justo a tiempo para el desayuno. ¡Vivian!

La susodicha vino a los pocos segundos de que la doctora la llamara.

Se asomó por la puerta. Era otra enfermera, distinta a la que había acompañado a Grace a la consulta.

Tenía una expresión más amable, arrugas de tanto reír, y su pelo rizado cobrizo le llegaba hasta los hombros. Para aquellas que iban regularmente al hospital de día, Vivian era su segunda madre.

—¿Sí? —preguntó.

—Ésta es Grace —dijo Marissa, señalándola con una mano—, y hoy empieza en el hospital de día. ¿Te

importaría llevarla a desayunar? Da  
igual que las demás ya hayan empezado.  
Yo me encargaré de abrirle una ficha, no  
te preocupes.

Vivian asintió y abrió más la  
puerta, animando a la joven a acercarse.

Grace se levantó de la silla y  
notó cómo las manos le temblaban. Se  
acercó a la enfermera, casi sin creerse  
lo que estaba pasando. Caminaba  
despacio, como una sonámbula.

Siguió a Vivian fuera de la  
consulta sintiéndose igual que un  
encarcelado en el corredor de la muerte.

Todos sus miedos parecían estar  
encerrados tras la puerta al final de  
aquel pasillo. La mujer que le  
acompañaba la abrió y Grace pudo ver  
el interior del hospital de día. Un gran  
ventanal en la pared de enfrente daba luz

a la estancia; a la izquierda había doce sillones, y a la derecha, una estantería pegada contra la pared llena de cajas y papeles, y un escritorio con un ordenador sobre él. En el centro había unas cuantas mesas colocadas en forma de media luna. Ahí estaban siete niñas sentadas con sendos desayunos, su enemigo, delante.

—Grace, siéntate aquí —le indicó Vivian, señalando la silla que se encontraba más cercana a la puerta. La joven se vio tentada de escapar, correr tan rápido como sus piernas se lo permitieran y huir de ahí. Pero sabía que era imprudente y que eso sólo acabaría acortando su vida un poco más.

Obedeció a la enfermera y se detuvo a observar las caras de las demás chicas, mientras esperaba su

infierno particular.

El dolor se veía en sus rostros.

Había una que daba la sensación de ser

mucho más pequeña que las demás;

tendría doce o trece años. También

había una joven más mayor, que parecía

rozar ya la treintena. Las demás eran

adolescentes, igual que Grace, que como

ella habían perdido mucho tiempo

desgastándose

por

culpa

de

esa

enfermedad.

Grace se fijó en sus caras,

sintiendo que estaba observando su

futuro. Primero, a una niña que removía

la leche indecisa, sin atreverse a dar el

primer sorbo y con la mirada perdida.

Después,  
otra  
chica  
que  
estaba  
masticando con los ojos cerrados,  
intentando no pensar y aguantándose las  
lágrimas.

Por  
último  
—la  
más  
inspiradora de todas y posiblemente la  
que llevaba más tiempo en aquel lugar  
—, una joven que comía despreocupada,  
acostumbrada a aquellos desayunos,  
mientras  
mantenía  
una  
jovial

conversación con Vivian.

Grace soñaba con ser ella algún día. O mejor aún: soñaba con ser una más, alguien normal, fuera de aquellas paredes, fuera del hospital, lejos de sus demonios.

La enfermera dejó una bandeja frente a Grace con su desayuno. Ella tragó saliva.

—Tienes veinte minutos, ¿vale?

—le dijo. Después se apartó de ella y se sentó de cara a la mesa, observando a todas las jóvenes luchar.

Grace sintió un nudo en la garganta. Era una simple taza de leche, con cacao en polvo o café a elección. Y a su lado, un par de tostadas con mermelada de melocotón.

El recuerdo de aquella mañana, mucho tiempo atrás, antes de que su

mente se contaminara, le vino a la cabeza. Su madre le había preparado unas tostadas y ella se las había tomado con mucho gusto, sin preocuparse, sin ni siquiera pararse a pensarlo. Incluso las había esperado con ilusión. Las cosas habían cambiado demasiado.

Ahora, lo que entonces fue un regalo se había transformado en un castigo. Su cura era su mayor miedo.

Se sintió un soldado en primera línea de batalla. Notaba el apoyo de sus compañeras, luchando a su lado. Y a pesar de eso, estaba sola.

Nadie podía ponerse en su lugar, nadie podía hacer aquello por ella.

Tenía que recordar que esa lucha era entre ella y la muerte, entre ella y la anorexia. Por mucho que le diera la sensación de estar haciéndose daño a sí

misma, la que acabaría sufriendo sería  
la enfermedad.

Lloraba por su pasado, se  
enfrentaba

al

presente

y

ponía

esperanzas en el futuro.

Cogió la primera tostada con las  
manos temblorosas.

Quería volver a ser Grace.

Volver a ser la chica que reía de verdad,  
que sabía disfrutar de las pequeñas  
cosas y no tenía miedo de sí misma.

Quería hacer que se sintieran  
orgullosos de ella. Demostrarles a todos  
que aunque hubiera caído en un pozo,  
podía volver a salir de él.

Quería quererse, y se había dado

cuenta de que el camino que había estado siguiendo no era el correcto.

Quería luchar como Hanna no lo hizo y vivir todo lo que ella no pudo.

Quería ser libre.

Sólo había una manera.

Le dio un fuerte mordisco a la tostada, ignorando el dulce sabor de la mermelada y conteniéndose para que las lágrimas no salieran. Ella era mucho más fuerte que esa voz que la atormentaba. Pero todavía tenía que darse cuenta.

«Ésta es ahora mi guerra» se dijo, «y pienso ganarla».

***Nota de la autora y***

## **agradecimientos.**

Todavía me parece increíble que estés leyendo esto.

Todavía me cuesta creer que hayas conocido esta historia, que hayas sentido algo con ella. Que hayas conocido lo que tantas personas sufren. Sólo espero que hayas encontrado el valor para amenazar a tus propios demonios, igual que yo encontré el valor para encerrarlos en esta novela. Puse punto y final a ese infierno. Cerré el libro, igual que vas a hacer tú ahora.

Nunca pensé que esta novela llegaría a tus manos, pero te puedo asegurar que me siento tremendamente agradecida por ella. Te haya gustado o no, hayas disfrutado o no, te haya aburrido o entretenido una tarde de

lluvia. Tengo todavía mucho que aprender, así que espero que me perdones si esta novela no ha sido lo que esperabas. Aunque tengo el anhelo de que te haya hecho pensar, que te haya abierto los ojos o, por lo menos, que te haya animado a luchar.

Antes de que este libro cayera en tus manos, ya pasó por otras. Personas que no esperaban encontrar una historia que las ayudara. Personas con sus propias historias, como la de Grace, como la de Hanna, como la tuya, que han decidido comenzar a reescribirlas. Me gustaría dejar sus palabras aquí y darles las gracias por darme la oportunidad de haber llegado a ellas:

*«Necesito contarte algo para que aún te sientas más orgullosa de esta novela.*

*Verás, tengo una amiga de la que sospechaba desde hace algún tiempo que tenía un problema serio con la comida. No sabía qué hacer, porque cuando intentaba sacar el tema, enseguida lo evitaba. Cuando vi que sacaste tu novela empecé a leerla y me encantó, y decidí que esa sería la forma de recuperar a mi amiga. Le comenté que había empezado a leerla y que lo hiciera ella también, que era muy buena, todo esto sin mencionarle de qué iba ni el tema que tocaba. Así que la leyó.*

*A medida que subías los capítulos, sabía que esto funcionaría.*

*Y así fue.*

*Ayer, ella misma me confesó que tenía un problema, que se sentía como Grace y que quería ayuda. Así que*

*ahora empezará la recuperación, y  
todo gracias a ti.*

*Muchísimas gracias Bea, has  
salvado a mi amiga de una muerte  
segura. No sé cómo agradecértelo».*

*«Bea, sólo quería decirte que  
llevo desde el principio leyendo tu  
novela, y gracias a ella estuve a tiempo  
de ver que me estaba haciendo daño a  
mí misma, se lo conté a mis padres,  
buscaron ayuda profesional y en pocos  
días empezaré terapia. Gracias, te  
debo una muy grande».*

*«Maravillosa, Bea, maravillosa.*

*Me iba a acostar cuando he visto que*

*habías*

*colgado*

*ya*

*el*

*epílogo.*

*Maravillosa, no se me ocurre otra  
palabra. Ha valido la pena leerla. Si no  
ganas el concurso piensa que has  
ganado el corazón de mucha gente».*

*«Me acuerdo que hace tiempo  
descubrí una novela, una novela que  
me dio fuerza y me hizo ver que no  
podían  
ganarme  
mis  
demonios.*

*Muchísimas gracias por ese libro, me  
salvaste. Fuerza y ánimo, Grace».*

Es curioso que, siendo esta  
novela una de las que más me ha costado  
escribir, los agradecimientos ahora me  
resulten  
tan  
duros.

Porque

hay

demasiado que agradecer.

Si algo he aprendido es que todo pasa por una razón, y que si yo, como Grace, tuve que enfermar fue sólo para servir de algo a los demás. Para ser un ejemplo. Para aprender del dolor y concienciar a los demás. Porque, lamentablemente, se oye mucho acerca de los trastornos de la conducta alimentaria, pero se sabe muy poco.

Para empezar, gracias a Dios por darme la oportunidad de poder contar esta historia. De seguir aquí.

Gracias a Beatriz, mi madre, por ser el salvavidas que me ha mantenido a flote, por quererme como nadie más lo hace y salvarme cada día. Gracias a mi padre, Enrique, por leerme, entenderme y no juzgarme, y darme esa normalidad

en casa que tanto necesitaba. A Patricia, mi pequeña, por ser la más valiente de todas.

Gracias a Sevi, aunque por muchas veces que se las de, seguiré quedándome corta. Si sigo aquí es por él, si creo en mí es por él, si esta novela se ha escrito es por él. Ha sido el único que ha seguido ahí, en las buenas y en las malas, que me ha demostrado que todo puede ir bien.

Gracias a Laura, por ser tan fuerte y valiente, y enseñarme tanto. Por favor, no dejes de luchar. Tampoco me olvido de mis otras guerreras: Lucía, Esther, Ainhoa, Alba, Laura, Aitana, María y esas cincuenta personas que conocí en aquel lugar que pasó de ser un infierno a ser un segundo hogar. Y cómo no, muchísimas gracias a Vicen, porque

sus

enseñanzas

se

me

quedarán

guardadas para siempre.

También gracias a Cristina, que a me ha ayudado tantísimo a seguir adelante.

No puedo olvidarme de esos amigos que siempre han estado ahí, que han sufrido conmigo y me han visto crecer de nuevo, en especial, gracias a Celia —muchas, muchísimas gracias—, Javi, Irene, Adriana, Alejandra y Rubén.

Gracias a María por ser mi fiel lectora desde siempre y a pesar de todo.

Gracias a Sara, porque nunca me arrepentiré de haber dejado que conocieras esa parte de mí. Y no sabes

lo que me alegra haber llegado a  
conocerte a ti.

Gracias a Silvia, por soportar  
tanto y seguir aquí. Por haberse vuelto  
mi ejemplo.

Gracias a Marisa porque sé que  
en el fondo busca lo mejor para mí.

Y por último, gracias a María (a  
más de una María), Eugenia, Paula,  
Araceli, Georgina, Núria, Pablo, Teresa,  
Anna, Julia, Laura, Chus, Don Jorge,  
Don Ángel, Adriana... Gracias a todas  
esas personas que leyeron el primer  
borrador de mi novela, que me ayudaron  
con sus opiniones y que se emocionaron  
leyendo. También a todas las personas  
que en un futuro la leerán. A todas esas  
que dijeron que por mi novela habían  
decidido pedir ayuda, se habían dado  
cuenta de que tenían un problema y se

habían armado de valor para arreglarlo.

Gracias por darme la oportunidad de  
abrir los ojos.

Y gracias a ti, sobre todo a ti. Mi  
más sincero agradecimiento a todos  
vosotros.